





AMORES, CRÍMENES Y POLÍTICA

RAMÓN ELEJALDE ARBELÁEZ

AMORES, CRÍMENES Y POLÍTICA

 **Ediciones
UNAULA**

823

E26

Elejalde Arbeláez, Ramón
Amores, crímenes y política / Ramón Elejalde Arbeláez: Edición Unaula, 2012
172 p. :

ISBN: 978-958-8366-53-1

Incluye bibliografía

- I. 1. AMOR EN LA LITERATURA
2. HISTORIA EN LA LITERATURA
3. POLITICA EN LA LITERATURA
4. RETORICA – ASPECTOS POLITICOS
5. LITERATURA E HISTORIA

SERIE TIERRA BALDÍA

Ediciones UNAULA

Marca registrada del Fondo Editorial "Ramón Emilio Arcila"

AMORES, CRÍMENES Y POLÍTICA

© Ramón Elejalde Arbeláez

© Universidad Autónoma Latinoamericana

Primera edición: septiembre de 2012

ISBN: 978-958-8366-53-1

Hechos todos los depósitos que exige la Ley

Edición

FONDO EDITORIAL UNAULA

RECTOR

JOSÉ RODRIGO FLÓREZ RUIZ

Hecho en Medellín - Colombia

Universidad Autónoma Latinoamericana,

Cra. 55 No. 49-51 Medellín - Colombia

Pbx: 511 2199

www.unaula.edu.co

Hay que saber que no existe país sobre la tierra donde
el amor no haya convertido a los amantes en poetas

Voltaire

Toda convicción es una cárcel

F. Nietzsche

CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....	11
LAS HISTORIAS DE AMOR O LOS ROMANCES DE GRANDES HOMBRES Y GRANDES MUJERES.....	17
MANUELITA, LA AMABLE LOCA.....	19
RAFAEL NÚÑEZ Y SOLEDAD ROMÁN.....	23
LOS ABUELOS DE OBANDO.....	27
LOS PADRES DE OBANDO.....	31
MORIR AMANDO O MORIR EN ÉXTASIS.....	35
AMOR DE LEJOS.....	39
AMOR ETERNO.....	43
VIVIR PARA AMAR.....	47
LA MUSA NEGRA.....	51
UNIDOS A PESAR DE LAS EDADES.....	55
INMORTALIZADA POR EL AMOR.....	59
UN PINTOR AUDAZ.....	63
UN PINTOR EMBELESADO.....	67
LOS AMORES DE GOYA.....	71
PINTORES Y AMANTES.....	73
UNA MUSA CAMPESINA.....	75
EL AMOR DE UN PINTOR MALDITO.....	77
TALENTO Y BELLEZA.....	81
UN AMANTE ATORMENTADO.....	83
MUSA DE LOCURA.....	85
AMORES TRÁGICOS.....	87

AMORES POR CORRESPONDENCIA	89
LOS WINDSOR	91
AMORES QUE ENLOQUECEN	93
AMORES DISPAREJOS.....	95
COMPAÑEROS DE LICOR Y OTRAS YERBAS.....	99
UN SUICIDIO EN PRIMAVERA	103
INDÍGENA APASIONADA.....	107
DIANA DE POITIERS, LA FAVORITA DE ENRIQUE II	109
UNA AMANTE LEGENDARIA	115
OTRAS HISTORIAS.....	121
JOSÉ MARÍA OBANDO, EL HÉROE	123
OBANDO, EL GRAN PERSEGUIDO.....	125
JOSÉ MARÍA OBANDO, UN VERDADERO LÍDER POPULAR	129
LA COMUNIDAD DE LAS HERMANAS CARMELITAS.....	131
JUVENAL RENDÓN GAVIRIA: UN LIBRE PENSADOR	133
HERNÁN TORO AGUDELO: IDEÓLOGO LIBERAL	137
EL REY BARÛLE	141
LA MUERTE DEL MARISCAL SUCRE	143
¿DÓNDE REPOSAN LOS RESTOS DE SUCRE?	147
LA FUNDACIÓN DE SANTA FE DE ANTIOQUIA.....	151
MONSEÑOR JOSÉ JOAQUÍN ARTEAGA	155
HACE CIENTOS DE AÑOS NACIÓ EL SERENATERO MAYOR, DON CAMILO GARCÍA BUSTAMANTE	159
SE NOS MURIÓ EL MAESTRO ARNULFO BAENA PINEDA, EL GUITARRISTA DEL DUETO DE ANTAÑO.....	165

PRESENTACIÓN

EROS Y PODER SECULARIZADOS

La literatura es la recreación inequívoca de tres o cuatro temas repetidos al infinito: el amor, la muerte, la miseria (física o espiritual), la traición (liada siempre al poder). Por eso el hombre se hace a veces tan monótono y aburrido, y la vida se tiene que reinventar a cada segundo; para soportarla con sus irritaciones.

De aquellos asuntos, quizás el amor, con su inevitable curso de seducción, éxtasis y desencanto, reina en el inventario de relatos humanos. El amor: cocinado con intrigas y pasiones crueles, lleno de locuras que terminan a veces con la muerte, es el modo indefectible para llegarse hasta un espíritu mortal.

Estos juicios que a mí me parecen irrefutables tal vez sean para el lector otra necesidad de los editores. Es perdonable. La urgencia misma del oficio obliga invariablemente a proclamas enfurecidas para cautivar lectores y almas inocentes, susceptibles de hechizar. La historia moderna de la edición está signada por esta lucha. El tema del amor no es novedoso porque, ya se sabe, es el encendido del universo desde el comienzo de las cavernas.

El sentimiento de los poderosos es dictaminado por la pasión del amor. También el de los artistas. El erotismo exacerbado ha gobernado dinastías y castas; campeado en los consejos supremos, estados mayores, juntas de gobierno, supremas cortes, casas imperiales, palacios de gobierno, Versalles, El Vaticano, La Casa Blanca, la ONU, el Fondo Monetario Internacional... La historia cotorrea de gestas,

grandes y pequeñas, heroicas, estoicas o estúpidas, y macabras, urdidas o ejecutadas por el aliento de mujeres singulares. De unas u otras resaltan las míticas mujeres de la Resistencia, las enigmáticas espías, las concubinas y consortes, las amantes que mantuvieron encendido el candil mientras el guerrero desafiaba peligros, dominaba pueblos, saqueaba imperios, abatía castillos, conquistaba reinos, con el acicate de volver al lecho henchido de gloria, laurel y poder.

Más batallas se ganan o se pierden en el lecho de los amantes que en los campos de batalla. Se dice de la guerra como motor de la historia: Por el amor y el odio —emociones que se hermanan— arden los campos de batalla.

Los amores de los prepotentes reciben todos los epítetos y miradas; se juzgan sucios o angelicales, prohibidos o lícitos, tormentosos, desapacibles, volcánicos, escondidos o ilícitos, se ensalzan o se envían, no pasan ajenos al rumor, la conseja, la sorna, el morbo.

Las páginas de la historia: la escrita, la oculta, la por contar; al igual que las alfombras rojas, están llenas de humores, sudores, salivas y espermias. Mujeres emblemáticas se recuerdan por su valor, palanca y polea para remover obstáculos enormes, vencer el infortunio, alcanzar la gloria. Muchas e históricas son las decisiones que se alientan, más por las concupiscencias que por el altruismo y las luces de la inteligencia y la bondad. Y no todas las concubinas fueron importantes solo para el complejo círculo del poder; algunas también lo fueron para las artes y la escena; que lo diga la favorita de don Luis XV.

En el Olimpo de ayer, hoy y mañana, concurren, por igual, grandiosidad, belleza, fuerza, erotismo, estética y valor, con maldad, salacidad, perfidia, traición, infidelidad, alevosía. Tal es el dechado del mando. Por ello seduce, por lo mismo asquea.

Por una dama, desde las cavernas hasta Troya, a la campaña medieval, a los cuarteles de la Gestapo, los recintos de las grandes, santas o seculares alianzas, se han batido todos los récords de crueldad, y hasta de bondad; se perdieron reinos, o se ganaron otros. Héctor, Aquiles, Ulises vivieron o murieron para contarlos. Libia, Helena, Po-

pea, Mesalina, Lucrecia, Agripina, Octavia, perduran juntas para la curiosidad y enseñanza del porvenir.

La glamurosa Diana oxigenó una monarquía vetusta y anquilosada. Su tragedia de amor y rabia concitó el fervor de súbditos y adeptos en el mundo entero; acrecentó la torpeza natural de su ex y la frivolidad de su amante adúltera. Todo un festín para el morbo planetario. Algo similar cupo a una Grace cuyo brillo de Hollywood alcanzó para iluminar un reino y un príncipe grises e insertarlos en los circuitos de las modas, festivales, festines, lujos, riquezas, escándalos, miserias y pingües aureolas humanas.

Sesenta años después de muerta, Eva Perón pervive como madre de una nación que se debate entre la confusión, las crisis no superadas y los fantasmas de sus antiguos líderes embalsamados con el pachulí de amantes, concubinas, enroques familiares, pasiones y locuras otoñales con vedetes y reinas sin corona.

Cabría preguntarnos cuál imperio, reino, régimen, no ha tenido su Claudio, Nerón y Octavia; Alejandro, César y Lucrecia; Josefina, Napoleón y María Luisa; Carlos, Camila y Diana; John, Robert, Aristóteles y Jacqueline; Bolívar y Manuelita; Rafael y Soledad; Clara y Benito; Juan Domingo y Evita; o su particular Mata Hari, Juana de Arco, Anna Karenina, Madame Bovary, Celestina, Pompadour. O, ¿cuál no ha vivido la tragedia de la cortesana que se inmola con su farraón, o la que apura la cicuta en el oscuro bunker donde su poderoso dueño sucumbe en la derrota?

Cuántas páginas de la historia se rubricaron por hombres y mujeres que edificaron sus vidas a partir de una infancia perturbada, rota por el abuso, la tragedia, el desamor, la soledad. Al igual que Eros y Pluto —el amor y la riqueza—, los fantasmas y demonios guían la mano de los imperiosos. “Ninguna de las mujeres que cruzaron por la vida de nuestros gobernantes, incluso las de Bolívar, llegó a influir tanto como Soledad Román en los destinos de Colombia”, anotó Eduardo Lemaitre de la amante de nuestro presidente Núñez. En los reinos de Francia era lo común: Diana de Poitiers “gobernó como

reina sin corona. Enrique no tomaba ninguna decisión sin discutirla previamente con Diana. [...] Tenía injerencia en los negocios del Estado, la economía y la justicia. Quien tenía algo que pedir no se dirigía al rey o a la reina, sino a la influyente favorita. Diana mantenía estrecho contacto con los personajes más importantes del interior y del extranjero, trataba con embajadores y ministros, y cambiaba correspondencia con el Papa” (Helga Thoma, citada por Elejalde).

“No hay precedentes de una amante real con igual ascendiente sobre el soberano”, se dijo de Madame de Pompadour... “En cualquier caso, ministros como el conde de Maurepas cayeron en desgracia por sus artes; puso a su hermano —el de La Pompadour— como responsable de los edificios reales y muchos historiadores sugieren que su antipatía hacia Federico el Grande de Prusia fue determinante para que Francia se enfrascara en la Guerra de los Siete años” (Mark Stuart, citado por Elejalde).

Las observaciones al tema se ocurren porque Ramón Elejalde Arbeláez, un educador complementado con las sagacidades del Derecho y las argucias de la Política, hace del amor en este libro un compendio necesario para ahondar el lector en la historia de las pasiones que esclavizaron a personajes regentes del destino de millones de hombres en sus reinos. Con erudición propia de quien se dedica al magisterio, el cronista adentra al curioso a las veleidades privativas del poder que, filtradas con el tiempo, ya son inocentes e inofensivas, a pesar de que modificaron el curso de naciones enteras.

Simples anécdotas ahora; divertidas, incluso, pero trágicas entonces, con su fuerza brutal o excelsa —vaya uno a saber— resumen las tragedias que la literatura inventaría para la memoria imperecedera. Volver sobre el amor, como la fuerza que inspira el decurso del mundo, es un ejercicio recomendable, en especial para aquellos que orientan a la opinión pública desde las columnas de la prensa diaria.

Las páginas olvidadas del articulista (publicadas inicialmente en el periódico *El Mundo*, de Medellín, por los años noventa) cobran brillantez en esta compilación, por la fuerza de la claridad con las

que fueron escritas, y el deleite que produce volver sobre ellas, para rememorar los debates que el afecto o el odio sobre aquellas atormentadas almas públicas concitaron en el medio. Algunas trascienden la anécdota del amor (aquellas agrupadas en el apéndice “Otra historias”), pero tampoco están lejos de la concupiscencia que anima la vida pública. Unas y otras se complementan en la medida en que son los motivos que interesan cotidiana, y profesionalmente, al profesor Elejalde. Su ejercicio intelectual con la escritura y la lectura variada es, tal vez, lo que mantiene su lucidez de observador político y su vigencia juvenil en la práctica del magisterio.

UNAULA siempre ha refrescado los debates de la ciencia política en Medellín y el país. Sus docentes son animadores continuos y críticos del ejercicio del poder. Elejalde Arbeláez, más que muchos, por su condición de político nato del Occidente antioqueño, no ha sido el menor. Su papel de animador del proceso de oxigenación local recuerda —con sus columnas de prensa semanales, y ahora con este nuevo libro— que la política la hacen los hombres, no los ángeles, por lo que son tan susceptibles a las debilidades mundanas. Su escritura seculariza el discurso político, lo baja a todos los niveles, sin banalizar el debate corriente. De manera amena, el autor recuerda algo que nunca debemos olvidar: en las nubes de la autoridad —presidentes de república, gerentes de empresas privadas, dueños de grupos corporativos, alcaldes de pueblo...— el dominio lo ejercen, ante todo, seres humanos. Y, probablemente, demasiado humanos. Por eso naufragan fácilmente en las honduras de la desgracia, del dolor, de la desdicha. De la trampa. Y a esto apunta el libro. A remozar el discurso político a través de las intimidades de la pasión. Sin abultar en el aprecio por el texto, *Amores, crímenes y política* incita al lector novel al conocimiento de la historia universal.

El Editor [JOG]

LAS HISTORIAS DE AMOR O LOS ROMANCES
DE GRANDES HOMBRES Y GRANDES MUJERES

MANUELITA, LA AMABLE LOCA

Los amores entre Simón Bolívar y Manuelita Sáenz no solamente fueron la comidilla de las sociedades de Lima, Bogotá, Quito y Caracas en su época, sino que siguen siendo hoy tema de estudio y de apasionados comentarios.

El Libertador conoce a su gran amor el 16 de junio de 1822, día de su triunfal entrada a la ciudad de Quito, luego de la Batalla de Pichincha, donde los ejércitos patriotas sellaron la independencia ecuatoriana. Apoteósico fue el ingreso de Bolívar a la ciudad: arcos triunfales, altares y una marejada humana perfectamente ubicada para recibir al héroe. Entre quienes participan de esa histórica recepción está Manuelita, quien, situada en el balcón de la familia Larrea, disfrutaba al máximo del acto. Manuela contaba 24 años para ese día, contra los 39 años que a la sazón tenía Bolívar.

Manuela era hija de don Simón Sáenz y Vergara y de doña María de Aisuru, “hija de españoles, ambos linajudos, respetados, ricos y soberbios, pero a quienes no unía más vínculo que la pasión. Porque, casado él con una payanesa virtuosa y sin atractivos, y soltera ella, Manuela era el fruto de un adulterio que ninguno de los dos ocultó” (Carlos Lemos Simonds. *De amores y amantes*).

Fue lo que denominamos en Antioquia, amor a primera vista. A Bolívar lo impresionó la hermosa mujer desde el mismo desfile cuando Manuela le lanzó una corona de laurel. Esa misma tarde, y antes del baile que la sociedad quiteña le organizara, averiguó por la hermosa mujer y en el acto de la noche inició el tormentoso romance que la historia conoce. Para la época, Manuelita era la esposa del

médico inglés Jaime Thorne, hombre adinerado y mucho mayor que ella a quien se había unido para poder salir del convento a donde había sido llevada por su familia, y de donde ya había huido antes con el oficial Fausto D'Elhuyar.

Antes del romance con Bolívar, la Sáenz ya había intentado acercarse a San Martín, libertador de Argentina y Chile. No resultó ser su tipo.

Manuela fue una mujer diferente a todas las que conoció Bolívar. “Manuelita jamás lo aburría. Como todas las mujeres inteligentes, sabía ser distinta cada nuevo día pero, sobre todo, compartía con él su pasión por la libertad [...] Mientras las demás le hablaban de encantadoras frivolidades, ella podía hacer lo mismo pero, alerta e inteligente siempre, también le llevaba información vital. Y discutía con él sus planes militares o sus sueños de estadista como lo habían hecho Sucre o Santander” (Carlos Lemos, obra citada).

Manuela con los días adquiere, al lado del Libertador, un increíble poder. Se hace imprescindible para el héroe: recibe cartas, maneja su archivo y agenda personal, le copia sus cartas, es, en definitiva, su secretaria y brazo derecho. Disuelve protestas dirigiendo grupos de soldados con armas al cinto y a caballo, como lo hizo en Quito con un levantamiento popular contra los ejércitos colombianos que cometían tropelías propias de estos acontecimientos.

Manuela no solamente hace recorridos con los ejércitos libertadores, sino que observa de cerca batallas como la de Junín o participa activamente en ellas como cualquier soldado regular, como sucedió en la Batalla de Ayacucho, donde nuestra dama actuó con decisión y furia inusitadas. Allí, la soldadesca la aclama y hasta trofeo se lleva: los bigotes de un soldado realista que la Sáenz derribó con su lanza. Fue en extremo celosa; luego de la Batalla de Ayacucho, y estando en Lima, encuentra un arete sobre la cama del Libertador. En ataque de furia araña el rostro de Bolívar quien se ve obligado a esconderse por unos días por las secuelas que le quedaron.

Manuela influye mucho sobre Bolívar, le crea animadversión contra Santander, Páez y Flórez, quienes por la época gobiernan en Santafé, Venezuela y Ecuador.

Mucho se rumoró sobre un fugaz romance entre la Sáenz y José María Córdoba, especialmente a principios del año 1827, durante un viaje, vía marítima, entre Lima y Colombia. Ciertamente o no, luego de ese viaje surge una gran enemistad entre Córdoba y la heroína.

En Bogotá, y a partir del año de 1827, Manuela vive en una casa diagonal al Palacio de San Carlos. Su presencia suscita toda clase de comentarios entre la recatada sociedad santafereña.

Poco antes de su valerosa actuación en la noche septembrina, donde se constituye en libertadora del libertador, y en una fiesta que organiza, fabrica un muñeco al que llama Santander y comandando un grupo de soldados organiza el fusilamiento del muñeco, lo que origina las protestas de la ciudadanía y la oficialidad. Bolívar le promete en carta dirigida a Córdoba que será “enérgico con la amable loca”.

Murió pobre y olvidada en Paita (ciudad del extremo noroeste del Perú), enterrada en una fosa común y quemados todos sus recuerdos: fotos, cartas, ropa y condecoraciones. Ni su cuerpo ni sus escasas e históricas pertenencias quedaron para la posteridad.

[24 de septiembre de 1997]

RAFAEL NÚÑEZ Y SOLEDAD ROMÁN

Rafael Núñez fue uno de los personajes más importantes en el acontecer nacional durante la segunda mitad del siglo XIX. Nació en Cartagena el 28 de septiembre de 1825, en el hogar conformado por el coronel Francisco Núñez y Dolores Moledo.

No fue nada sosegada la vida sentimental de Núñez. De joven —escasos veinte años— y recién graduado de abogado, se enamoró de la cartagenera Pepita Vives, en un romance fugaz que para algunos autores como Eduardo Lemaitre (*De amores y amantes*, Tercer Mundo Editores) no pasaron de ser amores juveniles sin ninguna trascendencia, pero para otros, como Nicolás del Castillo, en su obra *El primer Núñez*, se trató de un pasajero pero borrascoso romance. Lo uno o lo otro, ambos coincide en la brevedad de los amores.

Enviado por su padre a Panamá a ejercer su profesión, es designado Juez del Circuito de Alanje, provincia de Veraguas, frontera con Costa Rica. Allí se casó eclesiásticamente con Dolores Gallego y Martínez, (cuñada del expresidente colombiano José de Obaldía, quien estaba casado con su Ana María), cuando apenas había cumplido veintidós años. Dolores resultó ser una mujer fría, epiléptica, reconcentrada en sí misma y provinciana (montañera diríamos los profanos) que para un hombre culto y sociable vendría a marcar enormes diferencias. “Es una estatua sin alma”, dijo Núñez de ella. Este matrimonio duró ocho años y en su seno nacieron Francisco, quien murió joven, y Rafael, que nació con retraso mental. Los esposos Núñez-Gallego obtuvieron el divorcio vincular por sentencia de la Corte Superior del Estado de Panamá, el 25 de abril de 1872.

Núñez conoció en 1860 a doña Gregoria de Haro y Trespalacios, quien ya llevaba dos matrimonios a las espaldas. Inician el romance en silencio y luego enfrentan a la sociedad santafereña, propiciado el más grande escándalo de la época. Tres años después de iniciado el idilio, los amantes terminan viviendo en Nueva York. Luego se trasladan a Francia, donde Núñez se desempeña como cónsul en El Havre. El idilio duró más o menos hasta 1866, cuando doña Gregoria regresa a Nueva York.

Aparece en escena, finalmente, la última y más importante amante de Rafael Núñez, doña Soledad Román Polanco, prima hermana de Bernardo Polanco, esposo de Pepita Vives, primer amor de Núñez. De doña Soledad dijo Eduardo Lemaitre: “Ninguna de las mujeres que cruzaron por la vida de nuestros gobernantes, incluso las de Bolívar, llegó a influir tanto como Soledad Román en los destinos de Colombia”.

Derrotado Núñez en su aspiración presidencial por don Aquileo Parra, en 1876, es elegido Presidente del Estado Soberano de Bolívar, regresando a Cartagena, donde sucede el rencuentro con Soledad Román (supuestamente no la veía desde su ya lejana juventud), ya separada de su esposo don Pedro Macía y rondando los cuarenta años de edad, frente a los 51 años de Núñez inician estos dos personajes un otoñal romance.

Ella viaja a París y él a Nueva York y, por poder, contraen matrimonio civil el día 14 de julio de 1876. Se instalan luego en Cartagena, en el célebre sitio de El Cabrero, donde vivieron juntos, con algunas interrupciones por las designaciones de Núñez como Presidente, hasta la muerte de él en 1894.

Durante el primer gobierno de Núñez doña Soledad no vivió en Santafé de Bogotá por el temor a la reacción de la sociedad capitalina frente a su matrimonio civil. Durante todo este mandato, solamente una vez visitó a su amada.

Reelegido Núñez en 1884, se llevó a Soledad Román al palacio de los presidentes; es en esta época donde la primera dama jugó papel

importante en los destinos nacionales; en este período Núñez proclamó la Constitución de 1886.

A la muerte de Dolores Gallegos, en 1889, don Rafael y doña Soledad “elevaron a la categoría de sacramento” el matrimonio que tenían celebrado.

[29 de septiembre de 1997]

LOS ABUELOS DE OBANDO

Transcurría el año de 1761 en una Popayán que conservaba “preceptos de una sociedad semi-feudal”, donde apellidos y clases sociales estaban perfectamente determinados y donde, además, la formación cultural y profesional era una exigencia del medio, cuando doña Dionisia de Mosquera y Bonilla, “dama de presumidos apellidos, arrogancia distante y atractiva, belleza reconocida y fascinantes, que decoraba los salones” (Abelardo Forero Benavides, *De amores y amantes*) se casó con Pedro Crespo y Bustamante, rico comerciante de la sociedad caucana y quien poseía en Popayán vastas extensiones de tierra y un almacén para la venta de perfumes y telas finas, joyas y “cacharrería” de importación. Este último negocio lo poseía en la compañía de su paisano y buen amigo don Pedro Hermenegildo Lemos y Ante de Mendoza, personaje igualmente casado con la distinguida dama doña Juana María Hurtado y Arboleda, ambos pertenecientes a la pacata y distinguida sociedad payanesa.

Los matrimonios Crespo –de Mosquera y Lemos– Hurtado eran no solamente socios en los negocios, sino que conservaba una amistad e intimidad envidiables.

Para surtir el lujoso almacén de estas dos familias, los Pedros (Crespo y Lemos) se turnaban para viajar al extranjero, generalmente a Jamaica o a Cuba a comprar las mercancías requeridas para cada año.

A finales de 1768 o a principios de 1769 correspondió el turno del difícil viaje a Pedro Crespo, esposo, como ya lo vimos, de doña

Dionisia de Mosquera. Quedaron al frente de hacienda y almacén los esposos Lemos – Hurtado y doña Dionisia.

Relatar el viaje no es fácil. Quijano y Wallis y Antonio José Lemos Guzmán (padre de Carlos Lemos y descendiente del Pedro de nuestra historia) escribieron pormenorizados ensayos sobre la odisea que implicaba un viaje a mula desde Popayán hasta Neiva y de allí por el río Magdalena, en barcos pequeños, hasta la Costa Atlántica y luego al sitio de compras.

El viajero no dio señales de vida en meses y cuando se pasó del año su atribulada esposa comenzó a sospechar su muerte. A la par nacía un gran amor entre Pedro Lemos, esposo de Juana María Hurtado y Dionisia de Mosquera, esposa de Pedro Crespo, el viajero. La angustia por la ausencia de Crespo era cada día suplida por un mayor amor y pasión entre la Mosquera y el Lemos, que ocultaba la realidad de los hechos a su digna esposa. No existieron lealtades ni escrúpulos que respetar. Primó la pasión.

Cualquier día descubrió doña Dionisia que esperaba un hijo fruto del engaño con Pedro Lemos a su legítimo esposo y así a la par la infiel recibe una carta del viajero anunciándole su pronta llegada con la mercancía. Las enfermedades le habían obligado a permanecer en el exterior más del tiempo deseado. Susto terrible para los adúlteros.

El embarazo y su nuevo amor llevan a la distinguida dama a promover la muerte de su legítimo esposo. Es así como envía a seis esclavos al recibimiento de Crespo a la cordillera con la especial encomienda de arrojarlo por la llamada “bahía de los paticos”, espantoso despeñadero que daría cuenta del buen Pedro. Los buenos modales del viajero al recibir a los emisarios del mal y los regalos con los cuales los colmó, hicieron que los esclavos desistieran del horroroso plan de la Mosquera.

Sorpresa la que vivió doña Dionisia cuando vio llegar a su burlado esposo. Lo recibió con fingido amor, escondió el fruto de su descarado adulterio y continuó con su siniestro plan.

Pocos días después, el 9 de enero de 1770, Pedro Crespo, cuando frisaba los 34 años de edad, es estrangulado por su socio y su esposa, y

luego enganchado en el cuerpo de un toro (no en sus propio cuernos) que fue soltado las calles de Popayán con el cuerpo del marido burlado para fingir un accidente con el bravío animal. Compungida y triste, Dionisia finge a la sociedad payanesa. Rápidamente es también descubierta su treta.

Huye don Pedro Lemos, son condenados los esclavos a morir y doña Dionisia es encerrada en el convento de las hermanas del Carmen. La adúltera huye luego del convento hacia una hacienda del Valle del Cauca, donde vivió en una humilde choza, lugar del nacimiento de una niña, Ana María Crespo y Mosquera. “Treinta años permaneció escondida. Ese fue su más terrible castigo azotada por su propia soledad. Reducida a la miseria, unida a un campesino ignorante y brutal que la castigaba en proporción a su embriaguez (Abelardo Forero Benavides).

[7 de octubre de 1997]

LOS PADRES DE OBANDO

De la unión de Pedro Lemos y Dionisia de Mosquera y Bonilla nació el 24 de agosto de 1770 Ana María Crespo y Mosquera (Crespo o aquello de que hijo de mujer casada se presume del marido y recordemos que Dionisia casó con Pedro Crespo, el esposo doblemente cornúpeta), nacimiento que supuestamente ocurrió en Caloto, donde se desempeñaba como cura párroco un hermano de Dionisia y de quien dice la historia que la protegió luego del asesinato de su legítimo esposo.

La triste vida de Dionisia luego del suceso de su legítimo esposo la resume el médico Antonio José Lemos Guzmán (padre del vicepresidente Carlos Lemos), en su obra *Obando: De Cruzverde a Cruzverde*, de la siguiente manera: “Para suponerse lo que sería esa caída vertical, en sima insondable, baja del poderío social, al desprecio humillante; de la riqueza y la abundancia, a la pobreza y a la escasez; y para ir de lo material a lo real, del lecho mullido, del lecho de seda, de ese lecho adúltero y tibio, a la dura barbacoa; de la casona ancha y llena de luz y adornada de flores, a la asfixia y al enrarecimiento de una triste covacha, rodeada de planas silvestres y de una huerta que sería acaso sitio de trabajo”.

Doña Dionisia vivió treinta y cuatro años más después de su cruel actuación y murió en 1804, cinco años primero que Pedro Lemos (falleció en Quito el 3 de junio de 1809, a la edad de 75 años), su vida transcurrió a la vera de un camino, en una casa campesina, situada en Guengue, de la hacienda de García, propiedad de alguno de sus parientes.

Cuenta Lemos Guzmán en su ya citada obra que Dionisia “ya enferma y en estado preagónico tocó en su rancho caminero un viandante, casi septuagenario, de hermosa estampa, encorvado y decaído; quizás pediría le vendiera una fruta, o le dieran un poco de agua para mitigar el calor de la canícula, y que ese viajero, con la sencillez vulgar del creer que la gente de bien todo lo puede, fue solicitado para ver qué se le hacía a la pobre enferma, que ya casi expiraba; descubierto, y muy galante, el señor entró y ¡Oh sorpresa!, esa enferma era doña Dionisia, y el fatigado viandante don Pedro Lemos”. Olvidaba acotar que Dionisia se casó en segundas nupcias en 1772, a poco de pasar el luctuoso hecho del asesinato de su primer esposo, con el señor José Manuel González Silva.

De Ana María Crespo y Mosquera, o Lemos y Mosquera, o simplemente Mosquera y Bonilla, conoce poco la historia, tanto que algunos tratadistas le dan el nombre de Francisca Antonia Crespo y Mosquera, basados en unos archivos de la familia Ruiz de Quijano y de la parroquia de Los Frisoles.

El transcurso del tiempo y el haber terminado José María Obando en un hogar que lo adoptó, privó a la posteridad de conocer la historia de Ana María Crespo, madre del héroe.

Lo cierto es que Obando nació el 8 de agosto de 1795 y su padre biológico fue el señor José Irigorri, aunque no faltaron voces que señalaron a su padre adoptivo, don Juan Luis Obando del Castillo como su verdadero padre. Su nacimiento ocurre en Guangué, paraje de Caloto, vive con su madre hasta la edad de dos años, cuando el matrimonio de Juan Luis Obando y Agustina del Campo lo reciben en su hogar, lo educan y finalmente lo adoptan.

De la forma como Obando llegó a su hogar adoptivo han concluido algunos que el verdadero padre del General fue don Juan Luis. Sin embargo, existen documentos serios, suscritos por el mismo José María, donde reconoce como su padre a José Irigorri. Lo uno o lo otro, la situación económica de doña Ana María, su vida a la vera de un camino importante que conducía de Popayán a Cali, y su porte

y belleza la llevan a sostener romances pasajeros con los poderosos de la época, entre los cuales debieron estar José Irigorri y Juan Luis Obando.

Mucho ha especulado la historia con la existencia de una hermana mayor de Obando, nacida el 18 de noviembre de 1791 y bautizada en el mismo sitio donde lo fue el General, la Iglesia vice-parroquial de García, en el Cauca, y que recibió el mismo nombre de su madre: Ana María.

[13 de octubre de 1997]

MORIR AMANDO O MORIR EN ÉXTASIS

José Antonio Anzoátegui, el héroe de la independencia colombiana, es de los pocos mortales que dejó a la posteridad la historia de encontrar la muerte en plena actividad sexual.

Obviamente que para un joven apuesto, lleno de futuro, con un hogar bien constituido, en el momento cumbre de su vida, encontrar la muerte el día que cumplía y le celebraban sus treinta años de edad, en el momento cumbre de su vida, no es lo deseable.

Anzoátegui había nacido en Barcelona, ciudad venezolana, el día 14 de noviembre de 1789, en el hogar conformado por el español vasco, para más señas, José Anzoátegui y Juana Petronila Hernández, criolla con ancestros indígenas. A la edad de 21 años contrajo matrimonio con Teresa Arguíndegui, en cuyo matrimonio nacieron dos niñas, Calixta y Juana, la última de las cuales no conoció a su padre por el transcurso de la guerra de independencia.

Fue José Antonio Anzoátegui, gallardo, apuesto, enérgico, en contraposición a su escasa cultura, marido ejemplar; guardó a su legítima esposa y a sus hijas una lealtad increíble en un personaje de sus condiciones físicas, intelectuales y con el poder que ostentaba para la época.

A nuestro héroe lo persiguió con obsesión Cecilia Gómez; mujer hermosa, morena, alta, coqueta y casquivana, en cuyo cuerpo encontró la muerte súbita el joven general. Anzoátegui fue valioso en la lucha libertaria de la Nueva Granada, pero fue fundamental su valeroso accionar en la batalla de Boyacá, donde dirigió el épico encuentro

en compañía de Bolívar y Santander. Se cuenta que cuando el general realista José María Barreiro avanzó a reunirse con su vanguardia, Anzoátegui envió sobre los españoles al batallón “rifles”, y ante los movimientos del batallón “Cazadores del Rey”, en el epicentro de la batalla, les lanzó a los bravíos “Guías del Apure” y dispuso que los llaneros se tomaran la colina derecha del escenario para contrarrestar, por ese costado, los movimientos realistas.

La batalla se definió fundamentalmente, por la valerosa actuación de la legión británica, los lanceros de Rondón y Santander a la cabeza de los batallones “Primero de Línea” y “Cazadores”.

José Antonio Anzoátegui fue ascendido a Coronel en 1816, y a integrante de la guardia de honor del libertador Simón Bolívar, y más tarde a General de Brigada y a Juez del General Manuel Piar, en el Consejo de Guerra de 1817, que dispuso la muerte del investigado. Pasada la batalla de Boyacá, y encargado Santander de la presidencia, con el fin de afrontar Bolívar la independencia de Venezuela, el presidente encargado encomienda a Anzoátegui la más cruel y aleccionadora misión: fusilar a los detenidos de Boyacá, incluyendo a Barreiro. Con la natural reserva, Anzoátegui cumple la inexplicable orden. Fueron Anzoátegui y Santander dos entrañables amigos. “Mi mejor amigo” llama siempre el venezolano al colombiano.

Anzoátegui conoció a Cecilia Gómez en diciembre de 1814, en Duitama, cuando Bolívar huía de Venezuela donde había sido derrotado en Aragua y se aprestaba a rendir cuentas al Congreso de las Provincias Unidas. De paso para Tunja fueron objeto de una fiesta en Duitama, donde José Antonio y Cecilia se conocieron, bailaron y prendieron la llama del amor. Narra Germán Espinosa en *De amores y amantes*, que en el momento cumbre de la conquista “la mente del venezolano voló en un parpadeo hacia Teresa Arguíndegui, la vio resignada en su solar de Barcelona, atareada, sumisa. Pensó en la pena eterna que las escrituras prevén para el adúltero. Pensó en el solapado agravio que había inferido ya a su familia, y en el más grave que estaba a punto de inferirle. Se sintió poblado por una angustia demo-

ledora. Desciñó el talle de Cecilia, que estrechaba casi con aspereza; retiró sus labios de los suyos; dio media vuelta y, sin una explicación, volvió a la fiesta. Allí pidió a Bolívar permiso para retirarse. A la madrugada marchaban hacia Tunja”.

El día que Anzoátegui cumplía treinta años (14 de noviembre de 1819) se encontraba en Pamplona. Fue allí invitado por lo más granado de la sociedad a un acto en su honor, en las horas de la noche. Comenzando el acto descubrió entre las asistentes a Cecilia Gómez, para la época ya casada, quien había sido su obsesión desde aquel ya lejano –para él– diciembre de 1814, cuando la había conocido en Duitama.

Bailaron, se miraron, se contaron sus glorias y penas, y muy avanzada la fiesta, salieron para la alcoba que en una casa importante, tal vez la más importante de la ciudad, le habían asignado al héroe. Allí, en pleno éxtasis de amor, de una apoplejía, encuentra la muerte José Antonio Anzoátegui. Cecilia Gómez huye del lugar gritando que está muerto su amante y se pierde para siempre, inclusive para la historia. Anzoátegui encontró la muerte en el momento más sublime del amor.

[25 de octubre de 1997]

AMOR DE LEJOS...

La obra *Las grandes musas de la Historia*, publicada por Javier Vergara Editores en 1993, y cuya autora es Evelyne Deher, historiadora, novelista y guionista, nos permite retomar una serie que veníamos publicando en el periódico *El Mundo* sobre Grandes Amores.

Jaufré Rudel fue uno de los más grandes poetas y trovadores de la Edad Media, especialmente en la Corte de Leonor, en Aquitania, donde siempre fue objeto de enamoradas miradas de damas y doncellas que absortas le escuchaban sus poemas. Fue a pesar de esta circunstancia, un personaje solitario, en búsqueda de una musa que lo inspirara. La época de Rudel era la de los viajes al lejano Oriente y, en especial, a Tierra Santa por cruzados que iban a luchar por la reconquista de los lugares sagrados.

Partiendo de la Europa Occidental de hoy, regresaban ricos y dueños de grandes extensiones de tierra. “Todos rodeaban a los recién llegados, ávidos de sus relatos que iluminaban con su sol las grandes salas frías. Los cruzados narraban el salvajismo de los turcos y de los sarracenos, suscitando gritos de terror en las jovencitas. Evocaban los esplendores del Oriente. Allá, decían, no había inviernos, en los árboles crecían frutos, de sabor incomparable, las flores abundaban de tal modo que el aire era fragante y las mujeres lucían una belleza sin igual” (Evelyne Deher).

Jaufré no fue ajeno a aquellas historias y con mucha insistencia comenzó a escuchar una muy especial: La existencia de Melisenda de Trípoli, que era hija de Raimundo de Trípoli, descendiente de

los Condes de Toulouse y de Hodierna de Jerusalén, hija a su vez de Balduino du Bourg y de la princesa armenia, Morfia.

Vivía Melisenda en un palacio cerca al Mediterráneo y que, en nuestros tiempos, sólo hallábamos en las historias de hadas que nuestros abuelos nos narraban de pequeños. Era una muerte con porte de reina, frágil, cuerpo esbelto, cabellera negra y bonita, sonrisa llena de picardía, talle fino. En fin, era una mujer de una belleza exótica y llamativa.

Todos los cruzados que llegaban del Oriente le narraban a Jaufré la belleza de Melisenda y el palacio donde vivía. Esto hacía que el poeta no mirara a mujer alguna, distinta a su lejana y desconocida musa que le inspiraba todas sus trovas y poemas.

La pobreza de nuestro poeta le hacía imposible pensar en un viaje al Oriente y sus precarias condiciones físicas en enrolarse en ejércitos cruzados, que le permitieran viajar a conocer a su Melisenda, espejismo que le inspiraba sus obras. Pero no obstante las limitaciones económicas y físicas de nuestro poeta, éste inició la recaudación de dineros que le permitieran conocer a su enamorada lejana. Su obsesión era total. Tenía que conocer a la mujer de sus sueños. Ahorró centavo a centavo. Los años le fueron dejando una salud cada vez más precaria, hasta que pudo zarpar en Marsella rumbo al palacio de su amada, situado en Trípoli.

Su figura, parecida a la de un desechable de nuestros tiempos, fue la primera razón para rechazar su ingreso al palacio. Fueron muchos los intentos, tantos cuantos rechazos mereció de la guardia palaciega. Tanta fue la insistencia del poeta pobre y enfermo, que la historia llegó a oídos de Melisenda, quien previamente había conocido el trabajo poético de su enamorado desconocido. Lo hizo pasar a los fastuosos salones de su palacio. El encuentro fue breve y dramático: el poeta loco de amor, harapiento y moribundo llegó tembloroso ante su “amada”. Melisenda lo recibió asombrada, no sólo por la calidad de su obra poética, sino por el amor apasionado y fiel que le profesaba sin conocerla.

Ella, con más piedad que amor, lo besó y él no resistió: murió con semejante muestra de afecto que le propinó la mujer de su vida. La historia de Jaufré Rudel y Melisenda de Trípoli inspiró a Edmundo Rostand para escribir la obra *La princesa lejana*.

[20 de septiembre de 1998]

AMOR ETERNO

Siguiendo la obra *Las grandes musas de la Historia*, de Evelyne Deher, nos encontramos con la historia romántica de Pierre de Ronsard, el más grande poeta renacentista de Francia, iniciador del clasicismo en las letras de su país, quien había nacido en 1524.

El día 21 de abril de 1545, en el Castillo de Blois, el Rey Francisco I celebraba el inicio de la primavera y a su ocasional residencia llegaron gentes cercanas a la Corte y los notables de la comarca, luciendo lo mejor de sus atuendos y joyas. Allí estaba presente el joven (tenía escasos veintiún años) Pierre de Ronsard, castellano de la Possonière quien al comienzo de la fiesta observó tímido y solitario el boato de los asistentes.

Transcurrido algún tiempo de la fiesta vio a una joven, bella y sensual, que frisaba escasamente los diez y seis años. Como pudo, averiguó que su nombre era Casandra Salviati, hija de un rico banquero florentino y prima segunda de su alteza Catalina de Médicis. El amor de Ronsard fue a primera vista. Le llamó la atención luego de que Casandra leyera un poema, como se estilaba en la época y la invitó a salir a los jardines del Castillo.

Conmovido a más no poder, el poeta no atinaba a expresar sus sentimientos y antes de sentirse haciendo el oso decidió declamarse algunos de sus poemas, lo que conmovió a Casandra.

De regreso al salón del baile y en un acto de amor desesperado Ronsard pide a Casandra un beso. “Ella se inmovilizó; vaciló. Él avanzó la cabeza y posó delicadamente sus labios sobre su mejilla tibia. Embriagado, los deslizó hasta los labios suaves, que no se apar-

taron. Su corazón latía hasta aturdirlo y sentía, muy cerca, latir más fuerte el corazón de Casandra” (Evelyne Deher).

Luego del encuentro en el Castillo de Blois los dos enamorados se volvieron a ver en dos ocasiones. En la Possonière, un año después de conocerla, cuando la madre de Pierre invitó a la familia de los Salviati, tratando organizarles matrimonio a los jóvenes enamorados y luego en el Castillo de Taley, cuando la madre de Casandra devolvió la atención a los Ronsard.

Los dos encuentros conmovieron en lo más íntimo el amor que Pierre sentía por Casandra y a su vez, ésta “adivinaba en él un alma de excepción”.

Aun cuando Pierre de Ronsard era de muy buena familia y se le comenzaba a tildar de gran poeta no era lo que quería la familia Salviati para su hija y pronto la prometieron a Jean de Peigné, Señor de Pray. Ella aceptó la decisión familiar y poco después contrajo matrimonio.

Conocido el hecho, nuestro poeta sufre una amarga decepción que lo afectó en lo más profundo de su ser. Jamás mujer alguna lograría llegar a su corazón como lo hizo Casandra, que además había sido y seguiría siendo su gran musa.

Cuando amainó su tristeza, ordenó sus ideas y se dedicó a escribir, surge así, siete años después del baile del Castillo de Blois y cinco después del matrimonio del gran amor de su vida, el primer volumen de poemas llamado *Los amores de Casandra*. El poeta le hace llegar esa obra a su amada que ella recibe con cariño. Entre ellos existe un entendimiento tácito, seguramente a través de los versos. Pierre va pasar los meses y los años en soledad, sin su lejano amor. Conoce en Bourgueil a Marie, la hija de un Posadero y se casa con ella, pero Casandra sigue siendo su obsesión.

Como no amaba a Marie, pronto la deja y ésta muere luego de la separación. A los cuarenta y ocho años se casa en Helene Surgeres, que es veinticuatro años menor que el poeta. Le canta durante seis años, le compuso cerca de ciento treinta sonetos, pero Helene era una mujer fría e indiferente.

Murió Ronsard a finales de diciembre de 1585, sin olvidar a Casandra. A ella le escribió como casi siempre, los últimos poemas. Ella le sobrevivió, ya viuda, veinte años más, seguramente satisfecha de haber sido la musa de uno de los grandes poetas de la humanidad.

[27 de septiembre de 1998]

VIVIR PARA AMAR

Corría el año de 1570 cuando en el bello Castillo de La Bastie se celebraba el elegante matrimonio del joven Anne d'Urfé, con apenas contaba 16 años, y la agraciada heredera de una gran fortuna, Diane de Chateaumorand, a la sazón con 14 años.

Era el Castillo de la Bastie una hermosa construcción muy propia para las fiestas, ubicado en una hondonada del valle que dejaba a su paso el río Lignon. Anne era el hermano mayor del que posteriormente sería un gran poeta francés, Honoré d'Urfé, quien por la época del matrimonio que comentamos frisaba los ocho años.

El día de la boda de Anne d'Urfé con Diane de Chateaumorand se pudieron observar dos posiciones claramente definidas: La indiferencia del esposo, seguramente obligado a desposarse por conveniencias familiares y el entusiasmo del niño Honoré ante la belleza de su cuñada. Estas dos circunstancias marcarían terriblemente las vidas de los d'Urfé y los Chateaumorand, como lo veremos adelante.

Pasada la boda de su hermano mayor, Honoré fue enviado a Tournon a estudiar y cada año regresaba a la Bastie a pasar sus vacaciones. Contrario a lo esperado, con su adolescencia y el pasar de los años, el amor por su cuñada se aumentó y cada día le era más difícil esconder esa pasión que le quemaba su cuerpo.

El poeta era tímido, escondido ante su amada su profundo sentimiento. Cada encuentro de miradas, cada roce de sus cuerpos, cada atención que le hacía era un aumento del desdichado sufrimiento de amor que el joven vivía. “Poco a poco tomó conciencia de la índole de sus sentimientos hacia su cuñada y se aterró”.

Temía que si los dejaba traslucir, su hermano Anne lo excluyera de La Batie. Comenzó pues a evitar a Diane apartando su mirada de ella en presencia de su hermano mayor, para no traicionarse. Diane no se engañaba, pero para ella el joven era más que un niño y no imaginaba que en él nacieran deseos de amante, dice la historiadora Evelyne Deher en su obra *Las grandes musas de la historia*, que nos ha servido de base para esta columna.

Honoré comienza a percibir la profunda desdicha que deja ver Diane y que es el reflejo de un matrimonio por conveniencia. El tiempo transcurría en una lucha imperceptible y desigual: El poeta por llegar al corazón de su cuñada y ambos por ocultar el sentimiento de amor que cada día era mayor. La ausencia de hijos en el matrimonio en Anne y Diane confirmaba los presentimientos de Honoré por el fracaso de este matrimonio.

Una mañana que salieron a cabalgar los furtivos enamorados, como solían a veces hacerlo, terminó en lo que tanto temían: confesando su pasión, aceptándola y dando rienda suelta a lo que por mucho tiempo habían reprimido. De regreso al Castillo optaron por reprimir su sentimiento y respetar a Anne. Sin embargo, los lazos secretos se continuaron intensificando y el poeta escribía a solas sobre su inalcanzable amada.

Algunos años después sucedió lo inevitable, durante una cacería familiar. Diane tenía como permanente escudero a Honoré y en cualquier momento de la faena el corcel que montaba Diane se encabritó y la tiró a la vera del camino, Honoré saltó solícito a proteger a su amada. Cerca al lugar del accidente pasó Anne y al ver el caballo de su esposa solo y encabritado se dio a la tarea de buscarla y la encontró en los brazos de su hermano menor.

Honoré fue sancionado obligándosele a ingresar a la Orden de los caballeros de Malta donde produjo su primer gran poema en honor a su amada Diane, al que llamó “Le Sireine”.

Transcurridos tres años regresó a su hogar, ya formado físicamente como un hombre apuesto.

Desde el primer día del regreso Honoré entendió que Diane aún lo amaba.

Diez y siete años después del matrimonio de Anne y Diane, Honoré consumó su gran amor, en una noche de locura dieron rienda suelta a su lujuria y allí también decidieron normalizar su unión pidiéndole al Papa la anulación del matrimonio existente.

Después de muchas luchas, sinsabores y separaciones, lograron de la Iglesia la anulación matrimonial. Honoré y Diane se casaron en febrero de 1600. No fueron felices, pues varios abortos dieron al traste con la posibilidad de tener hijos.

Honoré d'Urfé escribió varias obras: *Epístolas morales*, *La Astrée*, donde en cinco mil páginas contó su amor por Diane y pasó a la inmortalidad con la aparición del género novelesco.

[23 de noviembre de 1998]

LA MUSA NEGRA

La Rochefoucauld intervino activamente en la guerra de La Fronda, que fue el nombre dado a las luchas que tuvieron lugar en Francia durante la minoría de edad de Luis XIV, último intento de la nobleza y el Parlamento por limitar el poder absoluto de la monarquía francesa. Esta confrontación dura cerca de cinco años, de 1648 a 1653. Nuestro héroe dejó escrita su vida en *Las memorias*. Consignó su pensamiento filosófico en sus pesimistas *Máximas*, escritas entre 1658 y 1663, y fue un enconado adversario de los cardenales Richelieu y Jules Mazarino, primeros ministros y caudillos de la monarquía francesa durante la infancia de Luis XIV.

Sigo contando, para esta historia, con la obra *Las grandes musas de la historia*, de Evelyne Deher.

En el bello palacio de Longueville, en las afueras de París, bajo las atenciones de la duquesa Anne Genovieve de Borbón Condé se efectuaban con frecuencia reuniones presididas por el sacerdote y teólogo francés Antonio Arnauld, uno de los defensores del jansenismo, doctrina que fue posteriormente condenada por herética por la Iglesia Católica.

La duquesa de Logueville, Ana Genoveva (para decirlo en nuestro español) era una mujer joven, muy hermosa, de unos ojos cautivadores que le merecieron el apelativo de “La duquesa de los bellos ojos”; casada por imposición familiar con un hombre mayor que ella veinte años.

Las reuniones para estudiar el jansenismo fueron apenas un propósito para que Francois de La Rochefoucauld visitara periódicamente al palacio donde podía apreciar de cerca y galantear a la bonita duque-

sa. De La Rochefoucauld llegó a París, cuando frisaba los 35 años, de una lejana provincia llamada Poitou. Su figura provinciana, pero fina su amabilidad y buenas maneras, le valió su ingreso a los círculos privilegiados de la capital. Todo se facilitó para los enamorados. El marido de la duquesa se dedicaba a su amante, madame de Montbazón, y la esposa de nuestro filósofo y moralista fue dejada en la lejana Poitou.

No faltaron las presiones de la familia de la duquesa que consideraban al enamorado como un hombre indigno de ella. Finalmente nuestro hombre se alistó en los ejércitos del Gran Condé, hermano poderoso de Ana Genoveva y ésta regresó al lado de su esposo, quedando luego en embarazo, para tristeza y dolor de Francois.

Algunos meses después nuestro héroe decide reconquistar a su amada de los ojos bellos y en ese empeño descubren, a fines de 1648, que la duquesa estaba embarazada de Francois. Por estas calendas, la familia de la duquesa se alía con otros nobles, burgueses, gente del pueblo y el Parlamento, en contra de la reina Ana de Austria, regente del menor Luis XIV y contra el poder del Cardenal de origen italiano Jules Mazarino, muy poderoso en la monarquía francesa.

En la primera intervención militar de La Rochefoucauld en los ejércitos dirigidos por la familia de su amada, sufre un pistoletazo que le atravesó la garganta, tiempo después son derrotados los revolucionarios por la monarquía y como consecuencia de esto nuestros dos enamorados huyen de París rumbo a Normandía, posteriormente se sella la paz entre los dos bandos y los Condé regresan a la capital francesa en medio del entusiasmo de sus partidarios.

Ana Genoveva no fue fiel a su esposo y tampoco fue del todo fiel a su amante. Vivió un tormentoso romance con el apuesto duque de Nemours, quien tenía a la sazón “25 años, era inteligente, de agradable presencia y de un agraciado rostro”. Todo esto y los cambios que se vivían en la corte, producto de la presencia de un rey joven, rodeado de mujeres jóvenes y personajes nuevos, hicieron que Francois se regresara a su natal Poitou y Anne Genevieve bajara su perfil y fuera menos protagonista en la vida social y política de Francia.

Amargado, De La Rochefoucauld se dedicó a escribir sus memorias. “No perdonaba a nadie, sabiendo herir con una frase al mostrar la bajeza o debilidad del personaje”. La obra salió a la luz pública bajo un seudónimo y desencadenó un fuerte escándalo. En ella dejaba al descubierto la relación entre Anne Genevieve y Francois, llevando, como era obvio, la peor parte la duquesa, quien se sintió humillada y ultrajada y reconoció en la publicación la pluma ácida de su enamorado de ayer. Evidentemente que nuestro moralista, militar y filósofo negó cualquier participación en la obra. Después escribiría las *Máximas*, llena también de mucho odio hacia Anne Genevieve. Anne muere en la primavera de 1679 y su amante un año después. Se ha dicho que La Rochefoucauld dio origen al personaje central de *El Misántropo* de Molière.

[19 de septiembre de 1999]

UNIDOS A PESAR DE LAS EDADES

Honoré de Balzac fue un notable novelista, nacido en 1799 en Villeparisis, cerca de París, y fallecido en 1850 en la capital francesa. Es uno de los creadores de la novela realista. Nació en el seno de una familia de la pequeña burguesía. Su obra más importante es *La Comedia Humana*. “En ella, gracias a sus dotes de observación, a su penetración psicológica y a su fuerza narrativa, nos ha dejado un retrato vivísimo de la sociedad de su tiempo y una galería de personajes de honda humanidad” (Diccionario Vox).

Balzac, en 1819, siendo aún muy joven, ruega a sus padres que lo envíen a París para dedicarse a la literatura, lo que obviamente causa desilusión entre los padres del futuro escritor que consideran la profesión elegida por su vástago como muy poco rentable. No obstante lo autorizan a viajar y le otorgan dos años para labrarse su propio destino. Vencido el plazo, Honoré regresa a su casa decepcionado y taciturno y, a pesar de su fracaso, continúa escribiendo, convencido que algún día será importante y podrá ganarse la vida con la literatura.

Cerca de la casa de Balzac, en Villeparisis, vive Laure de Berny, veinticinco años mayor que Honoré, mujer que a la sazón ya llevaba dos matrimonios y era madre de dos hijas mayores, es decir, de la misma edad de nuestro personaje y dos hijos más pequeños. Pronto entablaron amistad las dos familias, convencidas inicialmente de la posibilidad de una relación amorosa de Balzac con una de las hijas de su vecina.

Fueron todos los días más frecuentes las visitas de Honoré a la familia de los Berny, pero la verdad era que éste no tenía sino ojos

y atención para madame de Berny. “Veía en ella a la mujer de sus sueños, sin tener verdadera conciencia de que ella representaba a la madre que él hubiese deseado. De niño había sido criado por una nodriza, luego enviado al Colegio. Con él su madre era fría, no le manifestaba afecto, como tampoco a su hermana. Parecía no amar más que a su tercer hijo, el hermano menor. Honoré, frustrado en su infancia, conservaba una sed de ternura inextinguible” (*Las grandes musas de la Historia*, Evelyne Deher).

Muchas veces intentó Balzac demostrar su inmenso afecto por Laure, encontrando siempre el reproche respetuoso, pero contundente, de una mujer consciente de la enorme diferencia de edades que tenían y de la gran juventud del escritor. Para la época Balzac tenía veinte años y Laure cuarenta y cinco.

Pero el corazón no tiene muchas veces el control que todos deseamos. Más temprano que tarde madame Berny comenzó a soñar con el joven enamorado. Le hacía falta verlo y se lamentaba de no tener veinte años menos. Sucedió lo que tenía que pasar. Cualquier tarde de invierno Honoré fue a tocar a la casa de su amada, la encontró sola y allí dieron rienda suelta a toda la pasión que tenían reprimida. Ella, mujer madura y frustrada en sus dos matrimonios. Él, joven, impetuoso y carente de afectos familiares.

Muchas veces se vieron en secreto. Muchas noches en vela, llenas de pasión que sus respectivas familias desconocían. Cualquier día, la hija mayor de madame de Berny “alertada por mil pequeños indicios que revelaban un entendimiento amoroso entre su madre y su presunto pretendiente, los sorprendió una noche” (Obra citada). El escándalo fue mayúsculo y Honoré de Balzac fue obligado, por su propia madre, a abandonar la Villa donde vivía.

Era tal el compromiso entre los enamorados de la historia, que Laure de Berny le prestó al novelista un apartamento que poseía en París, donde lo visitaba periódicamente para saciar sus pasiones, ayudarlo económicamente y darle apoyo moral en su labor como escritor. Honoré esperaba la visita de su amada con ansias y eso lo

estimulaba a escribir, primero folletines, luego artículos de prensa y posteriormente novelas de profundo sentido social y humano.

Intentó Honoré de Balzac, con el apoyo económico de su familia y de Laure, montar una imprenta, empresa en la cual fracasó estruendosamente. Repuesto del fracaso empresarial, escribió *La fisiología del matrimonio*, que lo hizo conocer en el ambiente parisino. Por esta época conoció a la Duquesa de Abrantes, que produjo el primer rompimiento entre Balzac y Laure, relación que lo consolidó en los salones de la capital francesa.

Volvió al lado de madame de Berny, pero por poco tiempo, pues comenzó a recibir, por el año de 1832, cartas de la polaca Eva Hanska, quien logró romper definitivamente la relación de Balzac con su ya anciana amada.

En *La Comedia Humana*, obra cumbre de Honoré de Balzac, éste rinde un sentido y leal homenaje a Laure. “Madame de Morsauf sería Laure, una mujer dulce, sensible, casi santa, que sin embargo, deploraría no haber aprovechado las felicidades de la vida”.

[3 de octubre de 1999]

INMORTALIZADA POR EL AMOR

Víctor Hugo es tal vez el novelista y poeta francés más importante del siglo pasado. Nació en Besançon en el año de 1802 y murió en París en 1885. Considerado “uno de los poetas más geniales de su tiempo y figura máxima del romanticismo francés”. Fue autor, entre otras, de las siguientes obras: *Nuestra Señora de París*, *Los Miserables*, *El noventa y tres*, *Las hojas de otoño*, innumerables poemas, varias obras de teatro y novelas.

Para comenzar las historias de amor de Víctor Hugo quiero contarles, amables lectores, que el Poeta fue un profundo enamorado de las empleadas del servicio. En su casa y en las de sus amantes vivió siempre al asecho de toda doméstica que llegara, no importó que fuera joven o madura, bonita o fea. Esa fue una de sus debilidades, ya que otra fue la actriz de teatro Juliette Drouet (tenía 26 años) a quien conoció a comienzos del año de 1833, cuando en el teatro Porte Sain-Martin ensayaban la obra de Víctor Hugo, *Lucrecia Borgia*, que dirigía el mismísimo autor.

Juliette era mujer hermosa, de pequeña había perdido a su madre y pocos años después a su padre, un humilde sastre de Fougères, y estas desgraciadas circunstancias la habían llevado a internarse en un convento parisino para formarse como religiosa. A los dieciséis años abandonó el monasterio para ganarse la vida como modelo. Primero sirvió para un escultor que luchaba por sobresalir y del cual terminó enamorada y teniendo una hija que con los años sería su aflicción, la pequeña Claire. Luego el escultor Pradier la abandonó, se le llevó a su hija para educarla alejada del pesado ambiente del teatro y Juliette

quedó tan pobre y desamparada como antes. Aparece luego un grabador que también la hace su modelo y amante. Finalmente, cuando consigue un contrato como actriz en el teatro Odéon, en mayo de 1831, conoce a Demidoff, un hombre rico, que la saca de la pobreza y la lleva a vivir en la opulencia, donde pierde toda noción del dinero y las limitaciones. Pero el escultor, el grabador y el opulento no fueron los únicos amores de la Juliette antes de conocer a Víctor Hugo. Por su alcoba pasaron otros hombres vinculados al teatro, entre ellos Alphonse Karr.

En los ensayos de la obra *Lucrecia Borgia*, Víctor Hugo y Juliette iniciaron un tortuoso romance que solamente perturbarían las empleadas domésticas y terminaría la muerte. El primer día cenaron en Montmartre y fueron a consumir su amor en la casa de la actriz, situada en la calle l'Echiquier. "La noche fue una revelación para Víctor. Aunque casado desde hacía ocho años y con cinco hijos, no poseía una verdadera ciencia amorosa, mientras que Juliette era experta en ese aspecto. Se sintió deslumbrado por las tentaciones que ella supo despertar en él [...] y celoso del pasado que ese arte revelaba. Juliette abría al poeta el mundo insospechado de la carne y horizontes de vértigo cuya embriaguez le trastornaba. Ella hacía desaparecer sus prevenciones contra el pecado carnal nacidas de una austera educación burguesa. Juliette tenía el perfume sulfuroso de los frutos prohibidos" (Evelyne Deher. *Las grandes musas de la Historia*).

El primer empeño de Víctor Hugo fue sacarla del corazón de Demidoff, para lo que tuvo que recurrir a muchas escenas de celos, hasta conseguir que su amada abandonara toda la opulencia que la rodeaba en su hogar y que era producto de regalos de su rico enamorado. A lo que no renunció voluntariamente, lo perdió con demandas judiciales a que se vio abocada por los muchos gastos suntuarios que el poeta no podía satisfacer, como si lo hacía su antiguo amigo.

Muchas veces poeta y actriz se separaron y muchas otras los unió la pasión. Juliette tuvo que abandonar la calle l'Echiquier y se fue a vivir en un cuarto de mala muerte del Marais, donde se sintió pe-

queña y desgraciada. Allí la visitaba el gran Víctor Hugo, a quien su amada, en todas sus casas, cómodas o incómodas le organizaba un estudio especial para que pudiera escribir sus obras. Ella se acostaba en su lecho, cerca al estudio, para servir de inspiración al poeta y novelista. Fue tal el grado de sumisión que alcanzó Juliette frente a su amado que renunció a sus hermosos vestidos de la vida artística y se entregó por completo a una vida monástica que requería el celoso escritor. Con alguna frecuencia la actriz visitaba a su pequeña hija y en algunas ocasiones Víctor Hugo compartió con ambas paseos a la campiña francesa.

Innumerables fueron los poemas que dejó a la posteridad Víctor Hugo dedicados a su amada, pero lo más importante fue el significado de ésta en la obra *Los Miserables*. Juliette lo llevó a Bretaña, su tierra natal, allí, impactado por la pobreza de la región, Víctor Hugo decide escribir su obra cumbre, donde ella inspiró al personaje central, Fatine y Claire, la hija de Juliette, quien murió a la edad de quince años, para tristeza de su madre.

Víctor Hugo enviuda y se decide a vivir con Juliette. Viajan mucho por los problemas políticos del escritor. La vida entre la pareja se vuelve difícil por las relaciones del poeta con las domésticas y el 11 de mayo de 1883, a la edad de 76 años, fallece la actriz y Víctor Hugo no vuelve a escribir una línea hasta que dos años y once días después de la muerte de su amada, entrega la vida al creador, dejando a Juliette Drouet en la inmortalidad.

[1 de noviembre de 1999]

UN PINTOR AUDAZ

Filippo Lippi, llamado también Fra Filippo, fue un conocido pintor nacido en 1406, en Florencia, la capital del arte y la meca del renacimiento europeo. Fue un protegido de la poderosa familia de los Médicis, para los que trabajó decorando sus palacios, especialmente para Cosme Médicis, su gran mecenas. Desde muy joven ingresó al convento de los carmelitas, donde tuvo como su mentor y maestro al gran Massaccio, de quien recibió las primeras clases de pintura. A sus obras les imprimió un carácter naturalista a sus escenas religiosas. Era llamado “pintor de gracia y de ornamento”. Son sus principales pinturas “La Coronación de la Virgen” y “La Virgen y el Niño”, que ejecutó para decorar a la capilla del monasterio de Santa Margarita, obra que origina la gran historia de amor que vivió nuestro personaje. Filippo murió a los 63 años de edad, en la localidad de Spoleto (Italia).

Filippo no fue lo que nosotros llamamos ahora en Antioquia “un buen muchacho”. De muy joven abandonó el convento carmelitano donde lo formaban y se dedicó a las malandanzas. “Se le sabía licencioso, bebedor, mujeriego, entregado a toda clase de bajezas. Varias veces había tenido que vérselas con la justicia y había probado la prisión. Todavía se recordaba su escapada de algunos años antes. Cuando pintaba para los Médicis, estos le habían encerrado en el palacio a fin de forzarlo a trabajar, pues tenía fama de haragán. Se había escapado colgando sábanas de su ventana y durante tres días se lo buscó sin cesar. Finalmente, se le encontró hirsuto, andrajoso, borracho perdido, en brazos de unas pordioseras y sin un florín en el bolsillo. En una palabra, no había en toda Florencia peor pícaro

que ese granuja de Filippo Lippi” (*Las grandes musas de la Historia*, Evelyne Deher).

A mediados del siglo XV los dueños de los grandes palacios, los ricos mercaderes, las iglesias y los monasterios no podían estar ausentes del florecimiento artístico que vivía toda Europa. Florencia era considerada el centro de este auge artístico. Escultores, arquitectos, artesanos, pintores se asentaban en esta importante ciudad, considerada la capital de la belleza. Estas circunstancias motivaron a las religiosas del monasterio de Santa Margarita a embellecer su capilla con un cuadro de la Anunciación para decorara su altar principal.

Filippo Lippi, a pesar de sus condiciones personales de “mala gente”, era un artista reconocido. Obviamente que este excelente pintor llamó la atención de la superiora del monasterio de Santa Margarita, quien decidió contratarlo para la obra que ella consideraba inmortalizaría, como en efecto sucedió, la capilla principal de su convento. Pero fueron muchas las noches de insomnio que vivió la religiosa pensando en llevar a su convento a un mundano, reconocido por su afición al licor y a las mujeres. Fueron muchas las advertencias que la superiora hizo a las religiosas, a quienes les prohibió mirar o dirigir la palabra al “perverso” pintor.

Contratada la obra con Filippo Lippi, éste se dio a la tarea de buscar a la mujer que le sirviera de modelo para una Virgen diferente. Debía contar con una dama que expresara cinco condiciones que reflejan los mismos estados de la Virgen: turbación, reflexión, interrogación, sumisión y méritos de ser la Madre de Dios.

Fueron muchos los días y semanas que transcurrían sin que el pintor hallara a la persona indicada. Las religiosas ya comenzaban a desesperar y a dudar de la seriedad del artista. Se preguntaban si en toda Florencia no existía una modelo que reuniera las condiciones que Filippo exigía. Éste, a su vez, respondía afirmando que la Virgen era única y que por lo tanto así debía ser la modelo que buscaba.

En una de las discusiones entre la madre superiora y Filippo, por la tardanza de éste en iniciar la obra, ingresó a la oficina del convento

una monjita muy joven que dejó paralizado al pintor, por su gran belleza. Sintió enamoramiento a primera vista. Comprendió que esa no solamente era la modelo que buscaba, sino la mujer de su vida. Y, sucedió lo previsto. Filippo convenció a la superiora del convento que ésa era la persona que buscaba y con miles de condiciones y de dudas la religiosa autorizó a la monjita para que sirviera de modelo en la majestuosa pintura que iniciaba el gran Filippo Lippi. Muchas fueron las oraciones al cielo para impedir que el mal hombre mancillara a la virginal monjita. De nada valieron rezos y vigilancias. Terminada la obra, Filippo huyó con Lucrezia Donati, la religiosa hija de una familia de ricos mercaderes de Florencia y quien se convirtió en el inmenso amor y la musa que modeló toda la obra del pintor renacentista. Meses después, los Médicis intervinieron ante el Papa Pío II, quien perdonó a los pecadores y autorizó el matrimonio del pintor y la ex monja. De este loco amor nació Filippino, otro pintor famoso del renacimiento. “Hoy el rostro de Lucrezia Donati es uno de los más célebres y más reproducido. Es el de la Virgen con el Niño y figura en todos los cuadros de Filippo Lippi posteriores a su encuentro”.

[5 de enero de 2000]

UN PINTOR EMBELESADO

Algunos y muy queridos lectores me han insinuado reanudar este tipo de artículos y mantenerlos con alguna frecuencia. Es mi obligación darles gusto, máxime que han agradado bastante.

El pintor holandés Rembrandt Harmensz van Rijn, conocido en su época como Ryn, y en la actualidad como Rembrandt, comenzó su actividad artística en el pueblo de Leyden, donde había nacido en cuna de humildes molineros, gentes buenas pero sin el signo de la riqueza o el posicionamiento social, en el año de 1606. Sus primeras pinturas fueron sobre temas religiosos, con hermosos contrastes de luz, que lo tornaron en el maestro del claroscuro y de los contrastes de luz y sombra. En 1631 se establece en Amsterdam y se da a conocer como un importante retratista de la alta sociedad de su país. Su obra maestra es “La ronda nocturna”, pintada hacia 1642.

Saskia, hija del respetado burgomaestre Van Uylenburg, del poblado de Leeuwarden, quedó huérfana de padre a los doce años y debió irse a vivir con Hiskje, su hermano mayor, a la ciudad de Amsterdam. Allí le ayudaba a Hiskje a atender un floreciente negocio de comercio, donde lo más solicitado eran las pinturas y todo lo relacionado con obras de arte. Saskia, a pesar de su juventud y de haber perdido a su madre a la edad de siete años, y más tarde a su apreciado padre, se adaptó fácilmente a la necesidad de vivir con sus hermanos mayores para poder subsistir.

Saskia conoce, frisando los diecinueve años, a Rembrandt, ocho años mayor que ella, cuando su hermano le pide la acompañe para mirar la producción artística de “un nuevo pintor que vino de la

provincia y ya en algunos lugares exclusivos de la ciudad comienzan a hablar muy bien de él”. El encuentro no pudo ser más prometedor. Fue lo que se dice en nuestros tiempos “amor a primera vista”, tanto que la intención de Hiskje era la de escuchar una opinión sobre la pintura del joven provinciano que vivía en la esquina de la Jodensbrestraat, cerca del canal que conduce a la torre Montalbaan, y cuando abandonaron el taller de éste comprendió que era inútil cualquier opinión de Saskia, pues había quedado de lo más prendada del pintor.

El hermano negociante comprendió que si su hermana había quedado tan impresionada del apuesto joven, era apenas natural que con las damas de la alta sociedad de la ciudad capital de Holanda sucedería lo mismo, además que el trabajo artístico de Rembrandt era de una alta calidad que lo convertiría rápidamente en el primer pintor de su país. “Rembrandt se convirtió en un íntimo de los Van Uylenburg, pero nadie se engañaba acerca del objeto de sus frecuentes visitas. Se las arreglaba para conversar con Saskia; se contaban mil naderías que los maravillaban. El joven recordaba su ciudad de Leyden, detallando su aprendizaje, cómo había descubierto su vocación de pintor a la edad de quince años, su instalación cuando fue a su vez reconocido pintor” (Evelyne Deher, *Las grandes musas de la Historia*).

Esta pareja de jóvenes deciden contraer nupcias en julio de 1634 y desde esa hora y punto la bella Saskia se convierte en la musa que inspira permanentemente el trabajo pictórico del gran Rembrandt, quien sufre una gran transformación en su vida, de tímido, huraño, introvertido, se convierte en una persona alegre, extrovertida y abierta a la clase social a la que ingresaba con su matrimonio. No hay lugar a penurias económicas, la herencia de su joven esposa y la venta de sus hermosos cuadros los hacen una próspera familia.

Nacen sucesivamente uno, dos, tres hijos, y todos mueren a los pocos días de vida. Saskia pierde su encanto. La vida es triste para los prometedores esposos y, finalmente, en 1642, nace Titus, que

le renueva las esperanzas a Rembrandt y Saskia, tanto que después de este feliz acontecimiento el pintor comienza su obra cumbre, “La ronda nocturna”, no bien terminara el pintor con su trabajo cimero enferma su musa, la mujer de su alma, quien ese mismo año fallece, terminando ese acontecimiento con la juventud de Rembrandt.

Por muchos años vivió solo. Luego convirtió a su sirviente, Hendricke Stoffels, como su compañera. Pero Saskia siguió siendo, por el resto de sus días, su gran inspiradora. Rembrandt muere en Amsterdam, la ciudad que lo inmortalizó, en el año de 1669, veintisiete años después de la muerte de su amada Saskia.

[23 de julio de 2000]

LOS AMORES DE GOYA

Francisco de Goya y Lucientes fue un importante pintor y grabador español, nacido en Fuendetodos, en el año de 1746. Su familia fue de clase baja, pero gracias a sus dotes artísticas llegó a convertirse en el retratista preferido de la aristocracia europea. Fue pintor oficial de los reyes Carlos III, Carlos IV, José I y Fernando VII.

Muy joven contrajo matrimonio con Josefa Bayeu, con quien tuvo cerca de veinte hijos, diecinueve de ellos fallecidos a temprana edad. Su actividad pictórica la inicia en la Real Fábrica de Tapices, a donde llegó de brazos de su suegro. Su trabajo se distinguió por la vivacidad de los colores utilizados, la alegría que imprimía a sus obras y el brillo de las mismas. En 1780 fue nombrado miembro de la Academia de San Fernando, abriendo así las puertas de la alta sociedad.

Frisaba los cuarenta años cuando se enamora perdidamente de la duquesa de Osuna, ante la actitud pasiva y a veces complaciente de sus respectivas parejas, y la envidia y los comentarios de la Corte española que observan como una mujer grande, entre las grandes de España, se enamora del hijo de un artesano.

La duquesa invita en mayo de 1785 a toda la aristocracia española a la inauguración de su palacio de verano y a tal acto concurre como su especial invitado Francisco de Goya. En este acto Goya conoce a la duquesa de Alba, también llamada “La Cayetana”, mujer hermosa, coqueta, inteligente, letrada, de las reconocidas familias grandes de la península, y gran amiga de la duquesa de Osuna. Entre bailes, paseos y reuniones transcurrieron varios días de inauguración del castillo, situación que aprovecharon “La Cayetana” y Francisco

de Goya para iniciar un romance que sería tormentoso y, por lo tanto, la comidilla de la aristocracia española. De aquí en adelante el pintor olvidó a su amante, la duquesa de Osuna, continuó visitando esporádicamente a su esposa, aunque fuera para dejarla en embarazo, y se dedicó a largas y prolongadas visitas a su nueva amante.

El palacio de Barquillo fue el escenario ideal para los encuentros de Goya y la duquesa y todos los trabajos artísticos del pintor tuvieron como inspiración a su nuevo amor. Basta mirar su profusa producción artística para comprender la adoración que Goya sentía por la duquesa de Alba, al retratarla por doquier.

Famosa es la obra “La maja desnuda”, donde aparece la duquesa como Dios la mandó al mundo, después de posar en los jardines de su palacio. Esta pintura fue el escándalo entre los españoles y las cortes europeas.

El romance llevó al pintor a la cúspide de su producción. Sus cuadros y su tapicería adquirieron resplandor y su nombre fue reconocido en toda Europa. Algunos años después, La Cayetana decide alejarse de Goya y éste se vuelve melancólico y solitario. Su obra se torna negra y lúgubre. Tiempo después el artista pierde su oído derecho y su amante lejana es víctima de una enfermedad desconocida, que ve alimentada con la muerte de su esposo, el duque de Alba. Curiosamente, estos hechos los reconcilia y Goya abandona su hogar definitivamente y le da rienda suelta a su pasión. El 23 de julio de 1802 fallece la duquesa de Alba, y Goya la sobrevive veintiséis años, pero con ella se había ido su inspiración y deseos de vivir. Terminó sus días en Carabanchel, alejado de la aristocracia y el boato, reclamando el rencuentro con su amada del alma.

[28 de enero de 2001]

PINTORES Y AMANTE

Édouard Manet fue un importante pintor francés de la conocida escuela del impresionismo, nacido en París 1832. Su pintura se caracteriza por un colorido luminoso y le correspondió romper con la pintura tradicional, causando con algunos de sus cuadros gran escándalo por los desnudos que en algunos de ellos pintaba. Autor de lienzos como “El balcón”, “El desayuno sobre la hierba”, “El bebedor de ajeno” y “Concierto campestre”. Fue profesor de Berthe Morisot, pintora igualmente francesa, influida, como es apenas lógico, por el impresionismo que practicaba su maestro. Se distinguió por hacer retratos femeninos y por pintar paisajes. Entre sus obras se destacan “La cuna” y “Muchacha cosiendo en el jardín”. Era nueve años más joven que Manet, ya que había nacido en Bourges en 1.841.

La historia grande, la presentable, nos dice que Berta, para ponernos un poco confianzudos con la pintora y Eduardo, para hacer lo mismo con su profesor, eran simplemente cuñados, pues la primera se había casado con un hermano del segundo, llamado Eugène o Eugenio, para citarlo también en forma prosaica. Pero la verdad es otra, como lo revela Evelyne Deher, en su obra *Las grandes musas de la Historia*.

Corría el año de 1867 cuando madame Morisot y sus hijas Edma y Berthe visitan el salón de los Manet, situado en la calle “des Baignolles” (para los lectores que deseen visitar a París), buscando un buen maestro en el arte de la pintura para la formación que reclamaban sus hijas. París era toda diversión, despreocupación, fiesta y alegría. Decaía la estrella de Napoleón III. El salón de los Manet era un sitio muy visitado por artistas, escritores y mujeres hermosas.

Para la época Édouard Manet ya era casado, reconocido como un personaje agradable pero además se le tenía por “frívolo, alocado, ajeno a lo profundo y a los grandes sentimientos, frecuentador de los bulevares”. A su vez, las hermanas Morisot eran mujeres hermosas, especialmente Berthe, de un rostro bello, adornado por unos ojos verdes de mirada profunda. Esos atributos físicos eran engalanados por una gran inteligencia, que su maestro rápidamente reconoció en el talento de sus pinturas.

Berta es quien invita a Eduardo a pintar afuera, al aire libre, en medio de la naturaleza, causando el lógico escándalo en la Academia de Pintura, que siempre rechazó, en un principio, las obras de los impresionistas, al extremo que nuestro personaje, en sus años mozos, no gozó de los reconocimientos merecidos a sus obras, por su rebeldía frente a lo establecido en la sociedad francesa.

Berta se convierte en el amor platónico del pintor. Es la inspiradora fundamental de su gran obra. Posa para muchos de sus lienzos, especialmente para “El balcón”, al que Manet le puso todo el empeño y la pasión de su instinto creador. Esta obra fue exhibida en 1869, pero recibió la descalificación de la crítica ortodoxa por considerarla fuera de las normas clásicas y porque “no era pintura”. No obstante lo anterior, las sesiones de pinturas continuaron y fueron eternas entre modelo y pintor. Sus miradas provocadoras y apasionadas se vieron reflejadas en los cuadros de ambos. Fueron momentos de inspiración, amor y represión, porque a pesar de todo, ambos respetaron el matrimonio de Eduardo y a su pequeño hijo.

Obviamente que Eduardo no dejaba su vocación de gran seductor y eso lo alejaba por temporadas de su musa, pero como en toda novela rosa que se respete, los reencuentros eran productivos en lo sentimental y en la pintura.

El final del romance es bien ilógico. Eugenio, un hermano de Eduardo, decide proponerle matrimonio a Berta y ésta, cansada de no encontrar ningún porvenir en un hombre casado, decide aceptarle y contraen matrimonio en 1875. Eduardo pinta por ocho años más y muere en París, en 1883. Con el matrimonio, Berta se entrega a su hogar y a la pintura y fallece en París en 1895. Verdaderamente un amor entre pintores, que terminó en familia.

[15 de abril de 2001]

UNA MUSA CAMPESINA

Pierre-Auguste Renoir fue un pintor francés muy famoso, nacido en 1841, muy influido por el impresionismo. Es un reconocido paisajista y con un gran gusto por la figura humana, especialmente los desnudos femeninos. Son obras suyas “El palco”, “Los paraguas”, “Madame Cherpentier y sus hijos”, “El almuerzo de los remeros” y “Las bañistas”.

Renoir frecuentaba la lechería de madame Camille, en la calle Saint-Georges, donde algunos vecinos de escasos recursos económicos adquirían huevos y leche y otros, que vivían solos, como el pintor, buscaban la forma económica de hacer algunas de las comidas. En un día de 1881, estando el pintor degustando un buen plato, ingresó a la lechería la jovencita Aline Charigot, vecina del lugar, de origen y facciones campesinas y empleada de un taller de costura. Renoir preguntó a la lechera por la joven, que frisaba los veinte años y le solicitó lo contactara con ella para pedirle que fuera su modelo en la pintura. Acuciosa, Madame Camille propició el encuentro deseado por el artista.

Aline Charigot aceptó posar para el pintor a pesar de tener un aspecto campesino y redondas las mejillas, es decir, era una montañera cachetona, pero el pintor la consideró de aspecto refrescante para su trabajo. Con el tiempo Renoir le fue tomando cariño a Aline y ambos se sentían satisfechos en el trabajo. En el verano siguiente el artista le propuso llevarla a Chatou, cerca de París, donde se reunían varios “impresionistas”, entre ellos Pissarro, Sisley, Manet, de quien ya hablamos en el artículo anterior, y Renoir, a pintar al aire libre, a orillas del río Sena. Allí es pintado “El almuerzo de los remeros”.

Poco después Renoir se aleja de Aline y viaja a Wargemont para decidir, sin su presencia, cuál sería el futuro que le esperaba al amor que entre los dos nació. De Wargemont viaja a Italia y de allí a Argelia, y al no encontrar paz ni estabilidad emocional, lejos de su amada, decide regresar a París, donde encuentra a Aline esperándolo y dedicada a trabajar en el taller de costura, con una lealtad increíble para una mujer de su edad.

En este reencuentro deciden vivir juntos y Aline asume una conducta prudente y respetuosa con el pintor para dejarlo crear sus obras, pero fiel, recatada y amorosa con el hombre, para hacerlo feliz en su madurez (la diferencia de edades era de veinte años). Viven, como casi todos los artistas, con muchas dificultades económicas, las que se acrecientan en 1885 cuando descubren que Aline espera a Pierre, el primogénito. Al nacimiento de éste la familia Renoir decide ir a la campiña a buscar un buen ambiente para la madre y el hijo, y el pintor una ocasión para plasmar en cuadros la naturaleza que ofrecen los lugares visitados. El nacimiento del primer hijo le trae al artista una excelente noticia: sus obras y las de sus amigos impresionistas serán exhibidas en Nueva York.

En 1889, en pleno fulgor del impresionismo, Renoir descubre que tiene reumatismo y el temor a la muerte lo lleva a pedirle a Aline que formalicen su relación. Es así como deciden casarse, discretamente, en la Alcaldía del Distrito IX de París, a pesar de las críticas de muchos que no pudieron encontrar el encanto de Aline, para vivir cerca del famoso artista. Esto demuestra que el fenómeno de “Betty la Fea” no es exclusivo de esta época.

En 1894 la pareja tiene a su segundo hijo, Jean, y un año después nace Claude, el tercero, y eso que el pintor ya contaba con cincuenta y cuatro años y estaba enfermo.

“Sobrevino la guerra y la partida de los hijos al frente de batalla. A la felicidad siguieron los dolores: Pierre fue herido de gravedad y más tarde lo fue Jean. Alina, quebrantada, perdía su salud de hierro”. En junio de 1915 muere y Renoir se extingue cuatro años más tarde.

[20 de mayo de 2001]

EL AMOR DE UN PINTOR MALDITO

La historia no ha sido escasa en presentarnos amores controvertidos e increíbles, algo más, esa razón los han hecho trascender lo meramente episódico y ser acogidos por la posteridad. Tal es el caso de Amadeo Modigliani, pintor y escultor italiano, de origen judío, que nació en Liorna en 1884 y murió en París en 1920, donde se había instalado catorce años atrás. Su obra está limitada a la figura humana y “creó unas figuras estilizadas en colores suaves y de formas muy recortadas, influenciadas por las máscaras negras y por el arte elegante de los maestros renacentistas italianos”.

Corría el año de 1917 cuando Amadeo Modigliani conoce a Jeanne, presentada por su hermano André Hèbuterne. Jeanne era una encantadora joven de ojos azules, cabello largo y castaño, de finas facciones en su cara y un cuerpo atractivo, que estudiaba pintura en la reconocida academia Colarossi, donde al decir de los entendidos, manejaba bien los pinceles. Ese mismo día se da el flechazo entre los artistas y comienzan a verse a diario. Él admiraba en ella su belleza y su inteligencia y ella lo tenía a él por un genio. Modigliani hacía poco se había separado de una poetisa inglesa con la cual sostuvo una relación de dos años, pero de la que ya se había desprendido sentimentalmente.

“En julio de 1917 decidieron vivir juntos y rentaron un estudio en la calle de la Grande-Chaumière, muy cerca de la academia Colarossi. A partir de entonces, tocado por la ternura amante de Jeanne, Modigliani sentó cabeza. Antes, se refugiaba en el alcohol, las drogas, mezclando a veces cocaína, hachís y vino, para luego hacer escán-

dalos. Por ella, dejó el alcohol y las drogas”. En el año siguiente a la unión de Modi (para llamarlo familiarmente) y Jeanne, el pintor ejecutó cerca de ciento veinte telas.

Cuando Modigliani se unió a Jeanne ya sabía que padecía una tuberculosis que para esta fecha era muy avanzada. Por eso, su nuevo amor y la influencia de ésta para que suspendiera el uso del alcohol y las drogas, llevaron al pintor y escultor a trabajar febrilmente en su taller, al que solo abandonaba para dedicarle tiempo a su nuevo y postrer amor. La enfermedad lo ponía irascible y en un excesivo estado febril y en sus peores crisis trató de volver al licor, pero Jeanne, cariñosamente, le hacía calmar su cólera dejándolo ingerir un poco de vino.

El mismo año que la pareja se conoce, las obras de Modi son rechazadas en la galería Weill, por ser consideradas un ultraje al pudor. En 1918 Jeanne descubre que está en embarazo y conjuntamente con su familia y su amante, deciden buscar en el sur de Francia la salud que todos los días se alejaba más y más del pintor y un buen clima para su embarazo y su futuro hijo. Ya recuperado el artista, regresan a la Calle Grande-Chaumière y Modi vuelve a los pinceles. Pinta sin descanso, como si librara una carrera con la muerte y lo hacía plasmando en las telas la figura de su mujer amada. Estaba en la cúspide de su producción y de su arte. Tosía permanentemente, la fiebre lo acosaba y la frágil salud lo volvía de mal genio, el que solo calmaba su Jeanne.

Ante el avance inclemente de la tuberculosis los esposos vuelven al sur de Francia donde nació Jeanne a fines de noviembre de 1918. Al entender que no era un problema de clima, los esposos regresan a París donde cada día es una angustia más para los esposos, ya que Modi no quiere morir para no dejar a su amada. Lo invaden los celos y pinta a toda hora, eso sí, lamentándose de no triunfar esculpiendo, como fue su deseo.

En el hospital de La Caridad, donde fue llevado muy grave el pintor, fallece el 24 de enero de 1920, luego de susurrarle a su esposa al oído, si “estaban de acuerdo para una dicha eterna”.

“Hoy los cuadros del pintor maldito han sido reproducidos miles de veces. Y siguen vinculados con el nombre de Modigliani los nostálgicos retratos de esa mujer dulce y melancólica, cuyos ojos son dos lagos azules: Jeanne Hébuterne” (Evelyne Deher).

[15 de julio de 2001]

TALENTO Y BELLEZA

Vamos a dejar a un lado la historia de los amores de pintores y escultores, para adentrarnos en las historias románticas de los grandes músicos. Comenzamos con Gioacchino Rossini, quien fue un gran compositor italiano, de estilo fácil y elegante, nacido en Pesaro en 1792 y fallecido en París en 1868. Sus más importantes óperas son “Tancredo”, “El barbero de Sevilla”, “Italiana en Argel” y “Guillermo Tell”.

Una noche del año 1814 y luego de una presentación de alguna de sus obras en la Scala de Milán, y cuando el maestro Rossini era aplaudido a rabiar, se le acerca el dueño de los dos más grandes teatros de Nápoles, el San Carlo y el Del Fondo, a proponerle que se traslade a esa ciudad para que “escribiera dos óperas por año, dirigiera sus ensayos y la ejecución, y hacerse cargo de la dirección musical de las dos salas. Era un trabajo enorme, pero Rossini componía rápido y necesitaba dinero. Aceptó” (Evelyne Deher).

Un año después el maestro viaja a Nápoles en compañía de “Babajá”, que era como llamaban al napolitano que lo había contratado y cuando éste lo llevó a sus teatros para presentarle algunos artistas que laboraban con él, le contó que entre ellos estaba una tal Isabel Colbrán, su favorita, la mujer de su corazón, es decir, su amante. Cuando Rossini conoce a Isabel comprende que no solamente es una mujer hermosa y altiva, sino con una voz de mezzosoprano esplendorosa, de timbre suave, “de gran agilidad y sorprendente amplitud”. Rossini al escucharla quedó gratamente sorprendido.

Rossini e Isabel descubren curiosamente que ya se habían conocido en 1806, cuando ésta última cantaba en la Filarmónica de

Boloña y el Maestro era apenas un joven que por la época estaba cambiando de voz, lo que originaba burlas entre sus amigos.

“Barbaja” no había podido realizar mejor negocio: el talento de Rossini y la hermosa voz de Isabel Colbrán se unían a su capacidad económica para triunfar. Y así fue. El éxito no se hizo esperar. Los teatros San Carlo y Del Fondo, llenos hasta el tope en cada función, eran la demostración del triunfo.

Los ensayos fueron la disculpa cómplice para que entre Rossini e Isabel el amor fuera naciendo. De la admiración mutua pasaron al amor y lo hicieron en silencio por respeto a “Barbaja”. El músico, cuando vio que la voz de su amada flaqueaba, compuso las obras de tal manera que ella continuara siendo la mejor y la más importante del elenco. Luego de una enfermedad del Rey de Nápoles, Rossini compuso una cantata para celebrar su restablecimiento. Allí fue la apoteosis de Isabel y el final de la soltería del compositor y la cantante. Muy a despecho de “Barbaja” la pareja contrae matrimonio en diciembre de 1821 y días después viajan a Viena, la capital de la música, donde se instala todo el grupo, incluyendo al mentor económico, que ya había perdido a su preferida.

Gioacchino era el músico de moda en Europa, se le reconocía como un innovador de la ópera. Esas circunstancias lo llevan a viajar a Londres, vía París, en noviembre de 1823. En París pernocta un mes, que se vuelve un apoteósico reconocimiento a su talento musical y a la bella voz de su esposa. Luego viaja a Londres donde el clima y las circunstancias no le son favorables a su esposa y ésta comienza a perder su voz. Se vuelve de genio áspero y cinco meses después tienen que regresar sin el triunfo añorado.

Isabel, ya cuarentona, definitivamente ve perder su voz. Su carácter se agriaba y por esta razón deciden separarse amistosamente. Rossini, después de la separación, compuso su obra Guillermo Tell, en 1829, y una pequeña misa solemne, siendo las últimas del gran músico. Tiempo después fallece Isabel y Rossini se casa unos años después con su gobernanta. Pero no volvió a componer. Había perdido su fuente de inspiración.

[12 de agosto de 2001]

UN AMANTE ATORMENTADO

En la sala de la Ópera de Francfort conoció Carl María von Weber a la que sería su esposa, la cantante Carolina Brandt. Weber fue un connotado pianista y compositor alemán, nacido en la ciudad de Eutin, en 1786. De su creación son las óperas “El Cazador furtivo”, “Sylvana”, y “Oberon”, compuesta en 1826, año de su muerte.

Carolina era a la sazón (principios de 1810) una niña a la que el pianista y compositor conoció en plena escena, surgiendo inmediatamente una mutua atracción por la belleza y la hermosa voz de la menor, sumadas al talento, a la capacidad seductora, el refinamiento, la elegancia y los grandes ojos azules del pianista. Esa misma noche que se conocieron en el Teatro, Weber la vincula a su grupo musical para interpretar la ópera “Sylvana”.

La ópera es estrenada, por fatal coincidencia, el día que en Francfort se celebran unas fiestas con globos aerostáticos a las que eran sumamente aficionados los habitantes de la ciudad. Esta situación hizo que la función musical resultara poco concurrida a pesar del reconocimiento que la obra tuvo entre los escasos asistentes. Weber adjudicó la mediocre recaudación a su conocida mala suerte.

El 20 de octubre de 1810 se presentaba nuevamente la ópera en la ciudad de Francfort y Carl María esperaba fuera su reivindicación y el éxito de su compañía. Para mala fortuna de todos, ese día hizo su entrada a la ciudad Napoleón Bonaparte, arrojando por tierra todos los planes de triunfar ese día. Desde esta fecha y por tres años el virtuoso pianista viaja por Alemania buscando trabajo en lo único que sabía hacer y con el fin de obtener la necesaria estabilidad económica.

En 1813 el músico viaja a Praga, donde por fin obtiene un ingreso seguro: es designado Director de la Ópera de la Ciudad. Allí conoce a Teresa Brunetti, una mujer sensual, posesiva, codiciosa, elegante, orgullosa, esposa de uno de los músicos del elenco puesto bajo su dirección. La Brunetti no tiene inconveniente en “ponerle cachos” a su marido y a sus cinco hijos, situación que llega al colmo cuando los reúne a todos en una misma vivienda. ¡Mansita la mujer!

La relación con Teresa es muy tormentosa y origina muchos comentarios en la ciudad de Praga. Mientras esto sucede, la joven Carolina Brandt le envía cartas al maestro, que contienen el inmenso afecto que siente por él. En un acto de independencia frente a su dominante compañera, Carl María llama a Carolina para que haga un importante papel en la ópera “Cinderella”. La niña acude presurosa y se pone al servicio del pianista, lo que origina una lucha entre las dos mujeres por obtener el corazón de Weber. Triunfa la ternura, la sinceridad y el cariño de Carolina sobre la actitud posesiva y dominante de la Brunetti.

Meses más tarde Carl María pide a Carolina que sea su esposa y pone como única condición que abandone por completo el teatro. La petición no convence a la cantante quien durante unos diez meses duda en aceptar la propuesta, que finalmente es aceptada en 1816, cuando la pareja decide instalarse en Dresde. “Desbordante de entusiasmo, compuso en pocos meses dos melodías, un divertimento, un aria, dos sonatas, la segunda de las cuales dedicó a Carolina, así como un dúo para clarinete y piano. Dresde marcaba un hito en su vida y una nueva partida”, nos dice Evelyne Deher.

Un año después nació su primera hija, y como definitivamente Weber era un hombre de mala suerte, su primogénita falleció sin cumplir un añito de vida. Luego nacen dos hijos más, que no disfruta, pues enfermo de tisis y luego de una temporada de ópera en Londres, muere en esta ciudad, lejos de su familia, cuando apenas contaba con cuarenta años de edad. Carolina le sobrevivió por treinta años, tiempo durante el cual las obras de su esposo se consolidaron haciéndolo inmortal.

[9 de septiembre de 2001]

MUSA DE LOCURA

Robert Schumann fue un brillante compositor alemán que nació en el poblado de Zwickau en 1810. Estudió inicialmente derecho, profesión que luego abandonó para dedicarse a la música, bajo la dirección del afamado profesor de piano Friedrich Wieck, en la ciudad de Leipzig.

Cuando Schumann llega en búsqueda de su maestro de piano en el año de 1828, la hija de éste, Clara Wieck, contaba con nueve añitos y el compositor la consiente como si se tratara de su hermanita menor. Robert encuentra en la familia Wieck todo el apoyo necesario para su formación musical, aunque rápidamente descubre que el piano no es su profesión por la pérdida de movilidad en uno de sus dedos.

Clara, que desde niña sintió una gran afición por la música, va todos los días acrecentando sus conocimientos en la materia y se va convirtiendo en una virtuosa del piano al lado de su padre. En el año de 1832, inicia una gira a través de Europa que la lleva a conquistar el aplauso y la alabanza de los más exigentes críticos del Viejo Continente. Este periplo la consagra como una eximia pianista, a pesar de sus trece añitos. Al regreso triunfal a su casa, Robert Schumann la encuentra bella y mujer y comienza a vivir en su interior una fuerte pasión por la pianista. Durante esta misma época, Robert comprende que tiene capacidades innatas para la composición, alimentada su inspiración por la belleza de Clara.

Schumann comienza a mostrar inquietantes estados depresivos y conoce a una tal Ernestina, que recibía clases con el padre de Clara. Entre el compositor y Ernestina surge un romance que produce celos

a la hija del maestro, pero que a su vez logra descubrir la relación entre Robert y Clara.

Decididos el compositor y la pianista a formalizar su relación a pesar de la juventud de ambos, se encuentran con una oposición cerrada y violenta del padre de la novia que sabía que Robert era un hombre pobre, aficionado al alcohol y propenso a la locura, por antecedentes familiares. El maestro Wieck decide prohibir cualquier tipo de encuentro de su hija con Schumann y los jóvenes amantes ven truncada, durante un año, su relación. Pasado este tiempo algunos amigos comunes se las ingenian para llevar y traer cartas de los amantes, quienes deciden esperar a que Clara cumpla la mayoría de edad para iniciar un proceso judicial que les permita contraer matrimonio, a pesar de la oposición del padre de la novia. Estos tiempos de soledad y amor reprimido los aprovecha Schumann para componer una música “hecha con sangre de su corazón”, y Clara con mayor frecuencia interpreta en el piano la música de su amado, lo que le permite, de cierta manera, estar cerca del hombre de su vida.

En septiembre de 1840 la pareja contrae matrimonio y ambos consolidan sus profesiones. Schumann es reconocido como un compositor de mucha valía y Clara aclamada en Europa como pianista de gran sensibilidad musical. La producción de Robert es cada día más abundante (en el año de su matrimonio compuso cerca de ciento veinte piezas musicales) y de alta calidad y su fuente de inspiración es su bella esposa, quien también triunfaba por el virtuosismo interpretativo al piano, casi siempre dando a conocer la música de su amante.

Vinieron los hijos, siete en total, se consolidaron los triunfos, se encontraron con el padre de Clara y suegro de Robert, pero no pudo existir dicha total: Robert cae enfermo de locura y es confinado en un sanatorio, donde fallece en 1850. Le sobrevivió Clara, la famosa pianista, quien conoce a Johannes Brahms, otro gran compositor a quien también sirve como fuente de inspiración y con el que sostiene un romance hasta mayo de 1896, cuando fallece la musa de dos de los más grandes compositores que ha dado la humanidad.

[16 de diciembre de 2001]

AMORES TRÁGICOS

A los nueve años ofrecía su primera actuación en público el compositor y famoso pianista Franz von Liszt, nacido en Hungría en el año de 1811 y quien vivió un tormentoso y trágico romance con la princesa rusa Carolina de Sayn Wittgenstein.

En la ciudad de Kiev, el 2 de febrero de 1847, Franz Liszt se preparaba para ofrecer una velada en el salón de la Universidad San Vladimir con fines eminentemente benéficos, cuando recibió la noticia que la princesa Carolina de Sayn Wittgenstein había adquirido por cien rublos una localidad para asistir al acto, cuando la más costosa valía cinco rublos. El compositor ante la generosidad de la dama optó por presentarse a su palacio con el fin de agradecerle el gesto. Allí la conoció, era una mujer joven, elegante, de baja estatura y llena de una profunda melancolía que se percibía en todos sus actos. Conversaron muchas horas y comprendieron que tenían muchas cosas en común: su afición por la música y el amor por la literatura y la filosofía. En esta reunión, Liszt supo que la princesa era mujer católica, que había sido obligada a casarse con un protestante, militar de alto rango de los ejércitos rusos, cuando apenas contaba con diez y siete años, que tenía una hija, María, de diez años y que su marido vivía olvidado de sus deberes conyugales. A su vez, Carolina conoció que Liszt tenía treinta y seis años, que era un irredimible enamorado, que estuvo casado con Marie d'Agoult, una mujer dominante, agria, vengativa y celosa que poco aportó a su creatividad musical y con quien tuvo tres hijos. La conversación terminó varias horas después, con la promesa de continuarla pronto.

Liszt actúa con total éxito en la obra benéfica de Kiev y luego va al palacio de Woronice a despedirse de Carolina. Continúa su periplo por Rusia y al final, cuando llega el otoño, decide ir a ver a la princesa. Allí pasan varios días visitando las estepas, montando a caballo, rememorando historias y dando puntadas a un amor que pronto renacería para bien de la música, pues Carolina fue la más importante musa de Franz von Liszt. “Franz era feliz. Amaba la desmesura de la estepa y, en su fuero interno, a él, hijo de un administrador, no le disgustaba ver a los siervos de la princesa saludarlo barriendo el suelo con sus gorras cuando pasaban a caballo o en calesa” (Evelyne Deher, *Las grandes musas de la Historia*).

Durante esta larga despedida, Franz compone “Las espigas de Woronice”, donde el compositor resume la felicidad que lo embargaba al lado de la princesa. Días más tarde se juran amor y resuelven huir de Rusia para vivir en Weimar donde Liszt se desempeñaba como Director de orquesta en la gran corte. Huir de Rusia no fue nada fácil: el Zar, enterado por la familia del príncipe de Sayn Wittgenstein, entró en cólera y ordenó cerrar todas las fronteras para retener a Carolina. Vano intento, cuando los emisarios de las autoridades rusas llegaron a la frontera ya Carolina estaba a salvo.

Deciden vivir al lado del río Ulm, en medio de un hermoso bosque en un sitio denominado Altenburg, que era un lugar ideal para el amor, la música y la vida buena. Es decir, apenas para Franz y Carolina. Por respeto a la corte de Weimar el músico se hospeda en un hotel de la ciudad y Carolina se asienta en la bonita casa de Altenburg a donde aquel va a visitarla todos los días. Viven felices muchos años. Roma les niega en varias ocasiones la anulación del matrimonio de Carolina con el príncipe ruso. Carolina llega a celar a Franz con Richard Wagner, otro gran compositor. Cansados de luchar por la legalización de su relación ambos envejecen y deciden separarse. El músico se interna en un convento cerca de Roma donde se dedica a la música sacra y Carolina se va a vivir a la misma Roma, donde ocasionalmente comparten sus vivencias, ante la carencia de amor. Franz muere de setenta y cinco años.

[Diciembre 23/2001]

AMORES POR CORRESPONDENCIA

El compositor ruso Peter Ilitch Tchaikovsky, quien naciera en 1840 y muriera cincuenta y tres años después, es otro de los personajes que nos aporta a estas columnas sobre Grandes Amores en la Historia y no precisamente lo hace con una de las historias tradicionales de amor, ni siquiera con una afín a los gustos sexuales del gran compositor, que sentía mucha atracción por las personas de su mismo sexo. Tchaikovsky tiene como su musa a la viuda Nadejda Filaretovna Prolovskaja von Meck, diez y nueve años mayor que él, que se convierte en su mecenas por la gestión del director del Conservatorio de Música de Moscú, quien observó en el compositor muchas condiciones para esta actividad artística.

Nadejda, que enviudó a los cuarenta y cinco años, era heredera de una gran fortuna y le habían quedado doce hijos: seis hombres y seis mujeres en su relación con el único matrimonio de su vida, que fue todo un desastre, pues siempre afirmó que no conoció realmente el amor. Eso sí, tenía una gran pasión por la música, lo que la llevó a convertirse en la gran mecenas de Tchaikovsky, joven talentoso pero con una situación económica muy precaria, que le dificultaban cultivar su arte.

La viuda acepta asistir a uno de los conciertos del naciente artista y aprecia las grandes cualidades que lo adornan. Entre ambos, Nadejda y Tchaikovsky, se inicia una fluida correspondencia, que en ocasiones llega a ser diaria, son confidentes de sus intimidades, comparten proyectos e ilusiones y se hacen indispensables el uno para el otro, pero siempre por medio de cartas. El compositor le envía obras

que son compuestas en homenaje a ella. Una de esas obras es estrenada el 30 de diciembre de 1877 con gran éxito y merece de la viuda una recompensa: “Su música me hace la vida más fácil y agradable”. Nadejda busca en el músico un complemento intelectual, más que una aventura amorosa.

En una de las crisis depresivas que sufría el compositor decidieron, por carta, que lo mejor era intercambiar fotografías de ambos. Con la primera que recibe Tchaikovsky, de la viuda, su salud mejora sustancialmente.

En el Conservatorio de Moscú el talentoso compositor conoce a la joven Antonina que se enamora perdidamente de él. A pesar del rechazo de que la hace objeto Peter Ilich, la dama logra, con miles artilugios, comprometerlo en matrimonio, unión que se realiza pero que tres días después merece comentarios ácidos del esposo, cuando le cuenta a su mecenas, la viuda Nadejda que “estaba cansado de su esposa y que ésta le inspiraba repulsión física”. Esto tranquilizó a la viuda que mucho había sufrido cuando le anunciaron el romance de su ahijado con la joven.

Pasado algún tiempo Peter Ilich Tchaikovsky y Nadejda deciden vivir en París, pero en sitios separados. Como no habían tratado físicamente deciden dividir la ciudad para no “toparse”, sin embargo en un día cualquiera ese hecho sucede: ambos comprendieron, en cualquier calle de París, que se habían encontrado pero no se dijeron absolutamente nada.

Entre ambos había mucho amor. Sentían la necesidad de vivir el uno para el otro, pero jamás tuvieron un contacto personal. Sucedió lo inevitable, cualquier día del año de 1890 Peter Ilich recibe una carta de su amada Nadejda que lo aterrorizó. Esta le notificaba que no volvería a saber de ella y que no le podría dar un peso más. El compositor entró en crisis y no precisamente por los rublos que dejaría de recibir, sino por la falta que le haría su gran musa lejana. Tres años después fallece Peter Ilich sin que jamás conociera la suerte de su amada. Fue un verdadero “amor por carta”.

[30 de diciembre de 2001]

LOS WINDSOR

Cuando indagamos por la vida de las familias reales, con facilidad hallamos las historias de amor más inverosímiles, seguramente estimuladas por la avidez como el pueblo suele comentar los actos de los famosos. El Rey Eduardo VIII de Inglaterra fue uno de los protagonistas más célebres de uno de los romances más comentados en el siglo XX.

El Rey había nacido en Londres en el año de 1894 y sucedió en el trono a su padre Jorge V, en el año de 1936, en momentos en los cuales sostenía un romance con la plebeya norteamericana Wallis Simpson. El solo anuncio del matrimonio de estos dos famosos produjo una crisis política en Inglaterra que llevó a la abdicación del Duque de Windsor, como se le conoció luego de su retiro del trono, un año después de asumir como monarca de los ingleses.

La Simpson nació en Baltimore en 1895 y sus padres contrajeron matrimonio cuando ya contaba con un año y medio de edad. Fue una mujer ególatra, ambiciosa, producto de una educación impuesta por una abuela rica, rígida y ortodoxa. De aspecto cadavérico y de unos ojos azules impresionantes que le mejoraban su rostro. Era tal su figura que ninguno de los súbditos ingleses comprendían el perdido enamoramiento del duque, que lo llevó incluso a perder el trono por su amor. En estos amores disparejos, las razones de la pasión están ubicadas en la alcoba, no cabe la menor duda. La duquesa fue doblemente viuda, primero se casó con un militar americano de quien se dice que era bisexual, acusación que también se le hizo al duque de Windsor; en segundo lugar contrajo matrimonio con un

acaudalado empresario, quien consintió por algunos años el romance secreto que su esposa sostenía con el heredero al trono inglés.

El príncipe de Gales –así se conoce a los herederos del trono de Inglaterra– era uno de los soñados más codiciados por la realeza europea. Rubio, atractivo, pequeño de estatura, superficial, obsesionado por enamorar a mujeres casadas, vieja costumbre palaciega.

“Eran caprichosos y ostentosos como ricos de leyenda: en el viaje de bodas, por ejemplo, llevaron 266 maletas. Después de la guerra se instalaron en Francia, en donde contaban con treinta sirvientes [...] imprimían todos los días en francés el menú de sus perros, los cuales comían en platos de plata y disponían de bizcochos frescos horneados cada día por el chef” (*Pasiones*, de Rosa Montero). Los dos tuvieron simpatías por las posiciones políticas de extrema derecha que se discutían en Europa en la época de Hitler y Mussolini.

Ascendido al trono el rey Eduardo VIII, le propone a Wallis Simpson que se divorciara de su segundo esposo para hacerla la reina de Inglaterra. Ella objetiva y aterrizada se niega, pero él dependiente de su amante, le insiste a pesar de la negativa del gobierno y el pueblo inglés a aceptar el matrimonio con la plebeya. Eduardo amaba más a la Wallis que ésta a aquél y ante el escándalo generalizado el Rey renuncia al trono en el mes de diciembre de 1936, para casarse seis meses más tarde en la ciudad de París. Repudiados, marginados y exilados, buscan regresar al poder utilizando a la extrema derecha europea. Cuando fracasan en su intento se dedican a ser el epicentro de la nobleza del Viejo Continente. A partir de 1947 viven con un millonario homosexual, Jimmy Donahue, de quien se tejieron muchas historias, unas con el duque y otras con la duquesa.

En 1971 muere el Duque de un cáncer y quince años más tarde le sigue la Wallis, quien terminó sus días envejecida y asustadoramente fea.

[6 de enero de 2002]

AMORES QUE ENLOQUECEN

León Tolstoi, nacido en 1828, en Yasnaia Poliana, propiedad rural de su familia, es un famoso escritor ruso, de origen noble, que quedó huérfano a muy temprana edad, siendo criado por una tía suya. Terminó, sin mucha disciplina, los estudios de derecho. Fue oficial de los ejércitos rusos a partir de 1852, participando en tal virtud en la guerra de Crimea. Se licenció del ejército en 1857, para viajar por algunos meses por Europa y regresar a la hacienda donde había nacido. Contrajo matrimonio con Sonia Bers (o Sofía, dicen otros) en el año de 1862. Ella era de una familia de un rango social inferior, hija de un médico amigo de Tolstoi. La vena literaria de León comienza en el ejército, donde escribió algunas obras, siendo la más importante *Retratos de Sebastopol*, cuentos que narran la crueldad del servicio militar y el pobre comportamiento de la oficialidad frente a sus soldados. Ya casado y en la serenidad de su hogar escribe *Guerra y paz* (1863–1869), obra clásica de la literatura universal. Cuatro años después escribió otra de sus famosas obras, *Ana Karenina* (1873–1877).

León y Sonia contraen matrimonio cuando él frisaba los 34 años y ella era apenas una jovencita de 18. El escritor ya había vivido intensamente y de su actividad amorosa le quedaban secuelas de muchas enfermedades venéreas adquiridas con mujeres de vida muy licenciosa. También había amado platónicamente a muchos hombres, como lo afirma Rosa Montero en su obra *Pasiones*.

Tolstoi, a pesar de odiar a la aristocracia, también odió a los revolucionarios. “Era un profundo reaccionario, un primitivista que creía que el progreso era la madre de todos los males”. Podemos decir

que Tolstoi era un noble campesino, muy retrógrado y machista, que odiaba y maltrataba a las mujeres. Pero también hay que reconocer que fue un genio de las letras, un hombre demasiado espiritual y apegado a estrictos principios cristianos, los que siempre predicó, pero algunas veces no practicó.

Para la fecha de su matrimonio el escritor ya era padre de un hijo al que nunca reconoció y que nació de la unión estable que sostuvo con una campesina casada, que estaba a su servicio y era de su propiedad.

El noviazgo de León y de Sonia fue de escasos ocho días, al cabo de los cuales contrajeron matrimonio. “Los deseos sexuales del escritor lo sometían a una auténtica tiranía” y esa circunstancia lo llevó a presionar la realización de la unión marital. “La boda resultó bastante grotesca, porque el novio llegó muy tarde (no encontraba una camisa limpia) y la novia y sus familiares no pararon de llorar amargamente: ella era tan joven, y todo había sido tan precipitado” (*Pasiones*, Rosa Montero).

Fue un matrimonio que se desarrolló entre la pasión y el odio. Noches de intenso amor, días de profundas desavenencias. “Tolstoi daba amor para obtener sexo y Sonia daba sexo para obtener amor”. Fue Sonia un gran soporte del escritor al transcribir en bella letra los manuscritos de León, ilegibles para todo el mundo. Los primeros diez y siete años de matrimonio fueron relativamente aceptables.

Terminada la obra *Ana Karenina*, a Tolstoi le sobrevino una gravísima crisis, cuando se acercaba a los cincuenta años. Sufrió tentaciones suicidas, la calidad de su obra desmejoró notablemente, fundó una nueva religión, el Tolstoísmo, lo que le mereció la excomunión de la Iglesia Ortodoxa. La verdad fue que se enloqueció y esa circunstancia enloqueció también a Sonia. Tolstoi se dedica a recibir órdenes de su amigo Chértkov, quien aprovecha su cercanía para tratar de despojar a Sonia del manejo de los bienes del escritor. El 28 de octubre de 1910, León, desesperado por su propia locura y la de su mujer, que había intentado varias veces suicidarse, huye con su hija Sasha y fallece el 7 de noviembre del año dicho, a la edad de 82 años, en la estación del Ferrocarril llamada Astapovo. Sonia muere nueve años después.

[22 de diciembre de 2002]

AMORES DISPAREJOS

Robert Louis Stevenson, el autor de obras literarias tan reconocidas universalmente como *La isla del Tesoro* y *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, había nacido en el seno de una familia adinerada en la ciudad de Edimburgo, Escocia; era de baja estatura y poco peso. El escritor tuvo como apoyo, en gran parte de su vida, a Fanny Vandegrift que había nacido en el este de Norteamérica, en 1840, fue una morena encantadora, de pelo rizado y negro, el mismo color que tenían sus ojos, de pequeña estatura y de vivaces ademanes. Las familias de estos enamorados presentaron antecedentes de locura

Pero no fue el novelista Stevenson el primer esposo de Fanny. Esta se casó a los dieciséis años con Sam Osbourne, “un abogadillo guapo, débil y aventurero que marchó en busca de fortuna al Oeste y compró una mina de plata en las montañas de Nevada. Allí, en la frontera salvaje, en una región en donde sólo había cincuenta y siete mujeres blancas para cuatro mil hombres”, al decir de Rosa Montero en su obra *Pasiones*. La vida en comunidad de este matrimonio fue de unos veinte años, a pesar de lo “Gallinazo” que resultó el “pispito” de Sam. La pareja procreó a tres hijos en el rudo Oeste, donde Fanny aprendió a manejar las pistolas, el naípe y los caballos.

Todo tiene un límite y a partir del año 1874 Fanny comienza a aburrirse con Sam. Decide estudiar arte en una academia donde la recibieron a ella y a Belle, la hija mayor del matrimonio, que ya había cumplido los dieciséis años. Entre estas dos mujeres, madre e hija, existió siempre una rivalidad originada en los celos, ambas eran muy parecidas físicamente. Un año después, Fanny y Belle viajaban a Eu-

ropa a estudiar pintura, supuestamente patrocinadas por Sam, y digo supuestamente porque éste jamás les giró un peso. Al corto tiempo, Fanny tuvo que retirarse de los estudios, acosada por la pobreza y una terrible enfermedad de Hervey, su hijo menor, que falleció en abril de 1876.

En julio de este mismo año Fanny se conoce con Stevenson, en un caserío francés llamado Grez, él queda perdidamente enamorado de ella, a pesar de la diferencia de edades: ella de treinta y seis años, él once años menor. Con Sam se vuelve a ver Fanny por agosto de 1878, pero en ese encuentro reconoce que ya es inútil cualquier intento por rehacer el amor y decide volver con Stevenson, a quien obliga a viajar de Europa a Norteamérica en un recorrido que dura algo más de un mes, duro para una persona enferma de tisis. Fanny, después de mucho luchar, consigue su divorcio en 1880 y unos meses después se casa con el escritor, que presentaba para la época un gran deterioro en su salud.

La pareja regresa a Europa y vive relativamente bien durante unos ocho años, a pesar de la precaria salud de Stevenson. No obstante, es la época en la cual escribe las dos obras famosas que ya cité. Ante la débil salud de Stevenson la pareja decide, en 1891, irse a vivir a una selva de Samoa Occidental (África), donde en ciento treinta hectáreas levantan un excelente vivero. En este destierro voluntario, o paraíso dirán ellos, Stevenson se acerca mucho a Belle, la hija del primer matrimonio de su esposa, lo que le origina muchos celos y un gran dolor a Fanny.

En la hacienda Vailima, el 3 de octubre de 1894, a la edad de cuarenta y cuatro años, fallece el gran escritor, víctima de un derrame cerebral. En su tumba, en una isla de los mares del Sur, está grabado el apodo que le dieron los samoanos: “Tusitala”, que en español significa “el contador de historias”.

Pero Fanny no había terminado su vida romántica. Ocho años después de la muerte de Stevenson, cuando había cumplido los sesenta y tres años, se enamora del guionista y dramaturgo Ned Field,

con apenas veintitrés años. La pareja vivió un romance feliz por más de diez años, hasta que Fanny fallece en 1914. Belle, la hija de Fanny, se casa en 1915 con Ned, el último amante que tuvo Fanny. Ella de cincuenta y seis años y él de treinta y cuatro. Viven felices por veintitrés años, cuando muere Ned.

[29 de diciembre de 2002]

COMPAÑEROS DE LICOR Y OTRAS YERBAS

El novelista Dashiell Hammett nació en St. Mary's County, Maryland, en 1894, en cuna humilde. Fue detective durante ocho años y conoció de cerca el mundo del crimen y el hampa organizada. Era apuesto, “tumba locas” que llamamos nosotros, de gran estatura e imponente figura. Agotó su vida, a pesar de su enorme talento, en el licor, el cigarrillo y la vida mundana. Lillian Hellmann, una importante dramaturga gringa, que nació en Nueva Orleans en 1905, estudió en las universidades de Nueva York y Columbia. En sus obras, al igual que Hammett, criticó duramente la injusticia, la explotación y el egoísmo. Lamentablemente, Lillian era más fea que tirarle a la madre y esa circunstancia, unida a su pobreza y a su origen judío, que repudiaba, la hicieron una mujer rebelde e independiente, que se iba a la cama con cualquier hombre que le gustara y como cosa curiosa, siempre los escogía muy atractivos.

Hammett, que había adquirido la tuberculosis cuando prestó el servicio militar durante la I Guerra Mundial, en una de sus tantas crisis, conoció en un hospital donde lo atendieron a Josefina (Josephine, dirán los gringos), enfermera que estaba embarazada de otro personaje. Se casó con ella y la hija de ese primer embarazo, Mary, nunca supo que Hammett no era su padre. De este matrimonio nació Jo, otra niña, que recibió excelente trato de su padre, más no así Josefina y Mary, que fueron víctimas permanentes de sus borracheras.

Hammett y Lillian se conocen en los Ángeles a finales del año de 1930. “Para entonces, Lily tenía veinticinco años y estaba casada con Kober, un guionista de Hollywood que la adoraba y a quien ella en-

gañaba abiertamente. Dash (el mismísimo Hammett) tenía treinta y seis años y era el escritor de moda: acababa de publicar cuatro novelas con un éxito fabuloso”, según nos cuenta Rosa Montero.

Eran tan bohemios los dos, que se conocieron en una tremenda borrachera, ella llevaba más de cinco días dedicada a la copa. No obstante, el matrimonio de Hammett con Josefina, Lillian comenzó a ser reconocida como su amante y compañera de farras. El novelista frecuentaba burdeles, buscaba mujeres, preferiblemente negritas o de origen oriental y no salía de una enfermedad venérea. Lillian no se quedaba atrás: competía con él en los asuntos del licor y de la cama, con otros hombres.

El galán de nuestra historia fue ganando en licor, en detrimento físico y en mujeres, pero fue perdiendo en producción literaria. Ya le era imposible escribir. Lo contrario le sucedió a nuestra “Lilly, la fea” que todos los días escribía más y mejor, obvio que algunas veces contó con la ayuda de Hammett. Lo económico también se fue invirtiendo: pasaron de un hombre al que le llegaba el dinero fácilmente a un renegado al que ningún editor le adelantaba un peso y de una mujer pobre y dependiente de su amante a una persona que comenzó a recibir el dinero en abundancia. Estas circunstancias económicas tuvieron también un curioso efecto en las relaciones sexuales de la pareja: mientras Hammett estuvo bien, atendía con eficacia a su amante; cuando dependía de ella, no era capaz de hacer el amor. El éxito llevó a Lillian a alejarse de la vida disipada, sin embargo, él se hundía todos los días en el fango y su salud era más precaria.

En 1942, a la edad de cuarenta y nueve años, Hammett, no obstante su precaria salud, se alista en los ejércitos gringos para luchar en la guerra y cuando regresa, tres años después, se encuentra con una Lillian enamorada de un hombre serio y responsable, que se desempeñaba en el servicio diplomático y de nombre Melby. El novelista se entrega aún más al licor, casi hasta el suicidio y ella decide buscarlo y quien lo creyera, se inicia un momento de paz, con cero licores y cero sexo. Acusados de comunistas, en la época del macartismo gringo,

el novelista es llevado a la cárcel por seis meses y Lillian, muerta del pánico, guardó silencio. Finalmente, en enero de 1961 fallece Hammett de un cáncer pulmonar y Lillian le sobrevive quince años, para presumir en sus obras de un amor que solamente existió en su pluma.

[5 de enero de 2003]

UN SUICIDIO EN PRIMAVERA

Fue Mariano José de Larra un destacado escritor español nacido en Madrid en 1809, que se dedicó desde los diecinueve años al ejercicio del periodismo, con la publicación de un folleto mensual llamado “El duende satírico del día”, en el que sus ocho artículos aparecieron firmados por “El Duende”. Tuvo fama de agudo observador de las costumbres españolas y de la realidad social, cultural y política de su tiempo. Luego publica la revista satírica *El pobrecito hablador*. Escribió para muchos periódicos y revistas con el seudónimo de “Fígaro”.

“Era un joven bajito, atildado, fastidioso, un petimetre. Los grabados le muestran con mofletes carnosos, boca floja, ojos grandes pero ahuevados. Un rostro blando y algo bovino rematado por un absurdo copete de pelo en el que cada rizo estaba atusado con precisión maniática [...] Feillo sí que debía de ser, o más bien poco sexy para las mujeres [...]” dice Rosa Montero, en su obra *Pasiones*.

Mariano José fue llevado a la edad de cuatro años a vivir a Francia, de donde regresa cinco años después, cuando ya había olvidado el español. Al cumplir los dieciséis años decide ingresar a la Universidad de Valladolid a estudiar derecho, por la época conoce a una mujer mucho mayor que él, de la cual se enamora perdidamente, pero al poco tiempo descubre que es la amante de su padre. Este incidente, sucedido en el año de 1825, lo hace abandonar la Universidad y el hogar y decide ir a vivir a Madrid, su ciudad natal, en forma independiente.

En 1829 se casa con Pepita Wetoret, joven dama de la sociedad española, con quien rápidamente entró en conflictos por la actitud

mordaz y desdenosa que el escritor del romanticismo español asumía permanentemente. Este matrimonio fue un nido de conflictos, ya que Pepita tampoco era mansita por celosa y conflictiva. No obstante lo anterior la pareja procreó tres hijos, el último de los cuales, nacido en 1833, no fue reconocido por Mariano José. La negativa del escritor a reconocer a su último hijo y los galanteos que éste tenía con otra mujer casada, de nombre Dolores Armijo, aunados a los celos y los conflictos que creaba Pepita, llevaron a esta última a abandonar el hogar en 1834, dejándole a Mariano José los hijos, que a veces permanecían con el padre y a veces con los abuelos maternos.

Dolores Armijo fue el gran amor de Mariano José, con decirles amables lectores que por ella se suicidó. Dolores era de Sevilla, mujer morena, de gran porte, muy bonita, casada en 1829 con José María Cambronero. Curiosamente, en este mismo año se casan Mariano José y Pepita. Cuando llevaban dos años de casados, ambas parejas, es decir en el año de 1831, Mariano José y Dolores se conocen, él tenía veintidós años y ella veinte y ambos eran muy infelices en sus respectivos matrimonios.

El romance, para algunos realizado y con la aceptación de ambos, y para otros simplemente en la cabeza del escritor, se vive entre 1831 y 1834. Él debió ser un pésimo galán, pues las tertulias y sus escritos le robaban todo su tiempo. Sin embargo, cuentan que ella vivía muy molesta con él porque acostumbraba salir a contar todo lo que entre ellos sucedía. Lo cierto es que el escándalo en Madrid no se hizo esperar y rápidamente el marido de Dolores se la llevó a vivir a Badajoz, cuando corría el año de 1835. Obvio que detrás salió Mariano José, pero no pudo ver a su amada o ésta no lo quiso ver. Luego busca a Dolores en Ávila, donde se hace elegir diputado, cargo que no puede disfrutar sino por veinte días por asuntos de tipo político. Ante el asedio del escritor, el marido de Dolores decide abandonarla definitivamente, pero ella no quería a Mariano José, quien insiste y persiste. Finalmente, una tarde del 13 de febrero de 1837 Dolores le pide a Mariano José que la reciba en su casa, el escritor cree que por

fin llegó el momento de realizar su amor. Ella le increpa su asedio, le dice que no lo quiere, que le devuelva sus cartas y que no quiere saber más de él. Cuando Dolores Armijo traspasa la puerta donde realizó la reunión con el escritor, escucha el pistoletazo que acabó con la vida de Mariano José de Larra. De Dolores no se supo más.

[12 de enero de 2003]

INDÍGENA APASIONADA

Hernán Cortés nació en Medellín, pero no en la nuestra, sino en Extremadura, España, en el año de 1485. A la edad de diecisiete años, en 1502, intenta zarpar para América al mando de Nicolás de Ovando, propósito que obtiene dos años después. En 1511 Cortés participa en la conquista y colonización de Cuba, bajo la dirección de Diego Velásquez, donde no ocupa cargo militar, limitándose a desempeñar funciones burocráticas. En Cuba es agricultor, ganadero, buscador de oro, negociante, e incluso llega a ser alcalde del cabildo de Santiago de Baracoa. Por esta época se casa con una cuñada de Velásquez, Catalina Juárez, llamada “La Marcaida”, matrimonio celebrado por conveniencia, toda vez que el gobernador lo hizo prisionero por dos ocasiones. En 1518 inicia la expedición para conquistar el imperio azteca, “era vividor, bala perdida, mujeriego; pero también audaz, creativo y ambicioso. Un personaje así tenía que sentirse por fuerza atraído por ese colosal y promisorio Nuevo Mundo que Colón acababa de descubrir [...] Taimado y truhan, el listísimo Cortés siempre fue un genio de la mentira, la seducción y el engaño”, dice Rosa Montero [*Pasiones*].

Cortés desde muy joven, como es apenas lógico, comenzó su recorrido por los senderos del amor. Cuando les dije en el párrafo anterior que en 1502 intentó viajar a América y no pudo hacerlo, fue sencillamente porque se fracturó una pierna, al saltar de un tejado cuando un marido burlado lo perseguía al encontrarlo en su lecho nupcial. Cuentan que Hernán Cortés saltó techos como Dios lo mandó al mundo. Luego, cuando desempeñó funciones como hacendado en América, por espacio de unos cinco años, se dedicó a cortejar las indias, que según parece fueron su fuerte.

Cuando en 1519 Cortés arriba a la península de Yucatán es recibido por el caique de Tabasco, quien lo obliga a pelear, lucha en la cual resultan muertos dos españoles y ochocientos indios. Al pactar la paz, el cacique maya le hace entrega al conquistador de veinte indígenas, entre las cuales está la famosísima y bella “Malinche”, o doña Marina, como la bautizaran los sacerdotes que acompañaban a Cortés. Cortés repartió las mujeres entre sus comandantes y al hidalgo Portocarrero, su “parcero”, le entrega a Marina o Malinche, la que vuelve, cuatro meses después a manos del Conquistador, cuando el hidalgo se ve precisado a regresar a España. En 1519 Cortés decide quedarse con la bella indígena e inician un increíble pero pasional romance, que dura unos cinco años.

La Malinche se entrega con alma y vida al conquistador español y éste le aprovecha su liderazgo, inteligencia y don de mando para sojuzgar a los indígenas. Hija de un cacique, fue vendida por su madre como esclava a los mayas de Tabasco, dominó varios dialectos indígenas y le sirvió de traductora a Cortés. Dicen los que saben que estos conocimientos lingüísticos fueron la razón del entendimiento entre la pareja, pues para los mismos historiadores, Cortés nunca llegó a amar realmente a ninguna mujer. La Malinche fue considerada una traidora para el pueblo azteca al entregarse a Cortés.

En 1522, en el hogar conformado por el conquistador y la indígena nace Martín, que llegó a ser condecorado con la distinción de la Orden de Santiago, reservada para los poderosos. Por esos mismos días también llega a México Catalina Juárez, la esposa de Cortés, quien muere misteriosamente unos meses después, dicen que ahorcada por su esposo, cargo que nunca le pudieron comprobar. En cuanto a La Malinche, el tráfuga de Cortés la obliga a casarse con uno de sus capitanes, Juan Jaramillo, en un acto de extrema crueldad, matrimonio que procrea una hija antes de la muerte de doña Marina o La Malinche, sucedida en 1527. Ella, “pese a haber muerto a los veintitrés años, se ha hecho un hueco en la historia con el denso y sugestivo enigma de su vida”.

[19 de enero de 2003]

DIANA DE POITIERS, LA FAVORITA DE ENRIQUE II

Fue Diana de Poitiers una de las cortesanas más famosas y bellas de Francia. Nacida en Saint Vallier el 31 de diciembre de 1499, en el hogar conformado por Jean de Poitiers y la hermosa Jeanne de Batarnay, ambos ligados a la casa real de Francia. Diana tenía seis añitos cuando murió su madre, razón por la cual fue enviada a la casa de Ana, duquesa de Borbón, hija del rey Luis XI y hermana del rey Carlos VIII. A los siete años leía perfectamente el latín, a los ocho el hebreo y a los nueve el griego. Esto nos indica que Diana era emparentada con la realeza y mujer culta. Fue la amante y la mujer más importante en la vida del rey Enrique II, quien la hizo duquesa de Valentinois. Diana fue una de aquellas mujeres que durante el absolutismo se le consideró como “amante oficial” o una de las “reinas no coronadas”.

Muy hermosa, de esbelto cuerpo, llena de garbo y donosura. Aún a sus sesenta y seis años conservaba la frescura en su cara y su cuerpo era semejante a la de una amazona. “Mujer sana y robusta en sus mejores años, ancha de hombros, de abundante cabellera rubia, frente arqueada, nariz recta, mirada resuelta, labios de fina expresión, algo desdenosa y de una personalidad de carácter fuerte y calculadora”, según Helga Thoma, en su obra *Los amantes de los reyes de Francia*. En 1515, con la llegada al poder del rey Francisco I de Francia, quien un año atrás se había casado con Claude de Francia, Diana de Poitiers ingresa a la corte como dama de honor de la joven reina. El 29 de marzo de este mismo año, Diana contrae matrimonio con Luis de Brézé, un anciano rico y con mucho poder, dueño de tierras y

de todos los títulos nobiliarios existentes, jorobado, desgarbado, feo, pero nieto ilegítimo de Carlos VII, en su relación con Agnes Sorel, su favorita. Brézé frisaba a la sazón la bobadita de cincuenta y seis años, es decir cuarenta más que su nueva esposa.

Tan desigual matrimonio originó en Europa, especialmente en Francia, toda suerte de comentarios y suspicacias; pero la realidad de la pareja fue otra: Diana aceptó gustosa a su marido, pues al fin y al cabo era uno de los hombres más importantes del reino y esta circunstancia compaginaba con las ambiciones de Diana. Vivieron durante dieciséis años en medio de la comprensión, el amor y la fidelidad. Ella lo amó con toda su alma, fue sincera. Las cartas que han perdurado, así lo demuestran.

El matrimonio tuvo a su primera hija en 1517, a la que bautizaron con el nombre de Francisca y dos años después nace Luisa. Como la historia de Diana de Poitiers y el jorobado Luis Brézé está íntimamente ligada a la vida del rey Francisco I y de la reina Claude, debo contarles que por la época del segundo alumbramiento de Diana, es decir en 1519, la pareja gobernante en Francia tiene a su hijo Enrique, quien más tarde se conocería como el rey Enrique II de Francia. Esta fue una época donde era normal que los reyes tuvieran una o varias amantes oficiales. Una mujer tan bella como Diana en la corte, no dejó de ser motivo de la chismografía parisina. Sin embargo, mientras Luis Brézé vivió, la Poitiers, siempre fue leal. Eso sí, aún hoy existen historiadores que cuentan, a mi juicio sin ningún fundamento, un supuesto romance entre Francisco I y Diana. De ser cierto, podemos afirmar que Diana compartió la cama con el padre y con el hijo.

La reina Claude fallece en 1524, dejando dos hijos: Francois y Enrique, nuestro héroe. Un año después sucede un hecho que marcará la vida del rey Francisco I. Francisco, en guerra con España, es hecho prisionero en el año de 1525, para su liberación es exigida la entrega de sus dos pequeños hijos, hecho que sucede en Bayona en 1526. En la comisión que entregó a los pequeños rehenes para liberar

al rey va Diana de Poitiers al cuidado del pequeño Enrique, que a la fecha contaba con siete añitos, uno menos que su hermano mayor Francois. Ese viaje sirvió para demostrar el maternal afecto que Diana sentía por Enrique (apenas era maternal). Cuatro años después, a cambio de mucho dinero y del matrimonio del rey Francisco I con Eleonora de Austria, hermana de Carlos V, los menores recobraron su libertad. Los jóvenes son recibidos en Burdeos por la corte y allí vuelven a encontrarse Enrique, ya con once añitos y Diana de Poitiers con treinta. Diana vuelve a demostrar su afecto por el menor, que como ya lo dijimos, tenía la misma edad de su hija Luisa.

“Diana enviudó. Luis de Brézé falleció en 1531, a los setenta y dos años, dejando a una esposa profundamente afligida para asombro de la corte. El duelo de Diana fue tan grande que muchos lo consideraron hipocresía. Afirmó que jamás se quitaría sus ropas de luto y, en efecto, a partir de ese día vistió de negro el resto de su vida” (Obra citada). Diana, después de dos años de duelo regresa y se entrega por completo a su trabajo en la corte. El rey Francisco, preocupado por la timidez de Enrique, decide contarle sus cuitas a la viuda, quien le propone al Rey que la responsabilice a ella de la educación y la formación del segundo hijo de su primer matrimonio. Francisco, que ya había llegado hasta sospechar que “su delicado hijo” era “poco hombre”, lo deja en manos de Diana. Los cortesanos y los poderosos del reino le dedican todo su tiempo, como es apenas obvio, a Francois, al heredero a la corona, eso facilitó la labor de Diana y además le permitió, con el tiempo, “adueñarse” del futuro rey de Francia.

El 28 de octubre de 1533 el papa Clemente VII casa a su sobrina Catalina de Médicis con Enrique, el mismísimo de quien venimos escribiendo. Catalina era gordita, fea, de ojos saltones, cachetona, pero de una extraordinaria cultura. Diana no cambia su conducta y decide, hábilmente, proteger a Enrique y a su esposa. Su condición de mujer mandona, autoritaria, imponente y su fuerte carácter, la hacen imprescindible entre los nuevos esposos. Para la fecha no había nacido el amor entre Enrique y Diana.

Dramáticamente la vida le cambia a Enrique, a Catalina y a Diana de Poitiers. En 1536 fallece Francois, el heredero, convirtiendo automáticamente a Enrique, personaje taciturno e inseguro, en el delfín y en el epicentro de todas las miradas del reino. Diana comprende que ha llegado su tiempo y que será la mujer más poderosa de Francia, la “amante oficial” del rey. En el castillo de Ecoquen, con Anne de Montmorency como celestina, en la primavera de 1538, frizando Diana los treinta y ocho años y Enrique dieciocho, a pesar de los reatos morales de la Poitiers, se inicia el más tórrido, reconocido y escandaloso romance de la corona francesa, en muchos años.

Diana protege a Catalina, la esposa de su amante, ya que la prefiere fea y regordeta, sin mucho carácter y sumisa, para no tener una rival hermosa y de gran personalidad. A su vez Catalina prefiere a Diana como la “amante oficial” de su esposo, futuro rey, pues es una mujer ya “pasadita de años” y considera peor, para sus intereses, que el lugar lo ocupe una mujer joven, que le haga sombra. Diana llegó al extremo de enviar a Enrique a su lecho conyugal para que cumpliera con sus deberes de esposo. La pareja formal, es decir Enrique y Catalina, tienen a su primer hijo en 1544, cuando ya toda Francia daba por descontado que la futura reina era estéril y que le negaría un heredero a la corona. La reina, para obtener su fertilidad, consume un bebedizo preparado por el famoso astrólogo Michel de Nostradamus. Ese primer hijo sería más tarde Francisco II. Entre 1544 y 1554 Catalina tiene otros seis hijos, confirmando los poderes “milagrosos” del astrólogo del reino.

A la muerte del rey Francisco I en 1547, se celebra la coronación de Enrique II en Reims, el 25 de julio del año citado. Este fue el acto más ostentoso que se conociera para la época. Con razón la humanidad asistía al resplandor del renacimiento. Desde ese mismo día quedó en claro el poder de Diana en Francia, fue la figura central en todos los actos que se celebraron. Días de gloria para Diana y de humillación para Catalina, la esposa del Rey coronado.

Diana “gobernó como reina sin corona. Enrique no tomaba ninguna decisión sin discutirla previamente con Diana. Sus deseos y proposiciones eran órdenes para él. Tenía injerencia en los negocios del Estado, la economía y la justicia. Quien tenía algo que pedir no se dirigía al rey o a la reina, sino a la influyente favorita. Diana mantenía estrecho contacto con los personajes más importantes del interior y del extranjero, trataba con embajadores y ministros, y cambiaba correspondencia con el Papa” (Helga Thoma, obra citada). Es decir, Diana no solamente fue “su querida”, sino su consejera en asuntos reales.

La relación sentimental fue muy criticada en todos los círculos de la realeza europea, inclusive mereció ofensas y palabras mordaces de otras familias reales. Carlos I de España y V de Alemania miraba a Enrique II como una marioneta manejada por “una vieja solaz”.

El 10 de julio de 1559, después de un reinado de once años, con cuarenta “abriles” a costas, fallece el rey Enrique II, luego de sostener “un duelo”, de los que se estilaba en la Edad Media, con Gabriel de Montgomery, duelo donde el rey perdió un ojo que, en menos de diez días, le afectó el cerebro. A Diana la culparon de la muerte del Rey, ya que el astrólogo Nostradamus había presagiado los hechos y la favorita había desechado los augurios. Es de anotar que Diana de Poitiers, le llevaba tres años de edad a Nostradamus y ambos murieron en el mismo año.

Diana había alcanzado riquezas, había logrado casar a sus hijas con personas importantes de Europa y fue una mujer poderosa. Sus ambiciones estaban satisfechas en grado sumo. Días después de la muerte de Enrique, Diana, ya sexagenaria, pero intacta su figura y su piel, es obligada a abandonar la sede de la monarquía, a entregar las joyas y algunos castillos que le había regalado Enrique. La Poitiers decide irse a vivir a su palacio de Anet. Diana sobrevivió a su amante siete años y fallece tranquilamente en Anet el 15 de abril de 1566, a la edad de sesenta y seis años.

[9 de marzo de 2003]

UNA AMANTE LEGENDARIA

Jeanne-Antoinette Poisson, más conocida como Madame de Pompadour, vino al mundo en París, en el mes de diciembre de 1721, en un hogar de clase media conformado por Francisco y Louise-Madelaine Poisson. A los nueve años una pitonisa le leyó la palma de su mano y le predijo que “algún día será algo más que una reina”, augurio que llenó de ambición a su madre.

La Pompadour fue una mujer bella, ambiciosa, culta, inteligente, vanidosa (se cambiaba de ropa varias veces al día), enamorada del arte, sensible y atractiva. Tan inteligente y ambiciosa que pasó de ser la hija de un empleado financiero, de pasado oscuro, a la amante más poderosa de Francia durante veinte años. Impuso en la corte francesa un estilo de vida y un toque propio a la decoración y a los muebles. Hoy se conoce como estilo Luis XV, real inspiración de Madame de Pompadour.

La Pompadour fue la amante oficial del rey francés Luis XV, quien llegó al trono en 1715, a la edad de cinco años, en sucesión de su abuelo Luis XIV, ya que su padre y su hermano mayor habían fallecido tres años antes.

En 1725, cuando el Rey tenía quince añitos, las necesidades de Francia lo obligaron a contraer matrimonio con María Leszcynska, hija de Estanislao II, destronado Rey de Polonia.

Luis XV se ha conocido en la historia como un zángano, pésimo gobernante, pero excelente amante. Nació el 15 de febrero de 1710. A la muerte de su padre y de su hermano mayor, “Felipe de Borbón pasó a ser regente mientras el chico crecía, pero también este adorado tío abuelo, que siempre lo respetó mucho, habría de morirse

prematuramente un 2 de diciembre de 1723, cuando Luisito apenas tenía 13 años. La regencia fue asumida por Andrés Hércules Fleury y cuando la corona pasó a Luis, sus ministros ya tenían rato de estar haciendo diabluras con el erario francés.

“Las apariciones en público del joven Rey siendo un niño, lo traumatizaron, dejándole un temor a las muchedumbres. Además, nunca aprendió a gobernar”, según afirma la escritora Cecilia Ruiz de Ríos.

Entre los años de 1727 y 1737, tiempo del matrimonio del rey Luis con María Leszcynska, nacieron diez hijos, siete de los cuales lograron pasar la infancia. El Rey era un empedernido enfermo sexual, María se lo pasó acompañándolo a la cama para satisfacerlo teniendo hijos.

Cumpliendo la profecía

Madame de Pompadour recibió una educación como lo obligaba la profecía que le habían hecho cuando apenas tenía nueve años de edad. A pesar de ser de clase media y vivir en los suburbios de París, fue educada en pintura, música, danzas, canto y literatura. Se le preparó para vivir en la aristocracia. “Tocaba el clavicordio, cantaba seductoramente, lucía una figura descollante cuando bailaba y cabalgaba con gran donosura. Vestía muy bien y provocaba gran admiración”, dice Helga Thoma.

La Pompadour frecuentaba los salones de alta sociedad parisina, en los cuales conoció a Voltaire y a Montesquieu, el primero de los cuales fue su protegido, le consiguió una pensión y lo hizo elegir miembro de la Academia Francesa.

En 1737, luego de parir el último de sus hijos, la reina María le pide a Luis que la excusara de sus obligaciones conyugales. Ya de antes, desde 1733, el Rey había iniciado una serie de tres conquistas en una misma casa: “El marqués de Nesle, uno de los nobles más distinguidos del país tenía cinco hijas, tres de las cuales fueron por turno favoritas de Luis XV. La mayor, Louise-Julie, condesa de Mailly, fue su primera conquista en el hogar del Marqués de Nesle [...] luego fue Pauline-Félicité, madame de Vintimille, en 1738. A partir de ese

momento, el Rey prodigó sus simpatías a las dos. Pero Madame de Vintimille murió en el mes de septiembre de 1741 al dar a luz un varón y Louise-Julie se encargó de consolar a Luis por la irreparable pérdida, hasta que en 1742 apareció su hermana menor Marie-Anne, viuda desde hacía un año. Un año después, Luis la nombró duquesa de Châteauroux”, según la narración de Helga Thoma.

Por la época en que Luis hace a Marie-Anne duquesa de Châteauroux, y su favorita, María, la legítima esposa del monarca, le notificaba a éste que le quedaban “cortados todos los servicios”, lo que lo llevó a entregarse por entero a la menor de las hermanas Nesle, hasta que la muchacha murió en 1744, dicen que luego de una llamada de afán a la cama del rey, en una noche fría.

Madame va al altar

Dejemos a Luis con sus aventuras amorosas y con su convencimiento de ser el “hombre más hermoso del reino” y volvamos a Madame de Pompadour. Ésta se casa en 1741 con el recaudador de impuestos Charles Guillaume Le Normant d’Étiolles. De este matrimonio nacen, en 1744, una hija, a quien bautizaron con el nombre de Alexandrine, que alcanzó a vivir escasos diez añitos cuando murió víctima de una neumonía.

Durante su corto matrimonio con Charles Guillaume no le faltaron a nuestro personaje la atención, los mimos, el cariño, las joyas, la asistencia todo cuanto encuentro social y cultural se desarrollara en París. Vivía felizmente. Lamentablemente, para Charles Guillaume, la aparición en escena de Luis XV arruinó el matrimonio.

La Pompadour y Luis se conocen el 25 de febrero de 1745 en una fiesta celebrada en homenaje de la hija del rey de España. Ella se disfraza de Diana y toda la velada la bailó con el monarca. En vida de Madame de Châteauroux, la pareja se había conocido cuando La Pompadour en una faena de caza del rey hizo todo lo posible por encontrarse con él. No pasó a mayores por cuanto Madame de Châteauroux le advirtió a nuestra heroína que no debía buscar a su majestad.

Tres días después del baile de disfraces en honor de la princesa española, Jeanne-Antoinette, que es como se llama nuestro personaje central, se encuentra nuevamente con el rey en un baile en lo que podríamos llamar la alcaldía de París. La pareja vuelve a disfrutar del momento y baila apasionadamente. El rey lleva a madame a su casa, que ya no era en un suburbio parisino, sino una mansión situada cerca de los prados donde cazaba Luis. Desde ese momento el carruaje de la Pompadour se ve con frecuencia visitando a Versalles, la casa real.

En el mes de abril, es decir dos meses después de iniciado el romance, Jeanne-Antoinette ya ocupa un aposento cercano al de Luis XV y cinco meses después ya había conseguido separarse de su esposo. Días después le otorgaron el título nobiliario y se le conoció oficialmente como la “maitresse en titre”, es decir, la amante real o favorita del rey. En antioqueño, era la moza de Luis XV. Solamente tenía veinticuatro años y toda una vida por delante para satisfacer sus aspiraciones.

“No hay precedentes de una amante real con igual ascendiente sobre el soberano. De hecho, hay estudiosos que sugieren que la supuesta influencia de Madame de Pompadour fue exagerada por historiadores de la Revolución Francesa para presentar a los Borbones como seres débiles e inútiles. En cualquier caso, ministros como el conde de Maurepas cayeron en desgracia por sus artes; puso a su hermano —el de La Pompadour— como responsable de los edificios reales y muchos historiadores sugieren que su antipatía hacia Federico el Grande de Prusia fue determinante para que Francia se enfrascara en la Guerra de los Siete años” (Mark Stuart, en *El Mundo*, de España).

De la pasión a la ternura

Algunos historiadores afirman que cinco años después de iniciado el romance, ya la pareja no hacía el amor. Que pasó de ser la amante real a la celestina del rey, pues se dedicó a buscarle jovencitas para que Luis las llevara a la cama. De todas maneras, Jeanne-Antoinette fue la voz cantante durante veinte años en la corte francesa.

Cecilia Ruiz de Ríos afirma que “en 1751, con la salud minada, Madame de Pompadour no siguió compartiendo el lecho de Luis,

pero logró conservar intacto el favor y el amor del soberano hasta que ella murió en 1764, diez años antes de la muerte del propio rey [...] Luis recurrió a las meretrices para seguir refocilándose. Fue así como nació el “Parque de los Ciervos”, en el cual había nobles dedicados de tiempo completo a comprar jovencitas lindas, tanto campesinas como linajudas, para que perdieran la virginidad con el rey y luego fueran sus chicas de placer [...] Una de ellas, Luisa O’Morphi, de quien se dice fue un regalo del famoso libertino Giovanni Jacobo Casanova, llegó a parirle dos hijos a Luis pero éste la descartó cuando hizo una pregunta demasiado curiosa sobre madame de Pompadour. Luis entonces la casó con un noble menor”.

A todas éstas, es bueno contarles a mis lectores que La Pompadour mantuvo unas excelentes relaciones con la legítima esposa del rey. Helga Thoma dice en su obra *Las amantes de los reyes franceses*, que Jeanne-Antoinette “ante la reina, jamás se mostró soberbia o arrogante, sino respetuosa y reverente. Más aun, llegó a exhortar a Luis XV a demostrar de nuevo más calor y simpatías hacia su esposa. Desde 1737, el rey no solo no compartía ya su lecho, sino que evitaba en los posible la compañía de su legítima esposa [...] La pareja real se presentaba en público solamente cuando era ineludible por razones de protocolo”.

Siempre influyente

No obstante la precariedad de salud de la “amante del rey” y de sus continuos ataques de tos y asfixia –ya comenzaba a mostrar signos de tuberculosis–, ella se hacía todos los días mas poderosa e importante, no obstante ya no compartir el lecho del rey. Llegó a ser invitada a los Consejos de Ministros y a ser buscada por los embajadores extranjeros para tratar con ellos temas de Estado.

A todas éstas, María Lescynska vivía alejada del poder, dedicada simplemente a educar a sus hijos y para todos no era más que una matrona ya anciana o simplemente “una vieja impertinente”, como afirmó de ella el príncipe de Ligne, ministro plenipotenciario de la emperatriz María Teresa. Con los días, la relación entre el rey Luis XV y La Pompadour fue pasando de la pasión a una entrañable amistad.

Muchas cosas se le deben a esta amante del rey francés: ha entrado a la historia como la fundadora de la Escuela Militar francesa, de la fábrica de porcelanas de Sèvres y, de alguna manera, como la inspiradora de los muebles (estilo) Luis XV. Pero “su mayor mérito fue lograr que la cultura y el arte fueran cuestión de Estado. Consiguió mejores presupuestos, organizó concursos, protegió a filósofos, escritores, plásticos y poetas [...] Si el XVIII fue en Francia el denominado ‘Siglo de las Luces’, mucho de su esplendor se le debió a ella”, sostiene Amanda Paltrinieri.

Después de mucho luchar contra su enfermedad y de tratar de ocultarla con polvo y rubor, muere el 15 de abril de 1764, un ‘domingo de ramos’, no sin antes despedirse de toda la corte y del Rey. Dicen incluso que al momento de expirar le dijo a su confesor: “Un momento, voy con Vos”. Al Rey se le vio llorar y reconocer que ese era el único homenaje que le podía rendir.

Cuatro años después de muerta madame de Pompadour fallece María, la legítima esposa de Luis, y un año después, es decir en 1769, el Rey consigue otra amante, la prostituta Madame Du Barry.

Constante protectora de las artes

Jeanne-Antoinette Poisson, marquesa de Pompadour, es una de las figuras más apasionantes en la historia de la Francia real del siglo XVIII, por su belleza, por sus habilidades para influir en las decisiones del rey Luis XV y por su aporte permanente al desarrollo de las artes.

Relegada como favorita en el lecho del rey francés, madame de Pompadour no perdió, sin embargo, la consideración del soberano y siguió viviendo en las dependencias del palacio de Versalles, sin perder su influencia, sobre todo tras conseguir librarse de la acusación de conjura a raíz del atentado de Robert Francois Damiens, en el año 1757, contra el rey Luis XV.

Aparte de su influencia en las decisiones gubernamentales madame de Pompadour se destacó notablemente como protectora de las artes y los artistas.

[25 de abril de 2003]

OTRAS HISTORIAS

JOSÉ MARÍA OBANDO, EL HÉROE

José Obdulio Gaviria, quien para la fecha del escrito fungía como presidente del Instituto de Estudios Liberales (IELA), en su columna del periódico *El Mundo* del día 18 de junio de 1996, y aludiendo a una brillante intervención del doctor Evelio Ramírez Martínez en la Cámara de Representantes, nos dijo que el prócer liberal José María Obando era algo así como un intruso en nuestra historia: realista, autor intelectual de la muerte de Antonio José de Sucre, conspirador, cruel, taimado, sanguinario, traidor, atracador, y nos anunció que después escribiría sobre las presidencias de Obando, donde seguramente lo culparía de ser el coautor, con José María Melo, del golpe militar que lo sacó de la presidencia de la República.

Obando fue presidente de Colombia en dos ocasiones: transitoriamente de noviembre de 1831 a marzo de 1832 cuando el titular, Francisco de Paula Santander, salió del país y el vicepresidente Domingo Caicedo, había renunciado; después en 1853, cuando fue elegido popularmente en un hecho de masas jamás registrado hasta entonces en nuestro territorio patrio. Toma posesión el 1 de abril de ese año y es derrocado un año más tarde por el general José María Melo, entonces comandante de las fuerzas armadas de Cundinamarca.

El doctor Ignacio Arismendi Posada dice de Obando: “Acompañado por la tragedia desde su cuna hasta su muerte, este bravo y tenaz Presidente llenó su vida de acciones y decisiones que han merecido inspiradas páginas de exaltación o de perfidia”.

José María Obando y su madre, doña Ana María, fueron hijos extramatrimoniales. Ella fruto de amores que en su época llenaron de escándalo a la sociedad caucana, tan recatada y circunspecta. En otras páginas de este libro referí detalladamente estos hechos.

El héroe nació en Güengüe, municipio de Corinto, departamento del Cauca en el año 1795. Se señala al médico español José Iragorri como su padre. Desde la edad de dos años fue adoptado por una pareja de realistas “y el muchacho siguiendo la estela hogareña, enfiló bajo las banderas del Rey, cuyos colores, lógicamente, encarnaban la legitimidad; esto lo reprocha la patria, pero lo absuelve plenamente el espíritu de la lealtad [...] Obando fue leal en todos los actos de su vida” (Enrique Otero D’Acosta. 1943).

Ingresó en los ejércitos realistas en 1819 y allí combatió hasta el año de 1822 cuando se pasó a las filas patriotas. En su época de realistas sus realizaciones con la oficialidad criolla fueron muy buenas. Cuentan que enterado el coronel Joaquín París de una enfermedad del joven José María Obando, decidió enviarle un médico para que lo atendiera. Fue tal la gratitud y el reconocimiento de nuestro héroe que envió al oficial patriota un caballo como regalo. A su vez, París le remitió su espada con la solicitud de que nunca la utilizara contra la patria. Obando le respondió que lo único que le podía garantizar era que jamás la usaría contra Joaquín París, “pues tengo mi espada para defender al Rey”. No fue Obando el sanguinario enemigo de los patriotas, en el inicio de su vida militar. Queda igualmente entendido que nuestro héroe, sí, así como suena, fue realista por lealtad a sus padres adoptivos. Firmado el armisticio entre los generales Antonio José de Sucre y Carlos Tolrá en diciembre de 1821, y entrando su superior inmediato, don Basilio García, en deudas con Obando, por haber sido el emisario de los pliegos del pacto, dirigidos al comandante patriota del Sur, general Pedro León Torres, resolvió Obando presentarse ante el Libertador el día 7 de febrero de 1822 y ponerse a su disposición. Al día siguiente Bolívar lo asciende de teniente coronel a coronel efectivo de infantería, en un reconocimiento a sus valores militares. Al comentar su desertión los realistas dijeron: “Equivale a perder dos batallas”.

Comparar a Obando con Bobes es un despropósito histórico del articulista. Ni los más enconados historiógrafos conservadores de la época osaron hacerlo.

[12 de julio de 1996]

OBANDO, EL GRAN PERSEGUIDO

El general José María Obando es partícipe activo de nuestra vida democrática desde el día que le juró lealtad a la patria. Guerrero permanente, que muchas veces se enfrentó a sus superiores por la lealtad a sus principios o por el servicio a las gentes humildes, tales fueron los conflictos que tuvo con Simón Bolívar por sus sueños monárquicos o su desobediencia para cerrar los conventos del sur de país que carecían de clérigos, ante solicitud que la jerarquía eclesiástica hiciera al Gobierno.

Obando participa activamente en la formación de Partido Liberal, especialmente de la fracción draconiana, conjuntamente con Santander, José Hilario López y el mismísimo general Mosquera –su gran contradictor y familiar cercano–. La otra fracción liberal, la de los gólgotas o radicales era fundada y comandada por los Azuero, Florentino González y Murillo Toro.

Con respecto a la canalla aseveración de sindicarlo de la muerte del general Sucre, me atengo a lo dicho por Carlos Lozano y Lozano en una conferencia en la Academia Colombiana de Historia, cuando dijo: “nadie ha tenido en esta República enemigos tan poderosos e implacables como Obando. Y nunca pudieron confundirlo en vida con el cargo sobre el asesinato de Sucre. Hubo épocas en que centenares de personas se consagraron al buscar las pruebas de su responsabilidad con saña frenética, y jamás pudieron presentarlas [...] Obando no fue un parricida. La República no habría consentido jamás en una nueva elevación de este infortunado caudillo a la primera, entre las investiduras democráticas, si la opinión le hubiera considerado culpable”.

Muchas páginas se han dedicado a la investigación de la muerte de Sucre, casi todas con mucha saña política; entre ellas, la de Juan Bautista Pérez y Soto quien dedicó toda su vida a tratar de demostrar la culpabilidad de Obando en tales hechos. Es obvio que se hiciera con odio, pues ya dijimos que J. M. Obando fue uno de los fundadores y líderes del Partido Liberal colombiano y “para muchos escritores es cuestión esencial que el crimen recaiga todo él en Obando que encabezaba al Partido Liberal, porque así el delito mancha a la colectividad entera” (Profesor González Brun). Bueno es recordar que el historiador Rafael María Baralt indica cómo entre la opinión pública comenzó a circular, luego de la muerte brutal de Sucre, la especie de que los generales José María Obando y José Hilario López eran los autores principales del crimen mal llamado de Berruecos, para señalar el lugar donde fue asesinado Sucre. La verdad es que el lugar histórico donde murió el Mariscal es el sitio Los Robles, de la montaña La Jacoba, municipio de La Unión, departamento de Nariño. Ni Bolívar escapó a tales consejas: en carta enviada a Pedro Alcántara Herrán y fechada en Barranquilla el 11 de octubre de 1830 dijo: “Sólo López y Obando, que asesinaron a Sucre, pueden hacer resistencia”.

Pero la historia y la justicia los absolvió. Jueces inmaculados así se pronunciaron: “Por los documentos existentes no resulta ni aun por ligeros indicios, que Obando hubiera tenido parte en aquel hecho” (Sentencia de 1831).

Dice el articulista José Obdulio Gaviria, que Obando es el “responsable del gran atraco de Barbacoas en el que se apropió de barras y marcos de otro”. Necio considerarla acusación, cuando todos los historiadores consignan la dignidad y la extrema pobreza como el héroe soportó su exilio en el Perú.

Dice igualmente José Obdulio que “en los conflictos previos a la disolución de la Gran Colombia, llamó a los peruanos a combatir contra Colombia”, pero oculta los “grandes servicios prestados a la República cuando el gobierno ecuatoriano pretendió anexarse defini-

tivamente regiones extensísimas del Sur hasta Pasto y Buenaventura, inclusive”. La historia contada a medias y seguramente retomada de quienes con odio banderizo y politiquero la escribieron, nos lleva muchas veces a ser injustos con quienes nos han dado gloria y fundaron nuestra nacionalidad.

[13 de julio de 1996]

JOSÉ MARÍA OBANDO, UN VERDADERO LÍDER POPULAR

Se ha dicho que Obando auspició o, como mínimo, toleró el golpe de Estado que le propinara su compañero de armas José María Melo el 17 de abril de 1854. Nada más alejado de la realidad.

En verdad que el general Obando se le procesó por la Cámara de Representantes y se le condenó por estos supuestos hechos el día 4 de abril de 1855. En este caso la historia ha sido justa con el héroe de la independencia y lo ha exonerado de toda responsabilidad.

No se justifica un golpe de estado cuando amigos y enemigos del prócer reconocen que Melo había ofrecido antes del golpe la posibilidad de que Obando se quedara como presidente de Colombia en calidad de dictador. Éste rechazó la propuesta con un altísimo respeto a la ley y a la civilidad: “Preservadme de la maldición popular que engendra la dictadura; y dejadme hacer el oficio que he emprendido desde 1828, el de un general siempre ciudadano”. Conocida la contundente respuesta, Melo propinó el golpe militar.

El general Melo quiso darles gusto a los artesanos liberales y a las tropas y, además, trataba de evadir las presiones de la justicia y del Congreso –adverso al gobierno– por la investigación que se le adelantaban por la muerte del cabo Pedro Ramón Quirós a quien el general Melo, cuando se desempeñaba como comandante de los ejércitos de Cundinamarca a principios de 1854, le propinó una estocada mortal luego de reproches mutuos por el incumplimiento de sus órdenes.

El depuesto presidente Obando, sus colaboradores principales, incluyendo a los dos designados, fueron sometidos a prisión u obli-

gados a buscar asilo político. José Hilario López, Tomás Cipriano de Mosquera y Pedro Alcántara Herrán comandaron los ejércitos que finalmente alejaron al tirano del poder, restituyendo en él al designado José de Obaldía, que con Tomás Herrera y Joaquín Riascos fueron los tres panameños, que de una u otra forma, han ocupado la presidencia de Colombia. No podía tratarse de un autogolpe, pues en nada beneficiaba a Obando, más cuando se trataba el dictador, de “un soldado con fortuna, un valiente de las guerras magnas, pero hombre de escasos talentos y muy limitada educación, incapaz por lo tanto, de un gobierno medianamente aceptable”.

Muere José María Obando como vivió, trágicamente, el día 29 de abril de 1861, destrozado por lanzas, cuando combatía al lado de su pueblo, en el páramo de Cruz Verde, cerca de Bogotá y haciendo causa común con Tomás Cipriano de Mosquera, hasta hacía poco su archienemigo y familiar.

Para José Obdulio Gaviria, el general Obando, fuera de ser taimado, traidor, conspirador, asesino, guerrillero, sanguinario y atracador, es el “Tigre de Berruecos”, remoquete que le daban sus enemigos políticos para increparle su supuesta participación en el asesinato de Antonio José de Sucre. Para otros, entre los cuales me cuento, es el héroe de nuestra independencia, es uno de los fundadores del Partido Liberal colombiano, es el expresidente de la República, es el general que siempre luchó y amó la libertad y la democracia, y el que vivió comprometido con las luchas populares. Definitivamente, me quedo con el héroe que pintó el doctor Evelio Ramírez Martínez en su intervención en la Cámara de Representantes.

“El incansable y colosal infortunio que persiguió a Obando, evoca en la historia de Colombia el recuerdo de ciertos personajes de la antigua leyenda, que entre los rasgos característicos de su vida y destino, contó el estar en inmensa desproporción con el odio que lo perseguía y la popularidad que inspiraba”. Odio que, según veo, ni el tiempo ni la historia han logrado restañar.

[14 de julio de 1996]

LA COMUNIDAD DE LAS HERMANAS CARMELITAS

El 20 de diciembre de 2000 celebramos los setenta y cinco años de la llegada a Colombia de la comunidad de las Hermanas Carmelitas.

La Orden Religiosa fue fundada en 1860 por el padre Francisco Palau y llegó por primera vez a nuestro país llamada por los Padres Carmelitas que estaban entre nosotros desde 1911, cuando se instalaron en Villa de Leiva. Posteriormente, pasaron a Santafé de Antioquia invitados por el obispo de su Diócesis monseñor Maximiliano Crespo, a prestar servicios en la que posteriormente se denominó la Prefectura Apostólica de Urabá, que tuvo como sede al Municipio de Frontino.

La prefectura fue erigida como tal en 1918, y un año después fue nombrado como su primer prefecto monseñor José Joaquín Arteaga, uno de los pioneros de la carretera al mar, quien murió en 1926 y cuyos restos reposan en el Mausoleo Central del cementerio de Frontino.

Frente a desavenencias de los Padres Carmelitas con la comunidad colombiana fundada por la Madre Laura Montoya, que era la que les ayudaba en su labor misionera, decidieron aquellos llamar a las Carmelitas Descalzas para que vinieran de España a servir a Colombia.

Las gestiones para que se radicaran en nuestro país las hizo el padre Severino de Santa Teresa, quien logró que el Vaticano expidiera un decreto el 11 de agosto de 1925, autorizando la presencia de las hermanas en la región de Urabá. El 10 de octubre de ese mismo año embarcó la primera expedición misionera de la Congregación en el Puerto de Barcelona. El día 20 de diciembre de 1925, llega-

ron a Frontino, bajo la orientación de la Superiora Madre Serapia del Santísimo Sacramento, quien previamente renunció al cargo de Consejera General de la Comunidad. Llegó acompañada de las hermanas Laura de Santa Teresa, Rosenda de San Elías, Guillermina de Jesús, Ángeles de la Virgen del Carmen y Esther de San Rafael. El 4 de febrero de 1927 fue creado el primer noviciado de las Carmelitas en Colombia, en el ya citado municipio de Frontino y fue nombrada Maestra de Novicias la Madre Josefina de Cristo. El 8 de enero de 1929 profesaron las primeras seis novicias. Permaneció el noviciado en Frontino hasta el día 10 de abril de 1946, cuando fue trasladado a la ciudad de Medellín.

La comunidad carmelitana se retiró del Municipio que les dio inicial posada en nuestra patria en enero de 1978, después de cumplir una meritoria labor en el campo misional, evangélico, educativo y sanitario. Fueron las Carmelitas Descalzas servidoras de la comunidad del Occidente de Antioquia por muchos años. Podemos afirmar que después de Argentina, fue la fundación de Frontino la segunda en América de esta importante comunidad religiosa. Ahora anuncian que volverán a presidir una “Gran Misión” para celebrar las efemérides que comentamos.

Son, pues, setenta y cinco años de servicio y abnegación. Los colombianos, y especialmente la comunidad carmelitana, estamos de plácemes.

[4 de diciembre de 2000]

JUVENAL RENDÓN GAVIRIA: UN LIBRE PENSADOR

El 31 de marzo de 2004 se celebraron cien años del nacimiento del gran médico y mejor liberal Juvenal Rendón Gaviria. Nació en Frontino. Hijo de Julio César y Clementina, hermano mayor de Gustavo Rendón Gaviria, quien fue presidente de la Corte Suprema de Justicia.

Escribió lo que llamó un *Disparatorio autobiográfico*, del que dijo: “Serán estos desordenados capítulos la rememoración de instantes luminosos u oscuros, trágicos o cómicos de la vida de un humilde mortal a quien le faltó oportunidad para figurar entre los próceres, descubrir la atómica o viajar a la luna y hubo de contentarse con la buena suerte de vivir su vida dentro de la grata penumbra que da la felicidad de todo ciudadano sin importancia”.

Fue la abuela materna doña Rosaura Cobaleda de Gaviria la que más influyó en su férrea formación social. Ideológicamente no aprendió nada de su padre, que fue un conocidísimo dirigente conservador, que además luchó al lado de los ejércitos oficiales en la Guerra de los Mil Días y quien en tal circunstancia, y cuando en plan de guerra visitaba a Frontino, conoció a la quinceañera, Clementina, a quien pronto desposó.

Cuenta Juvenal Rendón en su autobiografía que “para apreciar el gran corazón de doña Rosaura Cobaleda es suficiente recordar un episodio, una actitud que revela su valeroso carácter capaz de desafiar una sociedad mojigata y una religiosidad llevada al fanatismo, en una época en que se necesitaba vocación heroica para contrariar a párrocos de ignorancia supina y odio a toda idea o religión que contrariara sus dogmas. [...] Sucedió, y ello se me gravó en mi mente de

niño, que un día se anunció la llegada de un pastor protestante, uno de esos buenos gringos que cantan salmos, reparten biblias y buscan conquistar para su secta unos cuantos prosélitos. El padre Manuel Justiniano Uribe, un sampedreño de pelo en pecho, se subió al púlpito e impartió la orden de negarle hasta un vaso de agua a tan molesto visitante. A las seis de la tarde, cabalgando sobre una vieja jaca hizo su entrada al pueblo el míster de marras. Automáticamente, como si llegara la peste o el enemigo malo, todas las puertas y ventanas fueron cerrándose [...] Recorría las calles aquella lluviosa tarde sin esperanza de hallar un pedazo de pan, una cara amiga, un techo acogedor. Mi abuela, que contemplaba desde el balcón aquella anti-cristiana actitud de toda la fanática feligresía del ministro católico, frente a un hombre que ningún mal esencial trataba de causar, se envolvió en su mantilla española, atravesó la plaza con aire majestuoso, tomó de riendas el rocín y llevó a su casa al atribulado personaje. Lo instaló cómodamente en el piso alto de la vieja casona [...] Quince días permaneció a cuerpo de rey en casa de la católica, cristiana matrona, contra cuyas virtudes se estrelló la actitud camandulera de la beatería lugareña”.

Fue tal la influencia que sobre Juvenal Rendón ejerció su abuela materna, que en la misma autobiografía afirma que se identifica con Rosaura Cobaleda y la invoca para decir: “Protégeme de los goditos y liberales conservatizados que ven en nosotros al enemigo malo, el oso de la estepa, por el solo hecho de que sentimos como tú el dolor, la tragedia de la humana miseria; el padecer de los humildes; el hambre de los niños; la angustia de los desposeídos; la injusticia hecha ley, para defensa de los poderosos”.

Fue el doctor Rendón Gaviria un excelente orador. Pronunció reconocidas oraciones en la región del occidente antioqueño. Famosa fue su intervención pública en Dabeiba, en el sepelio del guerrillero liberal de la violencia política, Salomón Marín (el famoso “Capitán Gordo”); allí dijo: “El guerrillero inmaculado, tan amado de sus gentes como odiado por los que veían en él al defensor de los humildes [...] No pido para el amigo que hoy entregamos a la tierra, un

minuto de silencio. Reclamo para el luchador generoso la silenciosa gratitud de su pueblo y milenios de recordación”.

Ejerció su profesión médica en Valdivia, donde hizo el año rural y conoció a su esposa; en Cisneros, sirviendo como médico del ferrocarril de Antioquia; en Cañasgordas, oficiando como galeno de la carretera al mar y en forma particular; en Frontino, médico oficial y particular; en Dabeiba y en Caucheras, en este último lugar como médico de la Caja Agraria y de las plantaciones de Caucho. Falleció Juvenal Rendón en Medellín, el día 9 de abril de 1961, como si el Todopoderoso le hubiera dado la oportunidad de escoger el día de su muerte.

[31 de marzo 2004]

HERNÁN TORO AGUDELO: IDEÓLOGO LIBERAL

El 30 de enero de 2008 conmemoramos treinta años del fallecimiento del reconocido jurista y defensor de las causas del partido Liberal, Hernán Toro Agudelo, quien enalteció con su preparación e inteligencia muchos escenarios del acontecer nacional.

Nació en Frontino, en el hogar conformado por Fidel y Teresa, el 3 de octubre de 1918. En sus primeros años sus padres se radicaron en la ciudad de Medellín, donde hizo sus estudios primarios en la escuela Juan del Corral. Allí se distinguió por ser un destacado alumno y sembró las semillas de liderazgo y capacidad de estudio que siempre lo distinguieron. El bachillerato lo inició en la Escuela Normal de Varones, de donde salió “por sus ideas revolucionarias”. Los primeros años del bachillerato son también sus primeros años de militancia política. Su compromiso en la defensa de los desfavorecidos de la fortuna y su rebeldía natural contra toda injusticia, se dejaron entrever desde esta época. Cuentan que su expulsión de la Normal de Varones obedeció a que cuando estudiaba interno en ese plantel apareció un crucifijo enterrado en los alrededores del local educativo, completamente destrozado. De este hecho las autoridades educativas y religiosas señalaron a un grupo de estudiantes comandados por Aldemar Botero y del cual hacía parte Hernán Toro Agudelo. El escándalo fue mayúsculo y en los templos de Medellín se realizaron oficios religiosos para reparar lo sucedido. Botero se suicidó poco tiempo después y Toro Agudelo se fue a terminar su bachillerato al Colegio Antonio Nariño de Bogotá. Quienes conocieron a muchos de los protagonistas de este incidente, relatan que lo sucedido realmente fue que se les cayó el crucifijo y lo enterraron por físico temor a los superiores.

En Bogotá, desde su época de estudiante de bachillerato hizo tertulias literarias y políticas con León de Greiff, Alberto Lleras, Jorge Zalamea, Gerardo Molina y Ricardo Rendón, que le marcaron definitivamente su profundo sentimiento socialdemócrata y el compromiso que siempre tuvo con su partido. Regresó a Medellín para matricularse en la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia, donde obtuvo el título de abogado. Su tesis de grado “cum laudem”, versó sobre el impuesto predial. Terminada su carrera se vinculó a su misma Universidad donde sirvió como profesor durante diez años.

Se casó con la señora Fanny Zuluaga, el 12 de diciembre de 1941, matrimonio que tuvo seis hijos. Fue subsecretario de Hacienda del Municipio de Medellín y luego jefe de Catastro del Departamento de Antioquia. Su estrecha vinculación con el partido Liberal surgió cuando Darío Mejía Medina, designado gobernador de Antioquia por el presidente Alberto Lleras, después de muchos años de una hegemonía conservadora y militar, nombra a jóvenes valiosos de Antioquia en importantes secretarías de despacho. Guillermo Gaviria Echeverri llega a la secretaría de obras Públicas; Héctor Abad Gómez a la de Salud y Hernán Toro Agudelo a la de Hacienda. Posteriormente es elegido Representante a la Cámara (1960-62 y 1964-66). Como ministro de Agricultura de Alberto Lleras Camargo le correspondió la creación del Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), y la reglamentación de la ley de reforma agraria en Colombia, de la cual fue artífice principal. Luego se desempeñó como director del periódico liberal antioqueño *El Diario* y Senador de la República (1966–1970). Presidente del Directorio Liberal de Antioquia e integrante de la sala constitucional de la Corte Suprema de Justicia. Autor de obras sobre Derecho Constitucional, economía, sindicalismo y reforma agraria, entre las que se mencionan *Examen sobre los proyectos de la Reforma Constitucional, Colombia: estructura política y agraria, El impuesto predial, La reforma urbana, Monografía sobre sindicatos, El Pacto Andino y La intervención presidencial en el Banco Emisor*.

Por el año de 1963, conjuntamente con Guillermo Gaviria Echeverri, Evelio Ramírez, Carlos Ayora y José Ignacio González,

entre otros, conformaron el grupo denominado “Los Dinamiteros”, enfrentados a la oligarquía liberal que representaban Alberto Jaramillo Sánchez, Jorge y Roberto Delgado, Gabriel Fernández Santamaría, estos últimos parapetados desde las columnas del periódico *El Correo*. Esta fugaz división marca la apertura y la democratización en la conformación de las listas liberales a cuerpos colegiados.

Carlos Lleras dijo del ilustre jurista, “He apreciado siempre en Hernán Toro Agudelo su independencia, que no pocas veces se manifiesta casi agresivamente. Dice y escribe lo que piensa, así tenga que mostrarse en contradicción con gobiernos, amigos o con personas que lo estiman y quieren; pero lo hace tras maduro estudio, tras haber ahondado en todos los aspectos de un problema o de una situación” (Revista *Nueva Frontera*. Octubre 25 de 1975).

La Cámara de Representantes, en su colección de grandes pensadores colombianos, publicó un libro que tituló *Hernán Toro Agudelo, un revisor de la ideología Liberal*. Murió en Medellín el 30 de enero de 1978.

[3 de febrero 2008]

EL REY BARÛLE

En noviembre de 1727 ocurre en América una de las tantas insurrecciones de los pueblos esclavizados. Barûle, un negro traído de Jamaica, formado inicialmente por ingleses protestantes y vendido a españoles que explotaban minas de oro en lo que hoy conocemos como Tadó, en el Chocó, se erige en rey. Su sueño y el de sus seguidores dura escasos tres meses, cuando los españoles lo derrotan y lo fusilan.

La historia de Barûle es precaria y si algo se conoce se debe a la tradición oral y a algunos documentos que reposan en el Archivo Histórico del Cauca. Se dice que provenía de una familia de gobernantes de la costa occidental de África, reconocida por la rebeldía y que fue reclutado y llevado a Jamaica donde aprendió el inglés y principios religiosos cristiano protestantes, que después le sirvieron para ejercer liderazgo sobre sus congéneres. Muy joven es vendido y llevado a la hacienda Mungarrá (Tadó), con otro grupo de esclavos a los que denominaban los jamaicanos, por el lugar de su procedencia. Los tratos degradantes, la vida miserable que llevaban, las continuas violaciones a sus mujeres, el hambre y el trabajo humillante a que eran sometidos los llevaron a organizarse inicialmente en un cabildo y luego a la rebelión contra los opresores. La insurrección chocona la lideró Barûle con los hermanos Antonio y Mateo Mina, cuando asesinaron al esclavista y a catorce españoles propietarios de las minas y de las tierras donde laboraban. Barûle es proclamado soberano y rey del Palenque de Tadó (antes se le conocía como el Estado Libre de Tadó). Hicieron parte de sus ejércitos, si así los podemos llamar,

cerca de ciento veinte cimarrones a los que posteriormente se les unieron unos dos mil esclavizados originarios de la región de los ríos Nóvita y San Juan. Los negros cimarrones conformaron un gobierno de tipo autoritario con una organización militar precariamente dotada, pero bien organizada y jerarquizada y sustentado en principios de libertad y dignidad.

El teniente gobernador del Chocó, Julián de Trespalacios y Mier es el encargado de la recuperación de Tadó, lo que efectivamente sucedió el 18 de febrero de 1728, cuando derrotaron fácilmente una de las tantas rebeliones de negros esclavos que se dieron con alguna frecuencia en América por esos años. Barûle y los hermanos Mina fueron fusilados un día después cuando, señalados y delatados por sus compañeros, algunos de ellos torturados, como los líderes del movimiento libertario. Trespalacios y Mier también señala a Bernabé Mina, José Nongo y Nicolás Nanga como responsables de los sucesos de Tadó y justifica el levantamiento no como producto de la inconformidad de un pueblo sometido y humillado, sino como personas que estaban al servicio de los ingleses para menoscabar la autoridad española sobre estas tierras. También adjudicó el teniente Trespalacios la lucha de Barûle a las enseñanzas recibidas por los esclavos en las guerras cimarronas de Jamaica. El gobierno de S. M. Barûle fue efímero, pero una gran lección para los posteriores movimientos independentistas de América.

La historia ha sido cicatera con este inconforme y soñador que lo entregó todo, hasta la vida, por su gente y por su tierra. Inexplicablemente, sus enseñanzas y su heroísmo se pierden en el tiempo. Hoy muy pocos recuerdan su gesta libertaria.

[19 de septiembre 2010]

LA MUERTE DEL MARISCAL SUCRE

No trataré el tema de los asesinos del mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, asunto sobre el que hace algún tiempo me ocupé para desvirtuar el injusto señalamiento que algunos historiadores le hacen con alguna frecuencia al personaje más popular del siglo XIX en Colombia, José María Obando. A raíz de la obra *El mariscal que vivió de prisa*, del periodista Mauricio Vargas, creo que sobre ese tema es necesario volver.

Enrique Herrera Enríquez, miembro de la Academia Nariñense de Historia, publicó un texto que tituló ¿La muerte de Sucre en Berruecos o en La Unión? La historia siempre nos ha dicho que el gran Mariscal murió en Berruecos el 4 de junio de 1830, fecha sobre la que no existe duda alguna. El maestro Enrique Herrera plantea, con argumentos sólidos, la tesis de que la muerte de nuestro héroe sucedió en el cerro de La Jacoba, municipio de La Unión.

El 11 de mayo de 1830, Sucre partió de Bogotá hacia Quito, donde residía su esposa doña Mariana Carcelen, madre de Teresa, la única hija de la pareja y con quien no tenía unas excelentes relaciones por los amoríos públicos que Mariana sostenía con el general Isidoro Barriga. El 27 de mayo el gran Mariscal llegó a Popayán, donde permaneció tres días, y luego siguió su ruta: “Acorde con Tomas Cipriano de Mosquera, Sucre se hospeda en casa de su hermano, el cura José Manuel Mosquera, quien lo atiende solícitamente y es testigo de un misterioso y sospechoso embargo de sus mulas que retienen al mariscal de Ayacucho por un día. Decimos sospechoso y misterioso por cuanto de acuerdo con la esposa de Tomas Cipriano de Mosque-

ra, Doña Mariana Arboleda, el embargo de las caballerías por parte de Luciano Valdez ‘algo significaba’. Sucre no atendió el consejo de no continuar su camino, estaba empeñado en llegar a Quito a todo trance, no en vano, en carta que suscribe a su esposa, le había manifestado su seguridad de estar con ella el 13 de junio de ese año.

El 3 de junio la comitiva de Sucre arribó a La Venta, hoy municipio de La Unión, de donde partieron al día siguiente, muy de madrugada, rumbo a la ciudad de Pasto. Cuando habían caminado “un poco más de media legua” los asesinos interceptaron la comitiva desde unos matorrales y asesinaron al héroe. El diputado ecuatoriano García Telles, que viajaba con Sucre, afirmó que eso sucedió en Berruecos a un poco más de media legua de La Venta. La verdad es que los viajeros sobrevivientes confundieron a Berruecos, que está realmente a más cinco leguas de La Venta, con la montaña de La Jacoba, que se encuentra a la distancia que hace alusión el diputado ecuatoriano.

Al mariscal Sucre lo llevaron a enterrar al sitio La Capilla, perteneciente a La Venta, que hoy es un barrio del municipio de La Unión.

Los compañeros del viaje, especialmente Francisco Colmenares, afirmaron que la muerte del héroe sucedió en “una angostura de la montaña de La Venta, que dista de dicha pascana cerca de una legua poco más o menos, y serían como las ocho y cuarto de la mañana”. La legua equivale a unos cinco kilómetros y medio, que es la distancia existente entre La Venta y el cerro de La Jacoba, ya que Berruecos, por el antiguo camino de El Arenal, está a más de treinta kilómetros de La Venta.

La versión del cubano Manuel de Jesús Patiño, quien coincidió en La Venta (hoy municipio de La Unión) con Sucre, no deja lugar a dudas: “que el día viernes cuatro de los corrientes, salió el señor general a las ocho de la mañana del sitio de La Venta para Pasto y dos horas después se presentó uno de los criados de dicho señor a pedir auxilio, por haber oído unos tiros, que presumía fuesen contra

su amo [...] y que al llegar al sitio llamado de La Jacoba echó a correr el negro votando el fusil y expresando que había muchos, [...] que regresaron con el cadáver a La Capilla”.

No murió el Mariscal Antonio José de Sucre en Berruecos, como lo afirma nuestra historia, sino en el cerro de La Jacoba, municipio de La Unión. Otro día nos ocuparemos del lugar donde reposan los restos del héroe, tema que también trata magistralmente el historiador Enrique Herrera Henríquez.

[17 de octubre de 2010]

¿DÓNDE REPOSAN LOS RESTOS DE SUCRE?

Y me había ocupado de desvirtuar la especie, equivocadamente aceptada, de que el general Antonio José de Sucre fue asesinado en Berruecos. Está demostrado que el Mariscal perdió su vida en el sitio Los Robles, en la montaña La Jacoba. Existe un tema más trillado y que magistralmente trata el historiador nariñense Enrique Herrera Enríquez, miembro de número de la Academia nariñense de Historia, sobre el lugar donde pueden estar los restos del héroe, que también es una dramática e interesante historia.

Inicialmente el cadáver de Sucre fue enterrado un día después de su asesinato, es decir, el 5 de junio de 1830, en el sitio La Capilla, hoy zona urbana del municipio de La Unión (Nariño). No había transcurrido un día de su sepultura cuando una comisión judicial ordenó su exhumación. La integraban Antonio Marino Álvarez, comandante de Armas de la Provincia y juez fiscal de Pasto, Alejandro Floom, médico, y Fidel Torres, quien oficiaba de escribano. Una vez concluida la diligencia judicial, “mandó el señor juez fiscal se enterrase de nuevo dicho cadáver en el mismo sitio donde antes se halló, lo que así se ejecutó”, según consta en el expediente judicial levantado.

Del tema no se tiene noticias hasta el 21 de noviembre de 1833, cuando Mariana Carcelán, ex esposa del Gran Mariscal, para entonces casada con el general Isidoro Barriga, de quien fue amante aun en vida de Sucre, le envía una carta a un hermano de Sucre de nombre Jerónimo, donde le dice: “No sé cómo hayan podido asegurar a usted que los restos del general Sucre se mantengan aún sepultados en la montaña de Berruecos (sic), porque inmediatamente manda-

mos de aquí comisionados para que los recojan como lo verificaron con toda puntualidad. Luego que llegaron a esta ciudad (Quito) se depositaron en la iglesia de San Francisco” (Luis Martínez Delgado, el historiador que más ha estudiado el tema y citado por Herrera Enríquez). Imposible creerle a la viuda por muchas razones, pero una de todas es el silencio en el cual se realizó el supuesto traslado de los restos del General, sin que nadie se enterara, sin que una nota se conociera, sin que tal acontecimiento levantara siquiera un comentario. Recuérdese que la Carcelán era amante de Barriga al momento del viaje del Mariscal al Ecuador y que Teresa, la única heredera de Sucre, había “muerto supuestamente de manera accidental al caerse desde un balcón cuando jugaba con su padrastro” (Herrera Enríquez), pero además que para muchos, me cuento entre ellos, el autor material del asesinato de Sucre fue Barriga. Tampoco podemos olvidar la famosa frase que la viuda del Mariscal utilizaba para justificar sus infidelidades y sus nuevos amores: “Con Sucre me casaron, con Barriga me casé”.

Unos historiadores han afirmado que los restos fueron trasladados de La Capilla a la hacienda El Deán y de este lugar al convento del templo Carmen Bajo y no al templo de San Francisco, como lo afirmó la viuda en nota que antes cité. Esos mismos historiadores dicen que el hecho sucedió en 1833 cuando Barriga cumplió tal misión. El coronel Antonio Baquero afirmó por los años de 1833 que “no se han encontrado los restos del gran mariscal de Ayacucho, porque no sabemos dónde se sepultaron”.

En 1876 el presidente venezolano Antonio Guzmán Blanco le ordenó al señor Guerra Mercano encargarse de trasladar los restos de Sucre de Quito a Caracas. Guerra Mercano no pudo cumplir la misión, porque sencillamente no se encontraron los restos del Mariscal. En 1894 se descartó otra posibilidad cuando hallaron un cráneo en otro lugar del templo. No tenía las perforaciones que debió presentar el verdadero cráneo del héroe. Quintiliano Sánchez, yerno de Baquero, diría en este mismo año que los restos mortales, si fue que

realmente los trajeron de La Capilla, no podían ser los de Sucre. Lo que sí apareció fue un ataúd al que por dentro le pusieron adobes, lo que seguramente hizo la señora Mariana Carcelán para justificar una famosa carta a Obando reclamándole los restos de héroe y sindicándolo de ser el asesino de Sucre.

[9 de enero de 2011]

LA FUNDACIÓN DE SANTA FE DE ANTIOQUIA

Hacia los años de 1900 se inicia un debate histórico tendiente a localizar el sitio donde fue fundada la ciudad de Antioquia por el Mariscal Jorge Robledo.

El ilustre académico don José María Restrepo Sáenz fue el primero en dudar que la primitiva fundación estuviese en el actual sitio: “Muchas veces he llegado a pensar que la actual ciudad de Antioquia, la noble y respetable por excelencia, que en épocas remotas se llamó Santa Fe de Antioquia, no tiene que ver nada con la Antioquia famosa del Mariscal Robledo”. A las anteriores aseveraciones respondió el R. P. Francisco Luis Toro, hijo de la ciudad y docto en estas disciplinas. Conceptuaron sobre el tema Antonio Gómez Campillo, Rufino Gutiérrez, Ramón A. Elejalde Escobar, el general Juan María Gómez, el doctor José María Martínez Pardo, el doctor Manuel Uribe Ángel, don Camilo Botero Guerra, don Tomás Cadavid Restrepo y el obispo Fernández Piedrahita, entre otros.

La H. Asamblea del Departamento, interesada en conocer la verdadera ubicación de la primitiva fundación del Mariscal Robledo, encomendó mediante ordenanza 9 de 1942, al presbítero Francisco Luis Toro y al doctor Antonio Gómez Campillo, el dictamen definitivo para el esclarecimiento de la verdad.

En las lecturas de los cronistas que acompañaron a Robledo, Pedro Cieza de León y Juan Bautista Sardella, los estudiosos del tema en este siglo, pudieron determinar con precisión las iniciales vicisitudes de la fundación de nuestra ciudad madre.

En el sitio conocido como La Ciénaga, inspección de Santa Águeda, municipio de Peque, fundó el Mariscal Jorge Robledo la Ciudad de Antioquia. “Y, luego, el Capitán, a veinticinco de noviembre de 1541, en nombre de S. M. y del gobernador Belalcázar, fundó una ciudad que la tituló Antiochia [...]”. En el acta de fundación figura el día 4 de diciembre de 1541, que es la fecha aceptada por la Real Academia de Historia.

Algunos meses después, el 7 de septiembre de 1542, ante determinación del Capitán Juan de Cabrera, Isidro de Tapia la traslada al valle de Nore, sitio que hoy ocupa el barrio Manguruma del municipio de Frontino.

En ese lugar permaneció hasta 1550 y recibió el título de Ciudad el 1 de abril de 1544. Allí también recibió el Escudo de Armas otorgado a la “Muy hidalga ciudad de Antioquia” por el rey Don Carlos I de España y su madre doña Juana, el 7 de febrero de 1545.

Jorge Robledo fundó el pueblo de Santa Cruz a orillas del Tonusco en junio de 1546, a donde Gaspar de Rodas trasladó la ciudad de Antioquia de Valle de Nore y la llamó Santa Fe de Antioquia. “Mas aquél pueblo nuevo que tenía ciudad de Santa Cruz por apellido, mandó que fuese villa y adelante, Santa Fe de Antioquia se llamase”, Juan de Castellanos, Canto II de la “Historia de la Gobernación de Antioquia”.

Si Jorge Robledo fue el fundador de Santa Fe de Antioquia el encargado de poblarla y organizarla como ciudad fue Gaspar de Rodas, quien tuvo poder civil y militar sobre la ciudad hasta que fue detenido en 1562, luego de duelo sostenido con el español Francisco Moreno de León.

El primer Gobernador de Antioquia fue Andrés Valdivia, quien se embarcó en Sanlúcar de Barrameda en 1570 y llegó a nuestra ciudad madre en febrero de 1571, donde de inmediato tomó el mando sin hallar dificultades con Rodas, quien por la época ya estaba de nuevo en la ciudad. Años más tarde, don Gaspar de Rodas sería Gobernador titular a la muerte de Valdivia.

El 30 de octubre de 1584 es oficialmente anexada la ciudad madre a la provincia de Antioquia y erigida en su capital por el Rey Felipe II. Con anterioridad era la sede del gobierno antioqueño, pero pertenecía a la provincia de Popayán. Fue capital de Antioquia por más de dos siglos y hasta el año de 1826, cuando fue designada como capital la ciudad de Medellín.

En agosto de 1590 le llega el reconocimiento de ciudad, pues se consideró que el anterior era exclusivo de la fundación realizada en el Valle de Nore (hoy Manguruma) y que había desaparecido hacia 1573.

La Diócesis de Antioquia fue erigida el 31 de agosto 1804 por el Papa Pío VII y su primer obispo fue Fray Mariano Garnica y Dorjuela, quien se instaló en la ciudad en la Iglesia de Santa Bárbara (antes Nuestra Señora de los Dolores) el 3 de junio de 1828.

Finalmente es elevada la región a la dignidad de Arquidiócesis en agosto de 1988 por el Papa Juan Pablo II y su primer arzobispo es monseñor Eladio Acosta Arteaga.

Cuna de ilustres hombres, faro de la colonización antioqueña y madre de los pobladores de todo el Occidente del Departamento es la muy digna ciudad de Santa Fe de Antioquia que arriba, llena de gloria y de historia, a los cuatrocientos cincuenta años de vida.

[22 de diciembre de 1991]

MONSEÑOR JOSÉ JOAQUÍN ARTEAGA

El nombre de monseñor José Joaquín Arteaga está inmensamente ligado a la carretera al mar, como lo están los nombres de don Gonzalo Mejía y de los doctores Julio César García, Gustavo White Uribe, Vicente Duque y otros prestantes antioqueños. Arteaga y San Julián también está vinculado al progreso de Urabá y del Occidente Antioqueño.

Nació en Estella, provincia de Navarra (España), el 12 de octubre de 1878. Hijo único de Diego y Mercedes. Su padre, un militar carlista que murió cuando su hijo era aún muy joven. Doña Mercedes fue una madre que al enviudar ingresó en 1920 al monasterio de Carmelitas Descalzas de Soria (España). Monseñor estudió en el Seminario Conciliar de Pamplona, España, luego paso a la Universidad Pontificia de Comillas. En 1901 ingresó al noviciado carmelitano de Larrea, cuando le faltaba poco para terminar estudios sacerdotales, los que culminó brillantemente con su ordenación en 1906.

El 15 de abril de 1919, siendo prior de Burgos, fue elegido por la Santa Sede como Prefecto Apostólico de la Nueva Misión de Urabá, lo que le significó al sacerdote un terrible cambio: La vida tranquila y apacible de una ciudad de española por la selva inhóspita de Urabá. Llegó el 28 de septiembre del mismo año al municipio de Frontino, con apenas 41 años de edad. Dos semanas después inició su primera gira misional por Urabá.

El 7 de agosto de 1919 pronunció un hermoso discurso para celebrar el centenario de la independencia colombiana de España. Supo, magistralmente, manejar su amor a Colombia y a su natal Es-

pañá en su intervención, eso mereció el reconocimiento de los asistentes al acto. De su verbo dijo posteriormente en la visita que hizo a Frontino, en 1936, monseñor Juan Manuel González Arbeláez, Arzobispo coadjutor de Bogotá: “Y fue que tuvo, para coronamiento de sus méritos, el más sublime de todos; el don de la elocuencia, que se derrama en palabras de fuego; que corre como un arroyo desbordado, arrastrando en su corriente perlas de sabiduría”.

Sintió el padre Arteaga una simpatía especial por el municipio de Frontino, la que nunca ocultó, tanto que murió luchando para que la Congregación y la Santa Sede dispusieran que este municipio fuera la sede de la Prefectura Apostólica de Urabá. Lo máximo a que accedieron las autoridades religiosas fue el considerar a Frontino como una especie de lugar de recuperación de los Carmelitas que cumplían su misión en Urabá.

Recorrió toda la zona de Urabá, por selvas, ríos, ayudando al indígena. De él dijo el ilustre frontineño Félix A. Betancur: “Cuántas veces, hambriento y descalzo lo sorprendió la noche en las playas marinas, sin orientación fija, con los rugidos del ‘monstruo azul’ de un lado y los de las fieras de la selva, del otro lado; cuántas su esquife misionero luchó con las olas embravecidas del golfo, hasta naufragar, salvándose de milagro su preciosa vida; y cuántas tuvo que dormir entre salvajes, en plena selva, en pantanos insolubles [...] A todos aquellos peligros el Misionero Católico fue sereno y alegre”.

Como ya lo anoté, fue un abanderado de la construcción de la carreta al mar, pronunciando en la ciudad de Medellín –en marzo de 1926– un discurso motivando la obra, en pública manifestación, celebrada en el Teatro Junín. De este discurso dijo el doctor Eliseo Velásquez Mejía en el periódico *La Defensa*, de aquella época: “Es la oración más hermosa que se haya pronunciado bajo el cielo antioqueño”. En este acto fue aclamado como redentor de Antioquia. Eran sus días finales, ya estaba mortalmente enfermo, permaneció por un mes en Medellín, luego regreso a Frontino, donde murió el 18 de mayo de 1926, luego de una breve agonía, plácida y dulce. Al

momento de su muerte manifiesta a los presentes: “Miro al Cielo y veo acercárseme. Ofrezco mi vida, mi alma, mi cuerpo por mi amada Orden Carmelita y por la querida Misión de Urabá”.

Su despojo reposa en el cementerio de este municipio. Trece días después de muerto Monseñor Arteaga, es decir el 1° de junio de 1926, se iniciaron en las afueras de Medellín, los trabajos de construcción de la carretera a Turbo.

El santoral reclama a monseñor Arteaga y San Julián, y que no sea el olvido su destino.

[14 de noviembre de 2010]

HACE CIEN AÑOS NACIÓ EL SERENATERO MAYOR, DON CAMILO GARCÍA BUSTAMANTE

Don Camilo Arturo García Bustamante cumplió el 6 de mayo de 2010 cien años de haber nacido. Fue un destacado compositor de música colombiana, además intérprete de la misma, ya que hizo parte del “Dueto de Antaño”, una de las agrupaciones musicales más reconocidas en la historia del país. Se destacó también como educador en planteles oficiales.

Niñez y juventud

La bella población de Amalfi lo vio nacer en el hogar constituido por Fructuoso García y Teresa Bustamante. Sus dotes musicales las heredó de su padre, quien con un hermano había conformado el Dueto de los Hermanos García, encargados de las serenatas y de las noches bohemias del nordeste antioqueño a finales del siglo XIX y principios del XX. Comenzó a demostrar su talento a la edad de siete añitos, cuando después de un severo castigo de su señor padre, por cualquier pilatuna de joven, cogió por primera vez una guitarra y en esa aventura le logró sacar la melodía del coro al Himno Nacional. Recibió inicialmente el respaldo familiar y todos a una decidieron que debía practicar y recibir clases en su natal ciudad en el manejo de la guitarra.

Como el inquieto niño estaba descuidando sus estudios primarios, don Fructuoso, su padre, le prohibió continuar con las prácticas musicales. No obstante la orden paterna, a los once años don Camilo era un experto intérprete de la guitarra ante el asombro de sus familiares y paisanos. “Once años de edad tenía cuando me vi en

la necesidad de abandonar el hogar paterno. Una mañana de un día cualquiera del año de 1921, con dos centavos en el bolsillo y con lo que tenía puesto como equipaje, salí del pueblo por los lados de El Zancudo, sin saber para dónde me dirigía; caminé por el sendero que conduce a la estación Porcecito del Ferrocarril de Antioquia. Pidiendo como pordiosero, cantando en las posadas del camino; fue una odisea que no quisiera recordar, pero que afianzó mi carácter y mi personalidad. Ocho días después llegaba a Medellín” (Entrevista concedida a Don Carlos E. Serna y publicada en su libro *El Dueto de Antaño. Su vida y su obra*).

Inicialmente el compositor consiguió los primeros pesos para subsistir en Medellín haciendo mandados en Guayaquil y cargando la maleta de los viajeros del tren. Luego alquiló una pieza por los lados de La Toma y cerca consiguió trabajo en la empresa Coltejer, donde laboró tres años, hasta la edad de los quince. Durante esta época recibió educación en la Rémington, sobre contabilidad y mecanografía, y en la Escuela de Bellas Artes sobre solfeo. Una enfermedad de su señora madre lo obliga a renunciar y a viajar nuevamente a Amalfi, donde se encuentra con la desagradable sorpresa de su padre viajero en búsqueda de trabajo y fortuna. Sobre los hombros del niño Camilo quedaron su madre y ocho hermanitos menores. En la banda municipal aprendió a tocar clarinete y perfeccionó sustancialmente su manejo de la guitarra. Con varios amigos creó un quinteto musical que se componía de clarinete, trompeta, lira, tiple y guitarra. Fue verdaderamente el inicio de su carrera musical. Entre 1925 y 1929 le tocó desempeñar trabajos muy duros. Aprendió a pegar ladrillo en las construcciones, a empedrar, a hacer tapias de pisón, a emboñigar, a decorar con el hisopo y cal las casas, entre otras cosas. Luego de validar su bachillerato se vinculó al Departamento como educador en la vereda El Tigre, de allí pasó a la Escuela Urbana de su pueblo natal y después de seis años entre uno y otro lugar fue trasladado a la ciudad de Medellín a laborar en la escuela “Joaquín Antonio Uribe”. Treinta y tres años después, en 1962 renuncia para obtener su jubilación.

Se inició como solista en la emisora *Ecos de la Montaña*. Luego conformó el “Duetto Incógnito”; más tarde, el “Duetto Rival”, con Alfredo Pérez, de quien se separó en 1939 para formar un duetto con Obdulio Sánchez, el mismísimo de “Obdulio y Julián”, que se denominó “Los Trovadores”, que duró un año y luego conformó un duetto mixto con María Isabel Rubio Trujillo, la famosísima Chava Rubio, llamado “García y Rubio”, que cantaron hasta marzo de 1941.

El “Duetto de Antaño”

Don Camilo García se unió a Ramón Emilio Carrasquilla Peña, el 14 de marzo de 1941 para fundar el irremplazable “Duetto de Antaño” que tuvo vida artística en el escenario nacional hasta la muerte de Ramón, la primera voz del Duetto, el 7 de junio de 1982. El maestro Camilo fue la segunda voz del Duetto e interpretaba la guitarra marcante. “El debut del Duetto de Antaño se efectuó en la emisora Radio Córdoba, de propiedad de don Próspero Aguirre, situada por la época en la carrera Junín, frente a donde estaba situado el Club Unión y contiguo al lugar que hoy ocupa El Astor. Fue algo casual e inesperado: ese día 14, hacía en la emisora actuación con el Duetto García y Rubio; de pronto hizo su aparición en el establecimiento el señor Ramón Carrasquilla, acompañado de una dama y, presentándosele a don Próspero, le dijo que su presencia en ese lugar se debía al deseo de hacer una demostración en Duetto Mixto con la señorita que lo acompañaba. En la demostración no gustó el duetto, en cambio la voz de Ramón como tenor gustó y don Próspero, motivado por el locutor Luis Pareja Ruiz, le propuso a Ramón formar un duetto con Camilo” (Entrevista concedida por Camilo García a Carlos E. Serna). Esa misma noche, acompañados por el Conjunto López y la guitarra de Camilo, el “Duetto de Antaño” debutó oficialmente interpretando “Mis flores negras”, “Venenosa” y “Nube pasajera”. Ocho días después se volvieron a presentar en sociedad en la misma emisora. Ese día llegaron con el nombre de “Duetto Antaño”, y don Luis Pareja Ruiz, el padre del periodista y amigo Rodrigo Pareja, les cuestionó el

nombre y les sugirió el de “Duetto de Antaño”, que perduró por muchos años interpretando los aires colombianos y de América Latina, para deleite de sus admiradores. Las primeras grabaciones las hizo el Duetto en 1948, a razón de 114 dólares por grabación y los temas fueron: “El boga” (fue en realidad la primera que grabaron y lo hicieron para la RCA Víctor, por orden directa de los directores artísticos de la empresa desde los Estados Unidos), “Corazón antioqueño”, “Bajabas de la montaña”, “Fue mentira”, “Serenata de amor”, “Desilusiones”, “Destino”, “Florecer”, “El cámbulo”, “La lancha”, “Corónate de flores”, “Al calor de tu afecto”, “Serenada del campo”, “Tú lo ignoras”, “Anochecer”, “Linda samaritana” y “Lágrimas”. Fue el “Duetto de Antaño”, al lado de “Obdulio y Julián”, “Espinosa y Bedoya”, “Garzón y Collazos” y otros duetos y solistas, artistas fundadores de la empresa Sonolux, a finales del año 1949.

El día que murió su compañero de duetto, el 7 de junio de 1982, se creyó que Camilo García no se repondría del duro golpe, máximo que ya tenía 72 años. Su amor por la música pudo más y con Darío Miranda, conformó el “Duetto del Pasado”, como una prolongación del “Duetto de Antaño”.

El maestro Camilo García finalmente falleció el 19 de enero de 1993, después de toda una vida entregada a la música y a la educación, dos nobles profesiones que le han dado un lugar en la historia y en el corazón de los colombianos.

Composiciones

Cientos de pasillos, bambucos, valeses, corridos, tangos y varios géneros musicales tienen su música. Cerca de quinientas canciones inéditas que nadie ha escuchado. Logré obtener algunas poquísimas en viejos casetes que he pasado a sistemas más modernos, pero que comercialmente jamás se conocieron. Algún día, si la familia del artista lo permite, hay que darlas a conocer. El Maestro compuso, entre otros los bambucos, “Corazón antioqueño”, “Bajabas de la montaña”, “Arrullo moreno”, “Remembranza”, “Rumores de oración”, “Alma y los pasi-

llos”, “Lágrimas”, “Corónate de flores”, “Debemos separarnos”, “Destino” (con letra de Julio Florez), “Ondas viajeras” y “Tú lo ignoras”.

Camilo García le dijo el 15 de marzo de 1970, a la periodista María Esther Arango, del periódico *El Colombiano*, que “Mi canción preferida fue ‘Lágrimas’, con letra de Gilberto Gallego Rojas. Un día me despedí de mi madre para venirme a Medellín; era ya la noche y, repentinamente me dio por musicalizar esa letra, logrando terminar la partitura en no más de treinta minutos. Al día siguiente recibí un cable anunciándome la muerte de mamá a la hora en que yo estaba dedicado a esa labor”. Esa triste coincidencia y la belleza de la composición, seguramente marcaron para siempre al músico.

Su familia

El maestro Camilo contrajo matrimonio con doña Teresita Martínez Barrientos, con quien compartió sesenta y dos años de vida marital, hogar donde nacieron Jaime, William, Nelly, Emilse, Byron, Miriam, Dalila, Geovanny y Elkin. A su muerte le sobrevivieron veintiocho nietos y doce biznietos, hoy esa descendencia es mucho mayor.

Anécdotas

El Maestro, salvo que tuviera compromisos artísticos fuera de Medellín, no faltaba ningún domingo a las diez de la mañana en el restaurante Doña María, hoy Pasaje Unión, situado en la carrera Junín, casi al frente de donde funcionó Radio Córdoba, lugar donde se conformó el “Duetto de Antaño”, y lo hacía para leer los periódicos locales y nacionales y resolver los crucigramas de los mismos. Un domingo ya lejano, llevaba yo a mis hijos Jorge Hugo y Hernán Darío a clases de natación en el antiguo colegio de San José; al pasar por este lugar me percaté de que Hernán Darío tenía los cordones de los zapatos sueltos y me agaché a amarrárselos. Intempestivamente el niño comenzó a vociferar “Papá, ve al Duetto de Antaño”. Venía el Maestro a resolver

sus crucigramas al lugar de siempre y con cariño y afabilidad se arrimó y le explicó al niño que efectivamente él era integrante del ‘Duetto de Antaño’ y que se llamaba Camilo García. Le dijo que debía ser mucha la afición de sus padres por su música que los hijos ya los conocían, a pesar de su corta edad. Lo acarició y siguió su camino.

Cuando el “Duetto de Antaño” celebró sus cuarenta años de vida artística, el 18 de marzo de 1981, en el teatro Pablo Tabón Uribe, fueron recibidos por una prolongadísima ovación a la que ellos respondieron levantando sus guitarras o Ramón las manos porque no interpretaba ningún instrumento. Fue tan larga la ovación que cansados tuvieron que bajar sus manos para volver a levantarlas.

Cuenta María Esther Arango en su crónica ya citada: “Cualquier día, al salir del Club Rialto de Pereira, en medio de un aguacero tremendo, resolvieron involucrarse en sus impermeables y, guitarra en mano, llegarse hasta el hotel, a dos cuadras de distancia. Unas jóvenes, desde un segundo piso, les preguntaron que quiénes eran y cuando ellos, levantando la cabeza, respondieron: Somos el ‘Duetto de Antaño’, las muchachitas lanzaron una sonora carcajada y replicaron: ¿Ustedes el ‘Duetto de Antaño’? Eso se quisieran.

[9 de mayo de 2010]

SE NOS MURIÓ EL MAESTRO ARNULFO BAENA PINEDA, EL GUITARRISTA DEL DUETO DE ANTAÑO

El 13 de julio de 2007, a las 7:07 minutos de la noche, murió el maestro Arnulfo Baena Pineda, quien fuera el guitarrista estrella del “Dueto de Antaño” y un reconocido educador. El acontecimiento pasó desapercibido para los medios y para muchos de sus amigos. Cinco días después lo vino a registrar la cadena radial Todelar, y muy especialmente el periodista César Pérez Berrío, un medio y un amigo que apreciaron mucho al guitarrista y al Dueto.

Don Arnulfo acompañó a Ramón Carrasquilla y a Camilo García durante quince años, entre 1947 y 1962. Luego, a la muerte de Ramón Carrasquilla, estuvo durante diez años con Darío Miranda y Camilo García, el “Dueto del Pasado”, que fue una especie de prolongación del “Dueto de Antaño”. Baena Pineda había nacido en Sopetrán, igualmente la tierra natal de la primera voz del “Dueto de Antaño”, don Ramón Emilio Carrasquilla Peña, el 8 de julio de 1926, es decir que la muerte le llegó después de cumplir 81 años de edad.

Cerca de seis años llevaba el Maestro sin coger una guitarra, un cáncer contra el cual luchó por más de trece años, la diabetes y las enfermedades propias de su edad, lo habían llevado a olvidarse completamente del instrumento musical que interpretó con tanta versatilidad. En el calor de su hogar también se notaba el divorcio que se decretó voluntariamente con aquel instrumento musical, ni siquiera volvió a cantar con su esposa, con quien conformó un espléndido dueto que alegró muchas fiestas familiares. La melancolía, la tristeza y sus males, lo habían alejado de lo que siempre lo rodeó, la música

y la alegría. En los últimos años, se había dedicado a los suyos, a su esposa Marina Muñoz Osorio, a su hijo Fabio Alberto y a su nieto, a quienes de corazón acompañamos en estos momentos de dolor.

Fueron muchas las meriendas de la colonia de Sopetrán que alegró el maestro Baena, único lugar donde se dio el lujo de interpretar su guitarra, ya que siempre fue exclusivo del “Dueto de Antaño” y su prolongación, el “Dueto del Pasado”. Fue un gran amigo desde la juventud del cardenal Darío Castrillón, quien cada año, por el mes de julio, visita a Colombia. Triste fue la llegada este año al país, coincidió con las últimas horas de vida de su amigo desde la infancia. Lo asistió espiritualmente tres horas antes de morir, en una conmovedora y piadosa ceremonia. Permaneció siempre muy apegado a la vida, aunque en los últimos días de la misma pareció entender el designio Divino, doña Marina, su esposa, le entregó una hermosa carta casi como presintiendo su muerte; él, tan reconocido y apegado a ella y a la vida, simplemente le admiró su contenido, casi sin inmutarse. Presentía la inminencia de su muerte. Tanto que dispuso cómo debía ser su entierro: Nada de solemnidades. La santa Misa, luego de su muerte y la cremación, fueron sus perentorias órdenes.

Cuando ya comenzaba a perder la conciencia, cuatro días antes de la muerte, conversó brevemente con un amigo. No quiso tocar tema alguno, lo único que lo entusiasmó fue hablar del “Dueto de Antaño”. Todos los presentes entendieron el significado de una respuesta que dio el Maestro cuando su contertulio le indagó por la composición que más le encantaba de su Dueto. Le dijo que “Flores del pasado”, un pasillo ecuatoriano compuesto por César Maquillón Orellana y Nicasio Emilio Safadi Raad y la cantó a capela un pedazo: “Yo seré como esas flores del pasado”. La esposa del Maestro y su hijo entendieron que llegaba el fin. Tres días después entró en un sopor definitivo y, a veces, simulaba tocar la guitarra y darse la bendición.

Fue educador al servicio del Departamento. Se inició como maestro de escuela en el municipio de Andes, luego pasó a Medellín y con los años ascendido a supervisor de la Secretaría de Educación

Departamental. Terminó su labor oficial como director de Escuelas Normales de Antioquia.

Paz en la tumba del inigualable intérprete de la guitarra, del gran amigo y del ejemplar ciudadano. Resignación a los suyos. De Sopearán, sus autoridades y sus habitantes esperamos el reconocimiento merecido a la vida y la obra de Arnulfo Baena. Que con él no pase lo que ha sucedido con Ramón Emilio Carrasquilla Peña, la primera voz del “Duetto de Antaño”, que tan fácil lo han olvidado, donde ni siquiera recordaron que en el pasado mes de junio se cumplieron veinticinco años de su muerte y, por consiguiente, de la muerte del famoso dueto.

[9 de mayo de 2010]



AMORES, CRÍMENES Y POLÍTICA

se terminó de imprimir en septiembre de 2012.

Hecho en Artes y Letras para Ediciones Unaula.

Para su elaboración se utilizó papel Beige de 90 g, en páginas interiores,
y propalcote 250 g en carátula. Fuentes tipográficas: Adobe Garamond 12
puntos en el texto y 17 puntos en los títulos.





